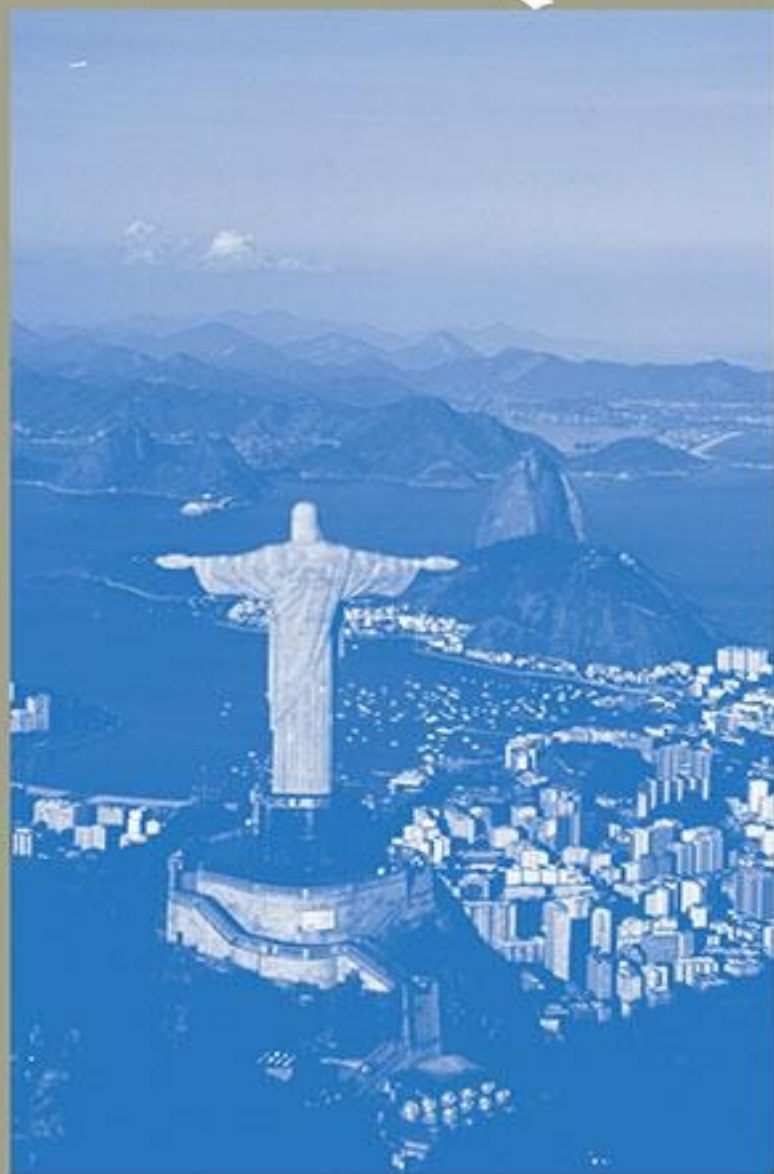


# BUDAPEST CHICO BUARQUE



Lectulandia

De regreso de una convención internacional de autores anónimos, el brasileño José Costa recalca en Budapest. Allí, en una ciudad extraña para él, se topa por primera vez con el idioma húngaro, cuya elástica sonoridad lo cautiva. La única lengua que el diablo respeta, como reza un proverbio magiar, se le antoja como una música difusa en la que no consigue identificar los límites de las palabras y que lo invita a vivir el sueño de convertirse en otro, de empezar de cero, sin maletas, sin habla, como un recién nacido. Aun consciente de que esa opción también trae consigo el dolor de dejar de ser quien era, y lo condena a esa especie de limbo que es la condición de nómada de la lengua, José da el salto. Deja a su mujer y a su hijo en Río de Janeiro y se instala en Budapest con la enigmática Kriska, su profesora de húngaro y amante.

A partir de ese momento, su vida se desdobra. Dos ciudades, dos mujeres, dos idiomas, e incluso dos identidades: José Costa se transforma en Zsoze Kósta, y su nueva ciudad, en espejo de su vida anterior. Esa atmósfera envolvente de forzada convivencia con las palabras provocará una serie de sucesos hilarantes y lo conducirá, en un giro tan insólito como imprevisible, al refugio y solaz de la poesía.

*Budapest* es una novela depurada, que fluye como una melodía, a la vez que provocadoramente divertida. Es, asimismo, un canto al poder transformador de la lengua en una época de migraciones en la que, más que nunca, la búsqueda de una nueva vida en un lugar extraño conduce al individuo a cuestionarse infinitamente su identidad, atrapada quizá en algún lugar de un trayecto imposible.

**Lectulandia**

Chico Buarque

**Budapest**

ePub r1.0

jugaor 25.07.15

Título original: *Budapeste*  
Chico Buarque, 2003  
Traducción: Mario Merlino

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Debería estar prohibido

Debería estar prohibido burlarse de quien se aventura en una lengua extranjera. Cierta mañana, al bajarme del metro por error en una estación azul igual a la de ella, con un nombre semejante al de la estación próxima a su casa, telefoneé desde la calle y dije: estoy llegando casi. Supuse en el mismo instante que había dicho una burrada, porque la profesora me pidió que repitiese la oración. Estoy llegando casi... había probablemente un problema con la palabra casi. Sólo que, en vez de señalar el error, ella me hizo repetirlo, repetirlo, repetirlo, después soltó una carcajada que me llevó a colgar el teléfono. Al verme a la puerta de su casa, tuvo un nuevo acceso, y cuanto más se le encendía la risa en la boca, más se sacudía al reírse con el cuerpo entero. Dijo por fin haber entendido que yo llegaría poco a poco, primero la nariz, después una oreja, después una rodilla, y el chiste no tenía tanta gracia. Tanto es así que Kriska se quedó enseguida un poco triste y, sin saber pedir disculpas, rozó con la yema de los dedos mis labios trémulos. Hoy puedo decir, sin embargo, que hablo húngaro perfectamente, o casi. Cuando comienzo por la noche a murmurar solo, me angustia mucho la sospecha de un ligerísimo acento que asoma alguna que otra vez. En los ambientes que frecuento, donde discuro en voz alta sobre temas nacionales, empleo verbos raros y corrijo a personas cultas, sería desastroso un inesperado acento extraño. Para salir de dudas, sólo puedo recurrir a Kriska, que tampoco es muy fiable; con tal de mantenerme comiendo de su mano, como tal vez desee, siempre me negará la última migaja. Aun así, de vez en cuando le pregunto en secreto: ¿he perdido el acento? Empecinada, ella responde: poco a poco, primero la nariz, después una oreja... Y se muere de risa, luego se arrepiente, acerca las manos a mi cuello y en ésas estamos.

Llegué a Budapest gracias a una escala imprevista, cuando volaba de Estambul a Fráncfort, con conexión a Río. La compañía ofreció alojamiento en un hotel del aeropuerto, y hasta la mañana siguiente no nos informaron de que el problema técnico, responsable de aquella parada, había sido en realidad la denuncia anónima de una bomba a bordo. No obstante, siguiendo por encima el telediario de la medianoche, ya me había sentido intrigado al reconocer el avión de la compañía alemana parado en la pista del aeropuerto local. Subí el volumen, pero hablaban en húngaro, única lengua del mundo que, según las malas lenguas, el diablo respeta. Apagué la tele, en Río eran las siete de la tarde, buena hora para telefonar a casa; saltó el contestador automático, no dejé recado, no tendría mucho sentido decir: hola,

querida, soy yo, estoy en Budapest, se jodió el avión, un beso. Debería tener sueño, pero no tenía, así que llené la bañera, eché sales de baño en el agua tibia y me distraje un rato amontonando espuma. En eso estaba cuando, *zil*, tocaron el timbre, aún me acordaba de que timbre en turco es *zil*. Envuelto en la toalla, abrí la puerta y me topé con un viejo que, vestido con el uniforme del hotel, sostenía una maquinilla de afeitar desechable en la mano. Se había equivocado de puerta y, al verme, emitió un oh gutural, como el de un sordomudo. Volví al baño y luego me pareció muy raro que un hotel de lujo contratase a un sordomudo como mensajero. Pero me quedé con el *zil* en la cabeza, es una bonita palabra *zil*, mucho mejor que timbre. Pronto la olvidaría, como había olvidado los haikus memorizados en Japón, los proverbios árabes, los *Ochi Chornie* que cantaba en ruso, de cada país me llevo una gracia, un *souvenir* volátil. Tengo ese oído infantil que absorbe y abandona las lenguas con facilidad; si perseverase podría aprender griego, coreano, incluso vasco. Pero nunca había soñado con aprender húngaro.

Era más de la una cuando me fui a la cama desnudo, volví a encender el televisor, y la misma mujer de la medianoche, una rubia cargada de maquillaje, presentaba una repetición del telediario anterior. Me di cuenta de que era una repetición porque ya me había fijado en la campesina de rostro ancho que encaraba la cámara con ojos saltones, empuñando un repollo del tamaño de su cabeza. Balanceaba al mismo tiempo la cabeza y el repollo hacia arriba y hacia abajo, y hablaba sin dar tregua al reportero. Y clavaba los dedos en el repollo, y lloraba, y se desgañitaba, y tenía el rostro cada vez más rojo e hinchado, y enterraba los diez dedos en el repollo, y ahora mis hombros se ponían tensos no por lo que veía, sino por el afán de captar al menos una palabra. ¿Palabra? Sin la menor noción del aspecto, la estructura, el cuerpo mismo de las palabras, no tenía cómo saber dónde comenzaba cada palabra o hasta dónde llegaba. Era imposible distinguir una palabra de otra, habría sido como pretender cortar un río con un cuchillo. A mis oídos, el húngaro podría ser incluso una lengua sin enlaces, no formada por palabras, sino que sólo se diese a conocer en bloque. Y el avión reapareció en la pista, en una imagen distante, oscura, estática, que resaltaba aún más la voz masculina de la locución en *off*. La noticia del avión ya me importaba poco, el misterio del avión quedaba ofuscado por el misterio del idioma que daba la noticia. Estaba oyendo esos sonidos amalgamados, cuando de repente detecté la palabra clandestina, Lufthansa. Sí, Lufthansa, seguro que el locutor la había dejado escapar, la palabra alemana infiltrada en la pared de palabras húngaras, la brecha que me permitiría desmenuzar todo el vocabulario. Al telediario le siguió una mesa redonda cuyos participantes parecían no entenderse, después un documental sobre el mundo submarino, con peces transparentes, y a las dos en punto volvió mi amiga maquillada, que envejecía hora tras hora. Meteorología, Parlamento, bolsa de valores, estudiantes en la calle, centro comercial, campesina con repollo, mi avión, y ya me arriesgaba a reproducir algunos fonemas a partir de Lufthansa. En ese momento entró en la pantalla una muchacha con un chal rojo y un moño negro,

amenazó con hablar en español, hice *zapping* del susto. Pasé a un canal en inglés, uno más, otro, un canal alemán, uno italiano, y de vuelta la entrevista con la bailarina andaluza. Quité el sonido, me fijé en los subtítulos y, observando en letras por primera vez palabras húngaras, tuve la impresión de ver sus esqueletos: *ö az álom elötti talajon táncol.*

A las seis de la mañana, cuando sonó el despertador telefónico, yo estaba sentado a los pies de la cama. Luego recitaría al unísono con el locutor la noticia del avión, unos buenos veinte segundos de húngaro. Hecho lo cual, me puse con disgusto la ropa de la víspera, porque sólo habían liberado el equipaje de mano, y bajé al vestíbulo, que era una auténtica babel. Cuanto menos se entendían los diversos idiomas, más se exaltaban las protestas contra el terrorismo, contra la compañía aérea, contra los extras que cobraba el hotel. Las voces sólo se serenaron cuando se abrió el restaurante para el desayuno gratuito, pero ya estaba hecho el estropicio; fui a rescatar mis palabras húngaras de la cabeza y sólo encontré Lufthansa. Hice un intento más de concentrarme, miré al suelo, anduve de un lado al otro, pero nada. En el fondo del salón, divisé un corrillo de camareros conversando y pensé que podría al menos pillar algunas palabras suyas. Pero cuando notaron mi presencia, quedaron en un brusco silencio y me conminaron a sentarme con tres grandullones de cara eslava, en una mesa llena de migas, cáscaras de fruta, cortezas de queso, además de cuatro frascos de yogur rebañados. Quedaban intactos en la cesta del pan unos bollos parecidos a boronas rojizas, seguramente una especialidad nativa, que probé con cautela y por educación. La masa era ligera, de un sabor dulzón que pasado un rato dejaba un regusto amargo. Me comí la primera, la segunda, acabé comiéndome las cuatro porque estaba hambriento, y tampoco estaban tan mal, sobre todo regadas con té. Se trataba de un pan de calabaza, según informó el *maître* en inglés, pero yo no quería la receta de la borona, lo que quería era saborear su sonido en húngaro. *In Hungarian*, insistí, y sospeché que tenían celos de su lengua, porque el *maître* no se dio por aludido; soltó un oh gutural, echó en mi plato un montón de boronas que habían dejado en las mesas vecinas, y golpeó las manos para meterme prisa, indicando que el restaurante estaba vacío. En el vestíbulo, una azafata con una lista y un *walkie-talkie* en la mano gritaba ¡Mister Costa! ¡Mister Costa!, y yo era el último en unirse a la legión que se apiñaba en la alfombra mecánica, a diez metros de la puerta del hotel. Nos deslizamos hasta la puerta de embarque a través de un largo y centelleante territorio libre, un país de lengua de nadie, patria de guarismos, iconos y logotipos. En la Policía Federal, un empleado bigotudo hojeaba con pereza los pasaportes, que devolvía sin sellar. Se desvanecía en su persona mi esperanza de oír la postrera voz de un húngaro, pues de su boca no salía un buenos días, un muchas gracias, un buen viaje, y mucho menos espero que vuelva. Quizá como compensación, al instalarme en el asiento de la clase preferente, me volvió a la lengua el sabor del pan de calabaza, y de nuevo lo sentía dulce. Me ajusté el cinturón, cerré los ojos, pensé que ya no dormiría nunca más en mi vida, tomé un somnífero y

despegó el avión. Acerqué el rostro a la ventanilla, todo estaba nublado, la píldora surtía efecto. Cuando se abrió un hueco en las nubes, me pareció que sobrevolábamos Budapest, cortada por un río. El Danubio, pensé, era el Danubio, pero no era azul sino amarillo, toda la ciudad era amarilla, los tejados, el asfalto, los parques, qué curioso, una ciudad amarilla, yo pensaba que Budapest era gris, pero Budapest era amarilla.



## En el caso de los niños

Nuevo giro en el caso de los niños de los ojos agujereados. Anoche la gobernanta del orfanato, a la que se suponía prófuga en Paraguay, se presentó voluntariamente en el distrito policial de Volta Redonda. La narración era trabajosa, la voz, sin brillo; seguramente Vanda había grabado aquel texto por la mañana temprano. El comisario no quiso decir si la declaración de la gobernanta podría disculpar o complicar aún más al amante de la costurerita. No, no, no hay nada concluyente, la mujer parecía sedada o en estado de choque, decía frases inconexas, y Vanda apareció en vivo anunciando el fútbol femenino después de la publicidad, con la voz limpia, una media sonrisa adecuada, equidistante de las dos noticias; llevaba sombra de ojos, el pelo recogido, el collar de cuentas. Me senté en la cama, el contestador automático parpadeaba en la mesa de noche: Zé, soy Álvaro, tú ya debes de tener... Vandinha, soy yo, Vanessa, las bolas fosforescentes... Zé, soy Álvaro, tío, el alemán está... Vanda, te habla Jerônimo, puedes llamarme al apartamento de la entreplanta... Vandinha, soy Vanessa, pensé que las bolas... Zé, Álvaro, es mediodía, tío, tú... Yo había tomado vino, barbitúricos, el avión se retrasó en Fráncfort, hubo escala en São Paulo, las maletas se extraviaron, los husos horarios, el *jet lag*, me di una ducha, comí unos plátanos, anduve por la playa sin prisas junto al carril bici, unas chicas pedaleaban, otras chicas iban en patines, sol de otoño, aparqué el coche en Ipanema. El chiringuito estaba tranquilo, pedí un coco y apoyé los brazos en la barra, recosté la cabeza en los brazos, mientras las personas circulaban a mi espalda: le has visto la cara, el gamberro se ha puesto pálido... ella apartó la braguita y apareció aquel furúnculo... sólo equipamiento del primer mundo, lleno de frisos... después dirían que era para un negro... entonces le dije que estaba menstruando... pero daría una pasta considerable... el vicepresidente me contó por teléfono... para mí al fin y al cabo es exactamente eso... Pensé en quitarme los zapatos e ir a mojarme los pies, pero el mar estaba lejos y me dio pereza andar por la arena. Tenía que ir a la agencia, subí al coche, qué pereza.

Yo no conocía la pereza, en la época en que atendíamos en una sala de tres por cuatro en el centro de la ciudad. Atendía yo, en realidad, porque Álvaro se pasaba los días en la calle haciendo contactos, ocupándose de trámites. Cuando aún promovía la agencia en los anuncios por palabras, mandaba imprimir en negrita la palabra confidencialidad. Y aparecían unos individuos cohibidos, con la cabeza gacha, hablando con la boca torcida, en ese tiempo yo aceptaba cualquier encargo. No por el

dinero, que apenas alcanzaba para pagar el alquiler de la sala; me pagaban los honorarios corrientes en el mercado, como se paga por página a un escriba viejo, un mecanógrafo, un copista de enciclopedias. Pagaban en efectivo a la entrega de la mercancía y partían deprisa, a lo sumo entreabrían el sobre para comprobar el número de hojas que había dentro. Para mí valían como ejercicio de estilo aquellas monografías y disertaciones, las pruebas de medicina, las peticiones de abogados, las cartas de amor, de despedida, de desesperación, chantajes, amenazas de suicidio, textos que le mostraba a Álvaro antes de limpiar el archivo. Él observaba la pantalla y decía genio, genio, pensando en otras cosas; Álvaro nunca pensaba exactamente en lo que estaba mirando. Y Vanda riñó con él justo al comienzo de nuestro noviazgo, calificaba a Álvaro de vampiro, porque chupaba mi talento, porque me encerraba en la agencia y él no faltaba a ningún cóctel. Lo decía porque me quería a mí, no a mis escritos, que ella no leía, Vanda no sabía bien qué clase de escritor era yo. Me conoció ya bastante aplomado, ignoraba hasta qué punto Álvaro había creído e invertido en mí, desde la facultad de letras hasta la agencia, montada por iniciativa suya. Él tenía algún dinero de su familia, estaba bien relacionado, y cuando se acercó a personalidades de la política, yo ya estaba en condiciones de redactar discursos para cualquier circunstancia a partir de un esbozo o una entrevista breve. Los discursos de campaña estaban bien pagados, pero me dejaban insatisfecho, francamente infeliz. Muchas veces el orador atropellaba los pasajes que yo más apreciaba, sin vacilar en saltarse párrafos enteros si su agenda estaba llena o el sol, fuerte. E intercalaba de sopetón unos arrebatos de su cabeza, que el pueblo aplaudía, después soltaba los papeles en el estrado para que se los llevase el viento. De modo que recompensa profesional, en rigor, sólo la obtuve a partir de la publicación integral de mis artículos en periódicos de gran difusión. Mi nombre no aparecía, claro, siempre estuve destinado a la sombra, pero que palabras mías se atribuyesen a nombres cada vez más ilustres era como mejorar de sombra. Cuña & Costa Agencia Cultural estaba entonces instalada en tres habitaciones con vistas a la playa de Copacabana, y a Álvaro se le ocurrió enmarcar y colgar en las paredes mis obras selectas. Eran artículos escritos en nombre del presidente de la Federación de Industrias, del ministro del Tribunal Supremo Federal, del cardenal arzobispo de Río de Janeiro, en definitiva, una galería que Álvaro mostraba a quien entrase en la agencia, diciendo: José Costa es un genio. Buscaba empresas, corporaciones, fundaciones, sindicatos, clubes, parrillas, abría un *book* con mis artículos y proclamaba: José Costa es un genio. Pero, Álvaro, ¿y la confidencialidad? Él reía con su risita fina, graciosa en un hombre grande y peludo, y aseguraba que nuestros clientes eran los primeros en hacer propaganda de Cuña & Costa. Incluso algunos no clientes se jactaban de haber prescindido de sus asesorías y pagar un poco más por nuestros servicios diferenciados: ésas eran las palabras de Álvaro. Y, no obstante, me molestaban los artículos en las paredes, el *book* me molestaba, estar en evidencia era algo semejante a romper un voto. Fue lo que le comuniqué en una conversación franca, y Álvaro me oyó con la mirada fija, pensando

en otras cosas. Y siguió ampliando la galería, y contrató a un empleado para poner al día el *book*, que a esas alturas ya era un mamotreto. De cualquier manera, al alardear en la ciudad de nuestra fábrica de textos, tomaba ahora el cuidado de omitir mi nombre; en caso de que le preguntasen si no sería él mismo, Álvaro da Cuña, el versátil literato, bajaba la cabeza y farfullaba: dejémoslo así.

Después de casarme, llegaba a casa inquieto, a las tantas de la noche, y Vanda no se resignaba, me calentaba la comida maldiciendo a Álvaro. Yo no entraba en el tema, no sabía cómo explicarle que, fuera de horario, me quedaba solo en la agencia por mi cuenta y me dedicaba a la lectura obsesiva. A esas horas, ver mis obras firmadas por extraños me daba un placer nervioso, una especie de celos al contrario. Para mí no era tal o cual individuo quien se adueñaba de mi escritura, sino que era como si yo escribiese en su cuaderno. Anocheceía, y yo volvía a leer las frases que sabía de memoria, después repetía en voz alta el nombre del individuo, balanceaba las piernas y reventaba de risa en el sofá, sintiéndome como quien tiene amoríos con una mujer ajena. Y si las frases me envanecían, mucho mayor era la vanidad de ser un creador discreto. No se trataba de orgullo ni de soberbia, sentimientos naturalmente silenciosos, sino de pura vanidad, con afán de jactancia y exhibicionismo, lo que valorizaba en mucho mi discreción. Y me solicitaban nuevos artículos, que se anunciaban en la cabecera de los periódicos y algunos lectores elogiaban al día siguiente, mientras yo me mantenía en mis trece. Así pues, se acumulaba en mí la vanidad, que me volvía fuerte y guapo, me llevaba a reñir con la telefonista y a llamar burro al recadero, y arruinaba mi matrimonio, porque llegaba a casa y le gritaba a Vanda, que me miraba con los ojos desorbitados, sin saber por qué me había vuelto tan vanidoso. De hecho tenía yo muy mal carácter cuando llegó a la agencia la invitación para el encuentro anual de autores anónimos, que se celebraría en Melbourne. Era una carta enviada desde Cleveland, sin ningún otro indicio de remitente, a Coña & Casta Agency, en un sobre negro que Álvaro abrió y me entregó diciendo tiene gracia. Metí la carta en el cajón de las cosas sin importancia, porque no contenía más información que el nombre de un hotel y una fecha que retuve sin querer: era el día del cumpleaños de Vanda. Meses más tarde, al llegar a casa a las dos de la madrugada, encontré a mi mujer sentada en la cama con cara de sueño, pues se despertaba temprano desde que se había convertido en presentadora de telediario. Cuando me preguntó si aún quería cenar, en un arranque le respondí que en la televisión parecía una cotorra, porque leía las noticias sin saber de qué hablaba. Se calzó las zapatillas, se puso una chaqueta de ganchillo encima del camisón, se fue lentamente hacia la cocina, encendió el microondas y, sin elevar la voz, dijo que peor era yo, que escribía un montón de cosas para que nadie las leyese. Renuncié a la cena, abandoné el hogar con la ropa que llevaba puesta y me instalé en la agencia, donde me quedaba flirteando con mis artículos hasta dormirme en el sofá. Después de varias noches durmiendo allí, con unos restos de rabia y dolor en la espalda, pensé en volver con Vanda, al fin y al cabo era su cumpleaños, pero fue entonces cuando me acordé

de la carta del cajón. Álvaro no se opuso a mi viaje a Australia, e incluso hizo algunos comentarios sobre la globalización y eso. Yo tenía dinero suficiente, con más de treinta años nunca había salido del país, y creí que, en el peor de los casos, se me enfriaría la cabeza dando la vuelta al mundo en avión. Pasé por casa para hacer la maleta; Vanda no estaba, y le dejé una misiva comunicándole que me iría al congreso mundial de escritores.

Ética, leyes de imprenta, responsabilidad penal, derechos de autor, advenimiento de Internet, era extenso el temario del encuentro, a puerta cerrada, en un lúgubre hotel de Melbourne. Se sucedían oradores de diversas nacionalidades en conferencias que yo escuchaba en español, por el sistema de traducción simultánea. Pero ya en la segunda jornada, a medida que avanzaba la noche, las cuestiones de interés común daban paso a declaraciones personales embarazosas. Aquello comenzaba a parecerse a una convención de alcohólicos anónimos que no padecían de alcoholismo, sino de anonimato. Autores veteranos, que ostentaban su nombre completo en la tarjeta de identificación, se disputaban el micrófono para un festival de vanaglorias. Citaban una sarta de obras suyas y, sin necesidad, exponían la identidad de los presuntos autores, ora un gran estadista, ora el notorio negro de un gran estadista, ora un novelista laureado, un filósofo, un prominente intelectual, provocando alboroto y carcajadas entre los asistentes. La tercera noche yo estaba realmente decidido a abandonar la sala, cuando el micrófono cayó en mi mano y los presentes se cruzaron de brazos, observándome. Yo era el bisoño, era tal vez un elemento extraño, había escuchado confesiones comprometedoras, no tenía salida, mi silencio sería una provocación. Disculpándome por expresarme en portugués, hice un resumen de mi currículum, concedí recitar algunos versos, pausadamente, para que los intérpretes pudiesen traducirlos con comodidad. Enseguida expliqué el contexto de un par de trabajos, aludí a personalidades que me debían favores, al rato estaba desembuchando fragmentos mezclados de todos los artículos que me acudían a la cabeza. Ya era una compulsión, yo hervía, hablaba, hablaba, habría hablado hasta el amanecer si no hubiesen desconectado el equipo de sonido. Al ver la sala vacía y el ascensor repleto, subí de un tirón siete tramos de escalera; estaba ligero, estaba delgado, ya arriba me dio la sensación de haberme quedado hueco. La náusea que sentí al entrar en la habitación seguiría acompañándome largo tiempo, el moho de los corredores me impregnó las fosas nasales; durante meses, cada vez que me repantigase en el sofá de la agencia, pensando en saborear viejos artículos, volvería a sentir el olor de la alfombra anaranjada del hotel de Melbourne. Mi habitación era sofocante, la ventana era un cristal fijo, el paisaje, dos hileras de postes de luz en una avenida recta y sin fin. Me dieron ganas de llamar a alguien de Brasil, pero el teléfono estaba bloqueado. Pasé la noche mirando el techo y, cuando golpearon la puerta con el desayuno, sentí una enorme gratitud, insistí en que el camarero se sentase conmigo; era filipino, hablaba mal en inglés, me enseñó unas palabras en malayo y tenía unas manos muy pequeñas, que llené de monedas. Yo estaba hipersensible, bajé a la sala ansioso por

ver de nuevo a los colegas, y a partir de aquella mañana las reuniones transcurrían casi en silencio, con las personas postradas en los asientos. Los pocos que se disponían a tomar la palabra hablaban bajo, lejos del micrófono, recordando los sinsabores de un oficio que tantos abandonan en busca de fortuna y popularidad. Se rendían homenajes a compañeros ausentes, muertos en el abandono o internados en asilos para esquizofrénicos, o incluso delatados, identificados públicamente, algunos hasta perseguidos y condenados en sus países por delito de opinión, profesionales que por principio no tienen ninguna opinión. En la sesión de clausura hubo discursos en defensa del derecho a la privacidad y a la libre expresión, pero se rechazó de inmediato la propuesta de redactar una carta abierta; al fin y al cabo, algún periódico publicaría un manifiesto de escritores que nunca dan sus nombres. Y nosotros, que una semana antes habíamos llegado al hotel dando portazos en los taxis y maltratando maleteros, partimos juntos lentamente, arrastrando equipajes repletos de mamotretos hasta el autobús alquilado, al otro lado de la calle. En el aeropuerto intercambiamos direcciones y abrazos, alguien lloró, todos prometieron su presencia en el próximo encuentro en Casablanca, después cada uno entró en un túnel. Viajé treinta horas con la mente en blanco y, cuando pedí dormir en casa, Vanda no me preguntó nada, me sirvió una sopa y me acarició el pelo. Fue entonces cuando, despojado de amor propio, dejé embarazada a Vanda.

Ya con barriguita y llena de caprichos, Vanda decidió programar nuestra siempre postergada luna de miel. Sería en Nueva York, durante su mes de vacaciones en la televisión, pero a mí no me hacía mucha gracia pedirle un nuevo permiso a Álvaro. Vanda pataleó, me espoleó, me señaló que yo no era un empleado, sino un socio a partes iguales con él. Me senté frente a Álvaro, le mostré mi nuevo ordenador portátil, le hablé de la inflexibilidad de las mujeres en general, y al final me dejó libre para viajar y hasta quedó en darme una lista de buenas direcciones en Manhattan. Y aprovechó para decirme que dentro de poco, si no me importaba, probablemente delegaría en otros algunas de mis tareas. Sólo llegué a entenderlo del todo al volver de la luna de miel, cuando encontré a un joven redactor instalado en una mesa frente a la mía, y algunos artículos suyos enmarcados en las paredes. Ya hacía algún tiempo, según llegué a saber, que Álvaro adiestraba al muchacho para que escribiera no a la manera de los demás, sino a mi manera de escribir por los demás, lo que me pareció equivocado. Porque mi mano sería siempre mi mano, quienes escribían por los demás eran como mis guantes, de la misma forma que el actor se traviste de mil personajes para poder ser mil veces él mismo. A un aprendiz yo no me negaría a prestarle mis pertrechos, vale decir mis libros, mi experiencia y alguna técnica, pero Álvaro tenía la pretensión de transmitirle lo que era más que propiedad mía. Para no fastidiarme, decidí no reparar en los textos del muchacho y me sentaba de espaldas a su espalda, porque es imposible crear con un extraño que nos mira a la cara. Pero una noche en que me encontraba solo en la agencia, dejando vagar los ojos por las paredes de la sala, me topé con un artículo de periódico en un marco barroco, y el título «La

madama y la lengua vernácula» me pareció familiar. Fui a mirar, y era un texto reciente firmado por el presidente de la Academia Brasileña de las Letras, para quien, por casualidad, yo nunca había escrito, y sólo podía ser cosa del muchacho. Leí la primera línea, releí y me paré, tuve que dar el brazo a torcer; yo no sabría introducir aquel artículo sino con aquellas palabras. Cerré los ojos, creí que podría adivinar la frase siguiente, y allí estaba, tal cual. Cubrí el texto con las manos y fui moviendo los dedos milímetro a milímetro, fui abriendo las palabras letra a letra como un jugador de póquer al disponer las cartas, y eran precisamente las palabras que esperaba. Entonces intenté las palabras más inesperadas, neologismos, arcaísmos, un la madre que los parió sin más ni más, metáforas geniales que se me ocurrían de improviso, y todo lo demás que podía concebir ya se encontraba allí, impreso bajo mis manos. Era angustiioso, era como ver a un interlocutor que no parase de sacar palabras de mi boca, era una gran agonía. Era tener a un plagiaro que me precedía, un espía en el cerebro, un filtro en la imaginación. Comencé a mirar de reojo al muchacho, pensé en desafiarlo cuerpo a cuerpo, acorralarlo contra la pared, pero luego contrataron a otro muchacho, y a otro más, y Álvaro lograba imponerles a todos mi estilo, casi me llevó a creer que mi propio estilo, desde el comienzo, sería también producto de su manipulación. Cuando me vi rodeado de siete redactores, todos con camisas a rayas como las mías, con gafas de leer iguales a las mías, todos peinados como yo, con mis cigarrillos y mi tos, me mudé a un cuartito que servía de almacén, detrás de la sala de recepción. Allí recuperé el gusto por la escritura, pues los artículos para la prensa me deprimían, ya tenía la impresión de estar imitando a mis émulos. Comencé a crear autobiografías, en lo que Álvaro me apoyó, afirmando que se trataba de una mercancía con una abundante demanda desaprovechada.

Famosos artistas, políticos y chanchulleros llamaban a mi puerta, pero me daba el lujo de atender solamente a personajes tan oscuros como yo mismo. Clientes que me recordaban a aquellos de la sala de tres por cuatro del centro de la ciudad, excepto en el ser lo bastante ricos para pagar el exorbitante caché que Álvaro estipulaba, además de costear la tirada del libro para su distribución entre parientes y amigos. Tipos como el viejo criador de cebúes de las quimbambas del país, cuyas memorias reescribí con mucho sexo, transatlánticos, cocaína y opio, proporcionándole algún consuelo en un lecho de hospital. El hombre estaba realmente en las últimas, y apenas tuvo fuerzas para autografiarme un ejemplar de su *Inventario pasional* que llevé al encuentro de autores anónimos en Estambul. Seleccioné los mejores pasajes para una lectura pública, pero mis pares exigieron que lo leyese de cabo a rabo; si yo no tenía una celebridad que lo firmase, tenía un montón de ellas dentro del relato, y mientras enumeraba a las actrices de cine, primeras damas, señoras de la *jet set* y algún que otro príncipe que el viejo se había llevado a la cama, oía el alboroto y las carcajadas de los asistentes. Mi producción era entonces copiosa, y ya en vísperas de partir hacia Turquía me había comprometido a poner en libro las aventuras cariocas de un ejecutivo alemán, que ahora me aguardaba en la agencia. Pero tenía pereza, fui por la

playa despacio, mirando a las niñas en bicicleta, me paré a beber un agua de coco, casi me quedé dormido encima de la barra, y cuando llegué, el alemán acababa de marcharse. Me quedé un tiempo plantado en la recepción, sin saber qué hacer, y la voz aguda de Álvaro atravesaba las paredes: pero la idea de distribuir naranjas fue del gobernador... entonces tendría que numerar todos los caballos... claro, nadie coge un herpes por teléfono..., vale, tío, si quieres, yo consigo una contrarréplica... así que vamos a dejarlo así, adiós adiós... ¡dígame!... La recepcionista quería anunciarme a Álvaro, pero no hacía falta, era muy grande la pereza, eran los husos horarios, era el *jet lag*, eran las ganas de irme a casa.

Giré la llave, nadie en la sala, se oía correr el agua en la cocina, era la asistenta. Crucé el pasillo, la puerta de la habitación estaba cerrada, comencé a mover el picaporte sin hacer ruido. Ya bajaba el sol de la tarde, atravesando las persianas y proyectando una especie de reja en el suelo y en la colcha de la cama. El cuarto de baño estaba abierto; la luz, encendida. Envuelta en una toalla blanca, con los pies separados, Vanda bajó la cabeza, casi hasta tocar el suelo, como en un acto de penitencia. Se pasó el cepillo por la nuca, estirando el cabello castaño desde la raíz, y pude mirar sus piernas, sus brazos, sus hombros desnudos, aquella piel que sabía morena en todo el cuerpo, menos en los pechos y debajo de la braguita. Sin embargo, mirando a Vanda tan de repente y tan de cerca, me admiré una vez más; mi primera duda, siempre que volvía de viaje, era si Vanda había ganado vigor en mi ausencia, o si se desvanecía en mis pensamientos. Alzó su cara enrojecida, me vio por el espejo y vaciló: ¿has entrado por la terraza? No, he robado la llave. ¡Estás loco, mi marido puede llegar en cualquier momento! Tu marido está en Estambul. ¡No puede ser, estoy esperándolo desde ayer! Su avión ha caído. ¡Oh! Di un paso adelante y me pegué a ella, que descalza apenas me llegaba al mentón, y durante un buen rato nos miramos el uno al otro en el espejo, apretándole yo las caderas, como sé que le gusta. Hasta que se giró, derretida, con la cabeza inclinada hacia la derecha, la boca entreabierta, los ojos cerrados y parpadeantes; después del beso, cuando separara sus labios de los míos, diría que tenía sueño. Separó sus labios de los míos, se apoyó en el lavabo, me encaró con los ojos aún cerrados, se los frotó y dijo: estoy muerta de sueño. Pasó delante de mí como una sonámbula, los pasos lentos pero rectos, y cayó inerte en la cama, con la toalla blanca sobre el cuerpo, y el sol invadía la habitación, y las sombras de la persiana estampaban una jaula en la toalla sobre el cuerpo de la cama. Vanda fingía dormir, esperando que le pasase la lengua detrás de la oreja. Tardé unos segundos a propósito, considerando que la toalla era un molde perfecto sobre su cuerpo; si la separase del cuerpo con cuidado, podría en teoría construir al lado otra Vanda boca abajo. Al final me arrodillé en el suelo y le pasé la lengua detrás de la oreja, que olía a jabón. De repente se levantó de la cama, pensé que iba a reanudar la broma del marido, pero no. Era olfato de madre que presentía al niño allá abajo, en el parque infantil o en el garaje del edificio, pues sólo minutos más tarde entró su llanto en el apartamento. Vanda ya estaba con blusa y vaqueros en la puerta de la

habitación, ¿qué ha pasado?, ¿qué ha pasado? No había pasado nada, un niño le había pegado al niño y la tata lo había traído del colegio más temprano. Tumbado en la cama, quien fingía dormir ahora era yo, pero pude ver que el niño había ganado unos kilos. Mi hijo estaba obeso.

El alemán no tenía pelo, ni asomo de barba, ni cejas, era absolutamente lampiño. Sin ser viejo, tenía la piel de la cara reseca, probable secuela del sol de Río, siete veranos con la piel desprendiéndose de la piel desprendiéndose de la piel hasta llegar a ésa, una piel con algo de papel, un resto como de cáscara provisional. Se enderezaba en la silla en cuanto yo conectaba la grabadora, y hablaba un portugués exótico pero fluido, sólo interrumpido para que yo cambiara la cinta, o cuando Álvaro entraba en el cuartito. Álvaro entraba sin llamar, sin motivo alguno, salía, volvía con un contrato para que lo firmase el alemán, salía, dejaba la puerta abierta. Cuando ya no estaba el alemán, él continuaba entrando a cualquier hora, decía cualquier cosa y echaba una mirada de soslayo a mi ordenador, forzándome a cubrir la pantalla con las manos para proteger mis borradores. Sólo al atardecer, cuando él y sus muchachos se iban de la agencia, yo recobraba la confianza para retomar el trabajo. Cogía al azar una de las veinte casetes que había dejado grabadas el alemán, escuchaba vagamente su voz, ponía los dedos en el teclado, y yo era un hombre rubio y de piel rosácea siete años atrás, cuando zarpé de Hamburgo y me adentré en la bahía de Guanabara. No sabía nada de esa ciudad ni tenía intención de aprender el idioma nativo, fui enviado a poner orden en la Compañía y en la Compañía sólo se hablaba alemán. No contaba con conocer a Teresa, que me introdujo en el Chamego do Gambá, un barucho donde se bebía cerveza y se cantaban sambas toda la noche. Allí me inicié en la lengua en la que me atrevo a escribir este libro de mi puño y letra, lo que habría sido inimaginable siete años atrás, cuando zarpé de Hamburgo y me adentré en la bahía de Guanabara. Al primer contacto, el idioma, el clima, la alimentación, la ciudad, las personas, todo, todo me pareció tan absurdo y hostil que me puse enfermo, y al levantarme días más tarde, vi horrorizado mi cuerpo pelado y mis pelos sueltos en la sábana. Después conocí a Teresa y me fui familiarizando con el país, fui al barucho, fui a la favela, fui al fútbol, a la playa me costó ir porque me daba vergüenza. Apagaba las luces para dormir con Teresa, pero ella me acariciaba todo el cuerpo, me decía que era *sexy* y suave como una serpiente. Una morena como Teresa habría sido inimaginable siete años atrás, cuando zarpé de Hamburgo. Me habría casado con ella, en la capilla de una isla de la bahía de Guanabara, si ella no me hubiese sustituido por un cocinero suizo, y fue entonces cuando me quedé todo calvo, perdí incluso los pendejos y el vello de las axilas, todo, y el médico diagnosticó una alopecia de origen nervioso. Sería temporal, pero no lo fue, y acabé acostumbrándome a estar sin pelo, que no me hacía más falta que Teresa, y aun sin Teresa acabé acostumbrándome. Me olvidé de Teresa tal como ya me había olvidado de Hamburgo, y dejé la Compañía para fundar una ONG, o, mejor dicho, para buscar mujeres en la playa, lo que habría sido inimaginable siete años atrás, cuando me adentré en la bahía de Guanabara, y



extasiado perdí todo el pelo, pero mi texto estaba viciado, patinaba, no evolucionaba. Algo me perturbaba, me acudían unas palabras extrañas a la mente, me desollaba los dedos en el teclado y al llegar la noche tiraba el trabajo. Torpe, llegaba a casa y encontraba mi lugar en la cama ocupado por un niño gordo. Con Vanda, por otra parte, ya no abordaba ese asunto, porque ella siempre tenía una respuesta para todo. Además de enorme, el niño iba a cumplir cinco años y no hablaba nada, decía mamá, tata, pis, y Vanda decía que Aristóteles había sido mudo hasta los ocho, no sé de dónde lo había sacado. Y por la madrugada él cogió la manía de balbucir cosas sin nexo, inventaba sonidos irritantes, unos chasquidos con la comisura de los labios; yo no tenía sosiego ni siquiera en mi cama, me contenía, me mordía, hasta que finalmente estallé: ¡cállate la boca, por amor de Dios! Se calló, y Vanda salió en su defensa: lo único que hace es imitarte. ¿Imitar qué? Imitarte a ti, que te ha dado por hablar cuando duermes. ¿Yo? Tú. ¿Yo? Tú. ¿Desde cuándo? Desde que llegaste de aquel viaje. Listo. Descubrí en aquel instante que en mis sueños yo hablaba en húngaro.

El paso por Budapest se había disipado en mi cerebro. Cuando lo recordaba, era como un rápido accidente, un fotograma que trepidase en la cinta de la memoria. Un hecho ilusorio, tal vez, que no llegué a contarle a Vanda ni a nadie. Es verdad que Vanda tampoco se preocupaba por saber qué grandes escritores eran esos con los que me encontraba cada año, en congresos de los que nadie daba noticia. Tal vez se defendiera de imaginar aventuras de su marido por el mundo, poetisas, dramaturgas, antropólogas que me hiciesen perder el juicio y el avión de regreso. Por tanto, sería estúpido relatar sin convicción, a una Vanda que no quería escuchar, mi madrugada solitaria en Budapest. Y hoy aquella Budapest estaría muerta y sepultada, si no fuese por el niño que la sacaba de mi sueño. Un intento de acercarse a su padre, comprendí después, que yo había rechazado con una brutalidad inexplicable. A las seis y media en punto de las mañanas siguientes, cuando madre e hijo se levantaban gracias al despertador, me obligué también a ponerme de pie. Comencé a dedicar al niño el tiempo que me sobraba antes del trabajo, usado en general para desperezarme, pensar en la vida y leer periódicos en el cuarto de baño. Ahora, cuando Vanda se iba a la televisión, yo me quedaba en la cocina tomando el café con mi hijo. Observándolo con helados y coca-colas, intentaba restaurar las facciones perdidas en su rostro flácido, y admití que eran las de un niño muy guapo. Con la punta de la servilleta, le limpiaba de la boca los copos de cereales y encontraba los labios carnosos de su madre, así como de su madre eran también los ojos negros. Estuve a punto de apartar los mechones castaños que escondían parte de sus mejillas, pero me reprimí a tiempo, avergonzado; había en mis manos el gesto que acariciaba las mejillas de Vanda. Durante más de un mes, esperé que repitiese las palabras de mi sueño, pues así me sentiría redimido. Habla, hijo mío, casi imploraba, cogiéndolo por las muñecas, pero en ese momento él se echaba a llorar, llamaba a mamá, llamaba a la tata. Y al menos la tata compartía mi aflicción por la afasia del niño. Dijo que cuando era nueva en el

trabajo ya le advertía a doña Vanda: un bebé que se ve reflejado en el espejo se queda con el habla trabada. Vanda no se rió cuando le transmití el comentario, y aseguró que el niño, lejos de mí, hacía grandes progresos; posesiva, quería decir que mi atención constante era capaz de sofocarlo. Por las dudas, retorné el hábito de quedarme en la cama hasta más tarde. La idea de las palabras húngaras, sin embargo, también me obsesionaba en la cama, en el cuarto de baño y sobre todo en la agencia, frente al ordenador, con su pantalla vacía color hielo. Y ocurrió que un día Álvaro invadió mi cuartito agitando un periódico: mira, tío, tu guiri está convirtiéndose en una estrella. En una columna de noticias culturales, se informaba de que Kaspar Krabbe, hombre de negocios radicado en Río, daba los últimos retoques a su libro de memorias noveladas. Me pegué un buen susto, pensé en llamar al alemán, necesitaba avisarle de que el trabajo estaba un poco atrasado, pero mi vista se deslizó a otra nota al pie de página: el emérito poeta Kocsis Ferenc será homenajeado esta noche en una recepción en el consulado de Hungría.

Me daba pereza cenar fuera, nadie me invitaba a las fiestas, el teatro me ponía nervioso, esperaba que las películas nuevas saliesen en vídeo, por eso Vanda no quiso saber exactamente adónde iríamos cuando la llamé desde la agencia; ordenó a la asistenta que planchase mi traje gris y se fue corriendo al centro comercial. En casa, se había habituado a pasear en camiseta, *shorts*, bermudas, vaqueros, tal vez el guardarropa de una resignada, pero que a mis ojos ya se había convertido en su marca. Incluso cuando presentaba el telediario, llevaba un atuendo informal, casero. No sorprende, pues, que el niño se asombrase al verla aparecer con chaquetón y falda negros, tacón de aguja, collares, pendientes, colorete, pintalabios y un moño con las puntas sujetas a modo de gajos. Para apaciguar y dormir a su hijo necesitó desnudarse, lavarse la cara, soltarse el pelo, y le llevó otra hora y media volver a arreglarse y encontrarme en el garaje. Camino de la playa de Flamengo improvisé elogios a Kocsis Ferenc, el gran intérprete del alma húngara, y cité *Tercetos secretos* como su obra más notable. Inventé en el acto esos tercetos, pero enseguida Vanda afirmó conocerlos y que había leído algo al respecto en un suplemento literario. Añadió que el libro de Kocsis había recibido muchos premios, que lo habían lanzado en muchos países, que estaba traducido hasta al chino, y era un placer escucharla así, hablando al tuntún; yo me reía por dentro, siempre me vengaba por querer a Vanda. Ella aún discurría sobre *Tercetos secretos* cuando llegamos a la dirección del consulado, y allí no había fotógrafos, ni guardias de seguridad, ni automóviles con matrícula del cuerpo diplomático, no había aparcacoches, no había nadie; enfrente del edificio había un poste de luz, dos palmeras pequeñas y el espacio libre donde estacioné el coche. Un vigilante nos abrió el portón de hierro sin preguntar nada, y al pulsar el botón del ascensor, comprobé un ligero temblor en mi mano. Al llegar al sexto piso, Vanda y yo nos miramos; yo tenía tan preparado el espíritu para el idioma de Budapest como ella estaba cubierta de joyas. Y nos vimos en un pequeño vestíbulo de ascensor, silencioso, sólo iluminado por la rendija de la puerta del apartamento

602. Pero en cuanto me atreví a empujar la puerta, el consulado estalló en aplausos. Acto seguido, las cerca de cincuenta personas del salón, que estaban de pie asomadas a la ventana, se giraron, se agitaron, se volvieron hacia los lados y comenzaron a hablar unas con otras. Era la sonoridad del idioma húngaro que se abría para mí al tiempo que entraba en el salón. Vibraban las voces húngaras a mi alrededor, sin sospechar que exponían a un intruso sus secretos. Y por ignorar los significados, con más nitidez advertía las inflexiones de la lengua; estaba atento a cada reticencia, a cada vacilación, a la frase interrumpida, a la palabra partida como una fruta que yo pudiese mirar por dentro. Absorto en el centro de la fiesta, tardé en acordarme de Vanda, a quien había abandonado en la puerta, y allí seguía ella, entretenida con un corro de señoras que probablemente la conocían de la televisión. Me acerqué a ver qué la divertía tanto, pero le decían cosas, también en húngaro, que ella aprobaba moviendo la cabeza. Vanda era realmente una atracción en un salón poblado por personas de mediana edad, todas un poco parecidas, vestidas con parecida sencillez en un ambiente de cumpleaños en familia. Un señor de traje gris igual al mío, tal vez el propio cónsul, circulaba con una botella de cristal labrado, sirviendo a los comensales; viéndonos a Vanda y a mí con las manos vacías, se dio prisa en procurarnos dos copas de un licor muy dulce que sabía a albaricoque. Tras él iba una mujer de pelo violáceo con una bandeja de panecillos. Los panes de calabaza, pensé, pero ella dio media vuelta, y, siguiendo su ejemplo, todo el mundo enmudeció y se giró de nuevo hacia la ventana. Allí había un hombre esbelto y medio encorvado, seguramente más joven de lo que aparentaba, porque daba la imagen de un mozo con aspecto de viejo. Tenía cabellos muy finos que la brisa agitaba, con el Pão de Açúcar iluminado al fondo, color calabaza. Sólo podía ser Kocsis Ferenc, con un libro en una mano y una copa en la otra. Traté de acercarme al poeta, junto con Vanda, pues él hablaba bajo, con una voz muy grave, ronca. Recitaba un poema conocido por los asistentes, que susurraban con él el estribillo: *egyetlen, érintetlen, lefordíthatatlan*. Risueña, Vanda se estiró para llegar a mi oído y no creí que fuera a atreverse a traducir los versos. Parece Joaquinziño, me susurró ella, pues al pronunciar aquellas tres palabras el poeta chasqueaba levemente el dorso de la lengua, como nuestro hijo cuando me imitaba. El poema ganaba intensidad en coincidencia con el vigor del viento en la ventana, que agitaba el peinado del poeta y las páginas del libro. Pero Kocsis Ferenc ya no consultaba el libro para decir palabras punzantes; sus ojos claros buscaban los ojos de los espectadores, incluso los míos. Sus ojos azules e inyectados en sangre se fijaron por fin en los ojos negros de mi mujer. Hizo una pausa, bebió el licor de un trago y retornó la recitación sin apartar los ojos de mi mujer. Yo la observaba de reojo, la boca entreabierta, las pestañas parpadeantes, la sangre que le subía al rostro, y había una lágrima en su ojo izquierdo cuando el tipo finalizó, enfático: *egyetlen, érintetlen, lefordíthatatlan!* Hubo un aplauso general y, acto seguido, las personas giraron, se movieron y se volvieron hacia los lados, excepto Vanda, que, mirando al húngaro, era como una santa mirando hacia arriba en oración,

con las manos aún juntas del último aplauso. Tuve que sacudirla, la arrastré por el brazo, cruzamos el salón, salí con ella a hurtadillas. Al pasar por la playa de Botafogo, Vanda insinuó que yo había tenido una crisis de celos, pero sólo ella no se había dado cuenta de que el poeta era gay. En Copacabana le pregunté si quería cenar en un japonés y se quedó pensativa. Llovía en Ipanema, y con la mano en mi rodilla me dijo que en casa tenía crema de guisantes. Besé su boca en el garaje, Vanda se derritió, fingió que dormía de pie en el ascensor, y así anduvieron las cosas.

Por las mañanas, en ausencia de Vanda, yo podría recibir clientes en un rincón de la sala de visitas y adelantar mi trabajo sin intromisiones. Muchas veces pensé en llevar a casa el ordenador y los diccionarios, pero tal vez era lo único que faltaba para que Álvaro me apartase de la sociedad. Ya había reducido bastante mi cuota, con cierta razón; no le correspondía cargar con los salarios de una decena de redactores que, bien o mal, se ocupaban de responsabilidades mías. Pero con el cinco por ciento de Cuña y Costa, decía él, yo podía llevar una vida de ricachón, almorzar en París y cenar en Nueva York, zambullirme en el Caribe con mi mujer, dar vueltas al mundo hasta marearme. Y estaba pensando justamente en las próximas vacaciones de Vanda el día en que Álvaro irrumpió en el cuartito con un teléfono sin cable, hablando más alto de lo habitual. Era la primera vez que yo veía un teléfono móvil y, distraído, casi me olvidé de tapar la pantalla. Pero entre mis dedos debe de haber atisbado un corazón, oros, un rey, un ocho de espadas, el fondo verde; hacía tiempo que yo sólo encendía el ordenador para jugar al solitario. Él estaba hablando con el alemán y se disculpaba en mi nombre por la palabra empeñada, por el plazo vencido, por el anticipo malgastado en el exterior, por la irrisoria multa contractual. Desconectó y dijo que, si no me importaba, delegaría en otro el libro del alemán, pues acababa de contratar a un muchacho que era un genio, y no sé si estaba bromeando o si realmente tuvo la intención de humillarme. De cualquier modo, en aquel instante cerré el juego, me remangué la camisa, apoyé los dedos en el teclado, zarpé de Hamburgo, me interné en la bahía de Guanabara y preferí no escuchar las cintas del alemán. Yo era un joven rubio y saludable cuando me interné en la bahía de Guanabara, vagué por las calles de Río de Janeiro y conocí a Teresa. Al oír cantar a Teresa, me enamoré de su idioma y, después de tres meses alelado, sentí que tenía la historia del alemán en la punta de los dedos. La escritura me salía espontánea, con un ritmo que no era el mío, y fue en la pantorrilla de Teresa donde escribí las primeras palabras en la lengua nativa. Al principio incluso le gustó, se sintió lisonjeada cuando le dije que estaba escribiendo un libro en ella. Después comenzó a tener celos, comenzó a negarme su cuerpo, dijo que sólo la buscaba para escribir en ella, y el libro ya iba por el séptimo capítulo cuando me abandonó. Sin ella, perdí la punta del ovillo, volví al prefacio, mi conocimiento de la lengua retrocedió, pensé incluso en dejarlo todo e irme a Hamburgo. Pasaba los días catatónico frente a una hoja de papel en blanco, me había vuelto adicto a Teresa. Traté de escribir algo en mí mismo, pero no era tan bueno, así que fui a Copacabana a buscar putas. Pagaba para escribir en ellas, y tal vez les

pagase más de lo debido, pues simulaban orgasmos que me quitaban toda la concentración. Toqué el timbre de la casa de Teresa, estaba casada, lloré, me dio la mano, permitió que le escribiese unas breves palabras mientras su marido no estaba. Comencé a acosar a las estudiantes, que a veces me dejaban escribir en sus blusas, después en el antebrazo, que les hacía cosquillas, después en la falda, en los muslos. Y ellas mostraban esos escritos a sus compañeras, que los apreciaban mucho, y subían a mi apartamento y me pedían que les escribiese el libro en la cara, en el cuello, después se quitaban la blusa y me ofrecían los senos, el estómago y la espalda. Y daban a leer mis escritos a nuevas compañeras, que subían a mi apartamento y me imploraban que les arrancase las braguitas, y el negro de mis letras relucía en sus nalgas rosadas. Las chicas entraban y salían de mi vida, y mi libro se dispersaba por ahí, cada capítulo volaba para un lado. Fue cuando apareció la que se echó en mi cama y me enseñó a escribir de atrás para delante. Celosa de mis escritos, sólo ella sabía leerlos, mirándose en el espejo, y de noche borraba lo que había escrito de día, para que yo nunca parase de escribir mi libro en ella. Y se quedó embarazada de mí, y en su barriga el libro fue adquiriendo nuevas formas, y fueron días y noches sin pausa, sin comer un sándwich, encerrado en el cuartito de la agencia, hasta que yo acuñase, en el límite de las fuerzas, la frase final: y la mujer amada, cuya leche yo había ya sorbido, me dio a beber del agua con la que había lavado su blusa. Volví al principio del texto en el ordenador, y la revisión de un libro era para mí un tiempo de extremo apego. Luego, luego, él tendría un nuevo autor, y echar mano de un libro listo y acabado era siempre doloroso, incluso para un profesional curtido como yo. Pero el libro del alemán, tal vez por haber sido escrito de un tirón, no lograba disfrutarlo, las palabras se escapaban de mi vista. Las palabras recién escritas, con la misma rapidez con que se habían escrito, iban dejando de pertenecerme. Veía mis palabras sueltas en la pantalla y, horrorizado, imaginaba que me abandonaban del mismo modo que el alemán perdía pelo. Imprimí el libro, lo hojeé por última vez, y como tuve la sensación de que era mi último libro, ya no quise venderlo a ningún precio. Llegué a guardar los originales en el cajón, lo cerré, después pensé en la cara de Álvaro, abrí el cajón. Metí el mazo de hojas en un sobre marrón; escribí en la etiqueta, a mano, el título, *El ginógrafo*, y las letras salieron pálidas, parecía que allí se agotaba mi propia tinta. Atravesé la sala de los muchachos, y fue tal su silencio que creí oír un ruido de ojos siguiéndome. Entré sin llamar en la sala de Álvaro y solté en su mesa el sobre con el libro de doscientas páginas, pero él estaba hablando por teléfono y no prestó mucha atención. Bajé a la avenida Atlántica, lloviznaba, la playa estaba desierta, las aguas, oscuras y encrespadas. Busqué refugio en un chiringuito, y me pregunté si algún día sabría vivir lejos del mar, en una ciudad que no terminase en un accidente, sino agonizando por todos lados. Después de un tiempo mirando cómo rompían las olas y la línea del agua que avanzaba en la arena, sentí que mi cuerpo se inclinaba levemente hacia delante; era como si en vez de subir la marea, el continente se volcase. Me interné en el barrio, entré deprisa en una farmacia

y saludé a la dependienta, pero me marché sin saber por qué había entrado. Pedí una jarra de cerveza en el bar de la esquina, vi una agencia de viajes justo enfrente, dejé la jarra, crucé la calle y compré dos billetes a Budapest.

Vanda llevó al niño hasta el ascensor para convencerlo de que yo me iría solo, con cinco maletas grandes y dos bolsas de mano. Sentado en el taxi, esperé los cuarenta minutos que ella necesitó para acabar de engañar al pequeño en la cama. Fuimos ambos en silencio hasta el aeropuerto, donde la empleada le pidió a ella un autógrafo y nos perdonó el exceso de equipaje. En la sala vip pedí dos copas de champán, dijimos chinchín y nada más. Cuando el altavoz anunció el vuelo para Londres, creí ver una ligera contracción en sus labios, pero Vanda se levantó de prisa, me dio un beso en la cabeza y desapareció tirando de la maleta con ruedecitas. Pedí otro champán y hojeé una revista llena de caras que me parecían desenfocadas. En mi mente aún estaba nítida la expresión de Vanda, al abrir el billete que le había entregado en una cartera de ante, envuelta en papel de seda: ¿Budapest? ¿Y qué se puede hacer en Budapest? Era difícil responder: ¿mirar el Danubio?, ¿beber licores?, ¿oír a poetas? Vanda quería mejorar su inglés, ir a los musicales; además, su hermana gemela, Vanessa, estaba en Londres, las dos podrían pasear por el Soho, jugar al tenis, en Budapest no conocía a nadie, ¿hay centros comerciales en Budapest? No lo sé, debe de haber confiterías, excelentes museos. ¿Budapest? ¡Ni pensarlo! Pasó por la agencia y cambió su billete, como quien se va a una tienda a cambiar un regalo de una talla equivocada. Podría incluso sentirme herido, pero no dio tiempo, ella se sintió herida antes que yo, dijo que desde la luna de miel era la primera vez que me negaba a acompañarla en sus vacaciones. Se calló días y noches seguidas a partir de entonces, queriendo que yo sintiera remordimientos por su actitud. Y ahora, al atender la última llamada para París, mi conexión, sentí un poco de pena por Vanda, que sobrevolando sola el océano Atlántico tal vez reflexionase sobre lo injusta que había sido. En aquel momento, tal vez estaba mortificada por no tener sus manos cogidas a las mías, alzando el vuelo hacia Budapest. Ignoraba que a Budapest, en el fondo, pienso que no la habría invitado de no haber estado seguro de que volaría solo.

## Yo nunca había visto

Kriska se desnudó inesperadamente, y yo nunca había visto un cuerpo tan blanco en mi vida. Era tan blanca toda su piel que no habría sabido cómo cogerla, dónde poner mis manos. Blanca, blanca, blanca, decía yo, guapa, guapa, guapa, era pobre mi vocabulario. Después de contemplarla un rato, sólo deseé rozar sus senos, sus pequeños pezones rosados, pero aún no había aprendido a pedir las cosas. No me habría atrevido a dar un paso sin su consentimiento, siendo Kriska una amante de la disciplina. En las primeras clases me hacía pasar sed, porque yo decía agua, agua, agua, agua, sin atinar con la prosodia. Un día llegó a la sala con una hornada de panecillos de calabaza, humeantes bajo mi nariz, y los tiró todos, porque no fui capaz de nombrarlos. Pero antes de fijar y de pronunciar bien las palabras de un idioma, está claro que ya comenzamos a distinguirlas, captamos su sentido: mesa, café, teléfono, distraída, amarillo, suspirar, espaguetis a la boloñesa, ventana, juego del volante, alegría, uno, dos, tres, nueve, diez, música, vino, vestido de algodón, cosquillas, loco, y un día descubrí que a Kriska le gustaba que la besasen en la nuca. Entonces se quitó por la cabeza el vestido, muy largo, no tenía nada debajo y me quedé aturdido con tamaña blancura. Durante un segundo imaginé que no era una mujer para tocarla aquí o allá, sino que me desafiaba a tocar de una sola vez toda su piel. Incluso temí que en aquel momento me dijese: poséeme, hazme el amor, fóllame, jódeme, destrózame, ¿cómo dirán las húngaras esas cosas? Pero ella se quedó quieta, con la mirada perdida, no sé si conmovida por mi mirada al recorrer su cuerpo, o por mi hablar pausado en su idioma, blanca, guapa, guapa, blanca, blanca, guapa, blanca. Y yo también me conmovía, sabiendo que en breve conocería sus intimidades y, con igual o mayor voluptuosidad, sus nombres.

Las clases nocturnas de Kriska se extendían a veces hasta la madrugada, y de su casa yo me iba derecho al hotel. Camino del hotel, o incluso en medio de la lección, o al despertar, o en vez de dormir, solía preguntarme qué estaría haciendo Vanda a aquella hora en Londres. Sabía que es una mujer de despertarse temprano para las excursiones, de hacer amigos, de filmar estatuas, almorzar de pie, ponerse en fila, subir escalinatas, cuando viajábamos juntos era normal que sólo nos encontrásemos a la hora de la cena. No podría criticarla; yo mismo ya he visto por encima tantas ciudades que hoy me veo capaz de confundirlas todas. Me costó aprender que, para conocer una ciudad, mejor que recorrerla en autobús de dos pisos es encerrarse en una habitación dentro de ella. No es fácil, y yo sabía que entrar en Budapest no sería

fácil. Ya tuve que resistirme en el aeropuerto a las facilidades que se le ofrecen a un recién llegado, las muchachas de las agencias de turismo, los taxis que me esperaban con las puertas abiertas: *sir, signore, monsieur, mister*. Confié la maleta a un profesional más discreto y nos quedamos un minuto en silencio dentro del coche. Me arriesgué al fin, hotel Plaza, fue lo que se me ocurrió, porque en cualquier ciudad del mundo existe un hotel con ese nombre. *Jó jó*, dijo el taxista, y me guió por unos suburbios sombríos, con postes dispersos con lámparas de vapor de mercurio. Yo estaba bastante cansado, me ardían los ojos, cabeceé, y de repente recorriamos una ciudad tan iluminada que no se podían ver sus fachadas, sus esquinas, sus espacios, sino solamente las luces. Uno de esos letreros era el del hotel Plaza, que, como la mayoría de los hoteles Plaza, no estaba en ninguna plaza, sino en una ladera. *Sorry, désolé*, no encontraban mi reserva, pero me hice el desentendido, seguí tamborileando en el mostrador, y acabaron instalándome en un cuarto con balcón. Salí a la calle, y era una ladera llena de restaurantes y casas de espectáculos típicos: *buona sera, bienvenu, the real goulash, the crazy czardas*, se habla español, etc. Anduve calle arriba, donde ésta adquiriría el aspecto de un barrio residencial, arbolada, tranquila, con adoquinado del siglo XIX. Ya había subido siete manzanas cuando oí unos lamentos, como gemidos de mujer ronca y de hombre herido, y tuve la impresión de ver a una pareja abrazada detrás de un álamo. Me detuve, creí conveniente bajar de vuelta al hotel, pero una chica rubia se asomó por detrás del árbol y me interpeló. Parecía pedirme algo, tal vez un cigarrillo, y que me abordasen en húngaro me dejó perplejo, y hasta me sentí honrado. Yo no tenía cigarrillos, había dejado de fumar hacía un año, pero sin pensarlo respondí: *Jó jó*. La rubia giró el cuerpo, haciendo que su faldita revolotease, y con gran animación dijo algo hacia el árbol, de donde salió un muchacho de brazos fuertes, sin camisa, con un chaleco caqui lleno de bolsillos, de esos de fotógrafo. Ella con una brazada, él cabeceando al aire, me hicieron señas para que los acompañase por una travesía a la izquierda. Los seguí un poco temeroso porque podría perder mi referencia si me alejaba de la calle del hotel. Pero nuestro destino estaba cien metros más adelante, una casa pequeña con un cartel de neón morado en el que se leía, imitando letras escritas a mano: *The Asshole*.

Bar de nombre inglés, con decoración de *pub* inglés, altavoces que emitían rock and roll inglés, enseguida comprobé que *The Asshole* era frecuentado exclusivamente por húngaros. Pero en la penumbra la joven clientela no me discriminó, ni por forastero ni por rozar los cuarenta ni porque me escaseara el pelo. Ocupamos una minúscula mesa redonda, yo, la rubia de faldita rosa que parecía menor de edad y el novio fotógrafo, que tendría treinta años a lo sumo. Apareció una camarera sin que nadie la llamase, intercambió tres besitos con ellos y sirvió tres copas de aguardiente. Se quedó de pie a mi lado balanceando una bolsa con monedas, el muslo desnudo con su celulitis prensada contra el borde de la mesa, y entonces comprendí que me habían invitado para financiar una noche en el bar. Desembolsé de buen grado mis forintos y



pagué ésa y diez o doce rondas más del aguardiente que no logré identificar, porque estaba demasiado frío y olía a alcohol puro. Llegaron también algunas latas de cerveza, que la rubita bebía bailando entre las mesas, tropezando con las mesas, cayendo sobre las rodillas de las personas. No satisfecha, empezó a contonearse frente a mí, mientras su novio fumaba un puro mirando el techo, y todo el mundo hacía comentarios a gritos a causa del volumen de la música. La rubita era atrevida, me señalaba a carcajadas y le gritaba al fotógrafo: hoy me iré de buena gana a la cama con este tío, u: hoy en la cama este tío va a saber lo que es bueno, u: hoy me iré con este tío tan bueno en la cama, o cosa parecida; yo ya me consideraba a punto de dominar la lengua húngara, cuando se hablaba bien alto. Este tío en la cama podría ser tu padrastro, fue lo que entendí que le decía el fotógrafo, después de torcer la boca y señalarme con el mentón. Enseguida estrujó el cigarro, se incorporó, se colocó frente a ella y la doblaba en tamaño, podría desmontarla con un débil golpe. La cogió por las caderas, la lanzó hacia arriba, la sujetó con una sola mano, la dejó remolineando en el salón, con la braguita roja a la vista, después saltó encima de la mesa, cruzó las piernas y las abrió en el aire en línea horizontal. Era un tipo elástico, rozaba con la bota la cola de caballo de la camarera, y el bar en pleno marcaba con palmas el ritmo del rock and roll. La rubita intentaba seguirlo desmañadamente, a la gente le hacía gracia, y pensé que era hora de retirarme. Pisé en falso al levantarme y llegué a la puerta de manera precipitada, porque el tronco iba más veloz que las piernas. Aspiré el aire de la madrugada, salí a la derecha, vacilé, regresé, y allí estaba de nuevo la pareja, haciéndome señas delante de The Asshole.

Se ofrecían para enseñarme el camino de vuelta, *jó jó*, necesitaba realmente que alguien me orientase. Salieron andando delante de mí, ella igual a una niña colgada de su brazo, y sentí ternura al ver aquella escena, me recordaba una película que he olvidado. Se detuvieron junto a un árbol, era el álamo donde los había encontrado, y me despedí con un gesto discreto, pensando que querían hacer el amor de nuevo. Pero siguieron junto a mí ladera abajo con una cortesía innecesaria, pues yo ya sabía que estaba a siete manzanas del hotel. Entraron en el hotel detrás de mí, se escurrieron en el vestíbulo mientras yo cogía la llave y me alcanzaron en el ascensor. En cuanto abrí la habitación, el fotógrafo se instaló en mi cama y encendió una pipa fina. Y la rubita me condujo hasta el balcón, desde donde se avistaba Budapest de punta a punta. Nacía un día nebuloso y la ciudad estaba gris; qué curioso imaginarme Budapest amarilla cuando era toda gris: los edificios, los parques, hasta el Danubio que la cortaba en forma de Y, bifurcándose en lo alto. La rubita me cogió de la mano, la observó, suspiró, rascaba mi palma con la uña y suspiraba. Se la llevó después al pecho para que yo sintiera lo fuerte que le latía el corazón. Y de la mano me dirigió de nuevo a la habitación, donde vi al fotógrafo cabizbajo, sentado en el borde de la cama, meneando la muñeca. Me pareció desagradable que se masturbase en mi cama, pero no, era el tambor de un revólver que hacía girar entre las piernas. Me señaló una silla frente a él, mientras la rubita se sentaba en el suelo, sobre las piernas. En la

mesita de noche había cinco balas, que él guardó una a una en el bolsillo del chaleco, contando de uno a cinco con dicción minuciosa, *unu, doi, trei, patru, tchíntche*. Miró al techo, silbó una melodía, de repente se puso el revólver en la oreja izquierda, como si estuviese atendiendo un telefonazo urgente. Hizo una mueca, ella se encogió de hombros, él apretó el gatillo, se oyó un clic. Carraspeó, puso el arma en el suelo y siguió un largo silencio; no había pajaritos en Budapest, ni un gallo a lo lejos, decidí reír, pero la risa me salió metálica. La rubita empuñó la culata, también ella era zurda, y con la derecha hizo la señal de la cruz. Se encajó el cañón dentro de la oreja, el revólver era enorme en su mano, pensé que su índice no llegaría al gatillo, pero llegó. Hurgó además en el oído con el cañón, como si buscase encajarlo más a fondo, el camino más corto para la bala, disparó y nada, clic. Me miró entre los ojos, un pelín estrábica, me puso el revólver en la mano, era la primera vez que yo sostenía un arma de fuego. Abrí la boca, la rubita me guiñó un ojo, pegué el cañón al paladar, no tuve miedo. Apreté el gatillo y sólo después del clic me sobrevino el miedo, el cañón empezó a golpearme entre los dientes, la culata se me pegó a la mano, la mano se puso rígida, coloqué el revólver en la mesita de noche, pero no pude soltarlo, y el arma vibraba en la madera castañeteando. Al final la mano se aflojó, se me relajaron los músculos de todo el cuerpo, sentí el cansancio de aquella noche, más la noche pasada en el avión, más las noches anteriores en la cama con Vanda, con el niño que me daba patadas. Cedieron mis párpados, sentí el peso de todas mis noches de insomnio acumuladas.

Abrí los ojos sobresaltado y vi al fotógrafo otra vez con el revólver en la mano, que estaba trémula; durante un instante creí que no era la mano, sino el revólver, que temblaba aún con mi temblor. Se lo acercó a la cabeza, volvió a bajarlo, lo observó, lo sacudió, lo abandonó en el tapete, y a mí me parecía estupendo, se había pasado la borrachera y el tiempo de las bravatas. Ya me disponía a darle un abrazo, a besar la mano de la rubita, a acompañarlos hasta la puerta, a llenar los bolsillos de él con botellitas del minibar, cuando lo vi empujando el arma con la punta del pie, en mi dirección. Debía de haber descubierto que yo no hablaba húngaro, pues con mucho énfasis repetía unos gestos semicirculares. Quería decir que la ruleta rusa había girado en el sentido de las agujas del reloj y que ahora debía invertir la ronda, que comenzaba por mí. Se estaba burlando, estaba inventando una regla absurda, yo quería protestar, pero ni siquiera sabía decir no en húngaro. Quien me auxilió fue la rubita, que cogió el revólver, intentó ponerlo de nuevo en la mano de su novio, y entonces él la llamó vaca. Dijo vaca con todas las letras, como nosotros, los latinos, decimos vaca desde la antigua Roma, y concluí que el farsante tampoco hablaba húngaro. Era rumano, llevaba un medallón de bronce en el pecho, una argolla en la oreja, un anillo en cada dedo, era un gitano rumano, y tuvo razón la rubita al decirle: me da asco tu espectáculo grotesco; al menos fue eso lo que yo oí. Y, para humillarlo, ella volvió el arma contra su propia frente y disparó, sin pestañear. No había balas, bien hecho, al gitano no le quedaba alternativa; recogió el revólver, se lo apuntó

contra la sien y, cuando el balazo le rompiese los huesos, imaginé que la masa encefálica salpicaría el pelo de la rubita, sería repugnante. Sería asqueroso, pero yo no podía dejar de mirar, y vi cómo se cerraban las bisagras de su dedo en el gatillo, llegué a oír crujir el muelle del gatillo, y clic. Nanay, no murió, tiró el revólver en mi regazo, le mostró los dientes de oro a la rubita, enseguida ambos me miraron. Y así se puso en evidencia que, por alguna artimaña, con alguna prestidigitación gitana, habían reservado para mí la bala del tambor. Le habían echado el ojo a mi dinero desde el principio, organizaban mi muerte. Y sería una muerte tan oportuna para ellos cuanto desafortunada para mí, el suicidio de un turista alcoholizado en Budapest. Me levanté con el arma en ristre y salí andando hacia atrás, pues no le daría la espalda a una gentuza tan siniestra. Se incorporaron los dos al mismo tiempo, me acorralaron alrededor de la habitación, y si por un lado él ostentaba músculos, puños, anillos cortantes, por otro la cara de ella era aún más asesina. Prognata, se acercaba erguida y dilatando las narices, con la arrogancia invertida de los bajitos, y por más que yo mirase la jeta de uno y de otro, no disminuían el paso. Fue cuando comencé a dudar de que aquel juego fuese en serio porque, a no ser en el cine, nadie avanza con el pecho descubierto contra un arma cargada. Y al dar con los talones en la pared, me metí el cañón en la boca, lo que hizo que me respetasen. Frenaron a media distancia y en esa ocasión el tiempo era mío, me encontraba en la condición de un artista. Desvié el revólver hacia la oreja, hacia el corazón, hacia un ojo y otro, me quedé pasándome la punta del cañón como si fuese carmín en los labios, hasta tragarlo nuevamente, decidido a acabar con la broma. Llevé la mano al gatillo, ella se encogió de hombros, él hizo una mueca, entonces sentí un sabor extraño. Sentí en el paladar que el arma tenía plomo, ya desprendía plomo en mi lengua, y ahora era tarde, ya no podía detenerme. Sólo me quedaba pulsar el gatillo poco a poco, con la esperanza de que la bala saliese despacio, pero en ese ínterin alguien golpeó la puerta de la habitación. Siguió un tumulto en el pasillo, griterío, descarga de golpes en las puertas, pasos de gente pesada. Los gitanos se retrajeron, de lo que me aproveché para lanzar el revólver contra la pared opuesta, con el fin de ver si se descargaba con el choque. Pero lo que se oyó fue un estruendo de campanas sobre nuestras cabezas, se pusieron a repicar todas las campanas de Budapest. Abrí la puerta, pasaba un grupo de daneses en bermudas, me uní a ellos. Me metí a la fuerza en el ascensor abarrotado, en la planta baja me topé con los gitanos que bajaban corriendo el último tramo de la escalera. Fingí no conocerlos y me dirigí a la acera del hotel, donde otros daneses se aglomeraban al lado de un autobús y el cicerone distribuía folletos turísticos. Ya estaba con un pie en el autobús, cuando vi a la pareja que se alejaba por la parte alta de la ladera, ella colgada del brazo de él, medio coja.

Renuncié a la excursión, subí al cuarto, me tumbé en la cama y abrí el folleto, que era un mapa ilustrado de la ciudad, las calles blancas sobre fondo beige, los jardines con matices de verde y el Danubio azul. En la orilla este, Pest; al oeste, Buda, donde estaba señalado el hotel Plaza con una flecha roja. No estaba el nombre de las calles,

y la calle del hotel era una larga línea recta que subía desde el río hasta salir del mapa. Si optase por una transversal, estaría a tres dedos del centro histórico de Buda, un trazado irregular dotado de otras flechas, y círculos de varios colores, y cruces que representaban iglesias, y asteriscos que remitían a un índice con explicaciones en inglés. Pero yo no buscaba explicaciones, pretendía recorrer sosegadamente con los ojos aquel centro urbano. Y a lo largo del día, escudriñé calles y callejones de Buda, anduve con desenvoltura por encima de su muralla, entré por las paredes del castillo medieval. No me agobiaba caminar así en un mapa, tal vez porque siempre tuve la vaga sensación de ser yo también el mapa de una persona. Sólo dejé el pasatiempo para ver a unos hombres que se desgañitaban en la televisión, en un debate político que, aunque muerto de sueño, seguí hasta el final, sin sonido. Había bajado el sonido poco después de encender el aparato, pues oír una lengua tan extraña estaba comenzando a perturbarme. Pensé que durante el sueño aquella lengua invadiría mi cabeza abrumada, pensé que al despertar me sorprendería hablando una lengua extraña. Imaginé que al día siguiente saldría por la ciudad extraña hablando una lengua que todos entenderían menos yo. Se hizo tarde, apagué la tele, encendí la tele, subí el volumen, volví a bajarlo, apagué y encendí la lámpara, solicité almohadas, sándwiches, y al ver en el telediario de las tres a la presentadora húngara abriendo y cerrando la boca, me acordé de Vanda. Telefoneé al Plaza de Londres, pensando que ella podría estar tumbada en la cama como yo, comiendo un sándwich frío, viendo un noticiario de la BBC. Me encantaría oírla decir disparates sobre los últimos acontecimientos, pues ella no conocía del inglés mucho más que yo del húngaro. Pero fue incluso bueno no encontrarla; Vanda sabría que yo telefoneaba para nada, telefoneaba tan sólo para oír su voz. Aun así, al rato llamé de nuevo, en vano, seguramente había salido con su hermana; le dejé mi nombre y el número a la telefonista, me quedé un tiempo más pensando en mi mujer, creí que no volvería a dormir nunca más en la vida, tomé un somnífero. Me desperté con claridad en la habitación, con las campanas dando las seis, con el televisor transmitiendo el telediario, y tardé en entender qué presentadora muda era aquélla cargada de maquillaje, qué almohadas mullidas eran todas ésas, no sabría decir si había dormido tres o veintisiete horas. Volví a llamar a Vanda, pero aún no había llegado al hotel, lo que de alguna forma fue una bendición; al captar alguna indecisión en mi voz, sin duda habría recochineo: Budapest... ¿no te lo dije?

Me acerqué a la ventana, contemplé la ciudad y volví a la cama, sería capaz de recaer en el sueño hasta el día siguiente. Entonces me acordé del mapa, busqué la flecha roja del hotel, estaba a un palmo del otro lado del río. Por la cantidad de flechas, cruces, asteriscos, círculos amarillos, triángulos azules, deduje que Pest era más animada que Buda. Allí estaban los principales hoteles y restaurantes, teatros, cines, *boutiques*, centros comerciales, y en una calle de intenso comercio reparé en una serie de avioncitos verdes, que, según el índice, correspondían a compañías aéreas. En algún momento tendría que fijar el viaje de vuelta, pues mi billete estaba

abierto. Pagando una pequeña diferencia, podría seguramente extenderlo, pasar por ejemplo un fin de semana en Londres. Podría incluso embarcar esa misma noche, si fuese posible, ya que conocía Buda de memoria y para Pest tenía todo un día. Me levanté de la cama, bajé por las escaleras, me encontré con un día radiante, un autobús dejaba daneses en el hotel. Llegué al Danubio tan deprisa que miré mis pies, para asegurarme de que andaba con ellos y no con el pensamiento. Vi pasar algunos minutos del Danubio, verde musgo y mucho más ancho de lo que parecía en el mapa. Crucé el puente colgante a ritmo de *jogging*, llegué a una plaza grande con una estatua en el medio, admiré rápidamente las fachadas neoclásicas, los balcones *art nouveau*, los arcos bizantinos, en la tercera esquina respiré tabaco, chocolate, cebolla, giré a la derecha, pasé por Kodak, por Benetton, por C&A, acorté el camino por una galería, giré a la izquierda, Lufthansa, American Airlines, Alitalia, la agencia de Air France aún estaba cerrada. Me aposté frente a la puerta, para asegurarme prioridad en la atención, y las personas cruzaban a mis espaldas diciendo frases sin pies ni cabeza. Esperé, esperé, anocheció, y entonces reparé en que me había despertado a las seis de la tarde. Intenté rehacer mi itinerario a contrapelo, pero me confundí con las luces de bares, discotecas, pizzerías que a la ida no estaban allí. Comenzó a llover, los taxis pasaban ocupados, encontré una librería abierta, entré; si mañana dejase el país sin poder juntar dos palabras, me llevaría un diccionario de recuerdo. Llegué a un estante repleto de volúmenes gruesos, recorrí con la vista los títulos húngaros de los lomos y tuve la visión de una biblioteca de veras desorganizada, caótica. Después observé mejor, y las tapas estaban todas alineadas, las letras parecían fuera de orden. Por eso me llamó la atención el libro más modesto, pero con un título legible: *Hungarian in 100 Lessons*. En una hojeada entreví algunos ejercicios de conversación: ¿este tren va a Bulgaria?; mi esposa es vegetariana; ¿cuánto mide el viejo obelisco?; necesito comprar candelabros baratos; ¿dónde vive aquel soldado? Entonces advertí a la muchacha alta con una mochila a cuestas que miraba el libro que yo tenía en las manos y sacudía la cabeza. Pensé que se trataba de una vigilante de la casa y que se les prohibía a los clientes que manoseasen el género. De pronto le extendí el libro, que ella agarró y tiró de cualquier manera al fondo de un estante. Supuse que la aspereza del gesto era una característica de los hunos, como los pómulos de su rostro, algo salientes, o los labios, que me parecieron crueles por su falta de pulpa. Y cuando ella afirmó que la lengua magiar no se aprende en los libros, me quedé pasmado, porque la sentencia me sonó perfectamente inteligible. Incluso me pregunté si se habría expresado en portugués o en inglés o hasta en rumano, pero lo había hecho tan en húngaro que no distinguí una sola palabra. Y, no obstante, no me quedaban dudas, había afirmado que la lengua magiar no se aprende en los libros. Tal vez la muchacha tenía una manera de cantar la lengua que yo, aun sin comprenderla, podía pillarla de oído. Tal vez sólo por la entonación yo entendía lo que quería decir. O tal vez, por entender la música, me parecía fácil adivinar la letra. Por tanto, me quedé a la expectativa de nuevas palabras, pero ella tomó impulso y partió realmente como una

flecha, su cabeza sobrevoló los estantes centrales de la librería. Salió, se detuvo bajo la marquesina atenta a que acabase de llover, y sólo al alcanzarla reparé en que usaba patines. Me puse a su lado y, sin saber cómo manifestarme, saqué casualmente el mapa del bolsillo y murmuré: hotel Plaza. Me lo arrancó de la mano y pensé que iba a tirarlo a una cloaca, pues Budapest tampoco se aprendería en los mapas. Pero lo desplegó y analizó: Plaza... Plaza... Plaza... Plaza... *jó*. Y camino del hotel tuve mi primera y peripatética clase de húngaro, que consistió en que ella les diese nombre a las cosas que yo señalaba: calle, patines, gota de agua, charco, noche, pizzería, discoteca, bar, galería, escaparate, ropa, fotografía, esquina, mercado, bombón, estanco, arco bizantino, balcón *art nouveau*, fachada neoclásica, estatua, plaza, puente colgante, río, verde musgo, ladera, portería, vestíbulo, cafetería, agua mineral y Kriska.

Avanzó Kriska muy habladora, los pasos de los patines resonaban en la acera, había destellos de letreros y faros en su cara, pero en cuanto nos sentamos a la media luz de la cafetería del hotel, encendió un cigarrillo y enmudeció. No era para menos, aquél era un recinto tan vacío y despojado que después de señalar las paredes lisas, la mesa de cristal, la silla de metal, el camarero de blanco, la botella, el vaso, el cenicero, el encendedor, el fuego y el cigarrillo de marca *Fecske*, siendo *fecske* la golondrina impresa en el paquete, me quedé sin tema que tratar. Y permanecemos así una buena media hora, mirando la ceniza del cenicero, porque yo no tenía cómo señalar las cosas que me pasaban por la cabeza, mi mujer en Londres, las chicas con patines en Ipanema, la risa fina de mi socio, el ojo azul de mi cliente sin pestañas, el hombre que escribía en mujeres, los escritores anónimos en Estambul, las chicas con patines en Ipanema, mi mujer en Londres. Pero dos personas no se equilibran mucho tiempo juntas, cada cual con su silencio; uno de los silencios acaba absorbiendo al otro, y fue cuando me giré hacia ella, que no se fijaba en mí. Seguí observando su silencio, sin duda más profundo que el mío, y de algún modo más silencioso. Y así nos quedamos otra media hora, ella dentro de sí y yo inmerso en su silencio, intentando leer sus pensamientos deprisa, antes de que se volvieran palabras húngaras. Entonces ella se sacudió toda, como en un escalofrío, de un modo que la mochila se le escurrió por la espalda, y buscó una tarjeta de visita, que garabateó a lápiz y me entregó. Y se levantó y se fue sin despedirse, deslizándose con sus patines por la alfombra. Creo que me apegué a aquel silencio, y para prolongarlo me recogí en la habitación, donde pasé el resto de la noche mirando el techo. Me dio un poco de hambre, pero no llamé al servicio de habitaciones, también pensé un poco en Vanda, pero no llamé a Londres. Al oír las campanas de la mañana, los portazos, las bandejas que caían, los cristales rotos y las camareras que discutían en el pasillo, concilié el sueño. Y dormí doce horas de un tirón, porque ahora tenía un pensamiento muy simple. Mi pensamiento era una tarjeta de visita en la mesa de noche, impreso con su nombre, *Fülemüle Krisztina*, y su dirección, *Tóth utca, 84, 17, Újpest*, con la anotación del horario de las clases, de 20 a 22 horas, y de una cantidad, 3000 forintos,

que como diaria me pareció razonable.

Salí bastante tiempo antes y tomé un taxi, que me dejó en la calle Tóth, 84, en veinte minutos. Dejé pasar otros cuarenta, parado frente al portero automático, para anunciarme por el intercomunicador: José Costa. Era una urbanización con casas adosadas, y Kriska me esperaba en el umbral del número 17; sin los patines, era casi pequeña y menos niña. Dijo Zsoze Kósta... Zsoze Kósta..., mirándome de arriba abajo, como si mi nombre fuese un traje inadecuado. Dejé que dijera Zsoze Kósta hasta que se habituase y no corregí su pronunciación, mucho menos me burlé de Kriska, sino que le di la razón y comencé a llamarme Zsoze Kósta en Budapest. Luego abandonaría el Zsoze y me llamaría Kósta, creyendo que ése era mi nombre de pila, que para los húngaros sucede al apellido. Y se hacía llamar Kriska, como todas las Cristinas húngaras, Kriska y nada más. Pienso que pronto dejamos de lado ciertas formalidades porque yo la visitaba al anochecer y las pillaba desordenadas, tanto a ella como a su casa. Muchas veces, para hacernos espacio en la mesa de estudio, ella amontonaba en el rincón opuesto el mantel y los platos de la cena recién acabada. También a toda prisa se sujetaba el pelo con un elástico en la coronilla, y así como le caían algunos mechones en el rostro, en la mesa siempre quedaban unas migajas. Sin hablar de que día sí, día no, su hijo rondaba por allí, metía mano a las cosas, se reía de mi cara, no se quedaba tranquilo hasta que Kriska lo mandaba a la cama. Pisti se divertía al ver a un hombre grande mirando figuras en álbumes coloridos, un hombre tartamudo que aprendía a decir paraguas, jaula, oreja, bicicleta. *Kérekport, kérekpart, kerékpár*, Kriska me hacía repetir mil veces cada palabra, sílaba a sílaba, pero mi empeño en imitarla se revelaba a lo sumo como una forma de hablar femenina, no húngara, y no hacía falta que ella perdiese la paciencia, se mordiese la lengua, derramase el café, encendiera cigarrillos por el filtro, porque yo tenía capacidad autocrítica; los primeros días estuve incluso persuadido de que, aparte de volver a fumar, nada asimilaría de sus lecciones. Las clases me agotaban, al cabo de dos horas me latía la frente, pero no por ello tenía ganas de volver al hotel. Kriska tampoco me metía prisa; después de guardar los álbumes en la mochila, solía servirme una copa de licor de albaricoque y se ocupaba de las tareas domésticas como si yo no existiera o como si fuese de la casa, da lo mismo. Llevaba los platos a la cocina, encendía el lavavajillas, sacudía el mantel en la ventana, circulaba por la sala con la cabeza torcida, sujetando el teléfono inalámbrico contra el hombro. Llenaba mi copa sin mirarme, ponía el sonido bajito, iba a tapar a su hijo y volvía cantando, cerraba las persianas y cantaba, se arreglaba el pelo y cantaba. Sospecho que estaba mostrándose todo el tiempo, así como en los álbumes me mostraba estrellas y caballos, pero mirando a Kriska en movimiento yo aprendía más.

Para acostumbrar el oído al nuevo idioma, era necesario renunciar a todos los demás. Seguí la recomendación de Kriska, salvo unas pocas palabras en inglés, sin las cuales no tendría la ropa lavada ni un plato de sopa en la habitación del hotel. Decidí por las dudas no responder jamás al teléfono, que, dicho sea de paso, nunca

sonó, y hasta renuncié a la radio y a la televisión, cuya programación local, según Kriska, estaba infestada de términos extranjeros. Así, después de un mes en Budapest, ya me sonaba casi familiar la cadencia de las palabras húngaras, siempre con la primera sílaba tónica, más o menos como un francés de atrás para delante. Un mes en Budapest, en verdad, significaba un mes con Kriska, porque sin ella yo evitaba aventurarme en la ciudad; temía perder, en el vocerío de la ciudad, el hilo de un idioma que vislumbraba sólo a través de su voz. Pasaba los días dentro de la habitación, mirando el reloj de cabecera y sin ver la hora de ir a su casa, hasta que me permitió recogerla a la salida del trabajo. Y comencé a esperarla diariamente a las cinco de la tarde en el portón del Instituto, que no era un internado donde alfabetizaba a niños, como su mímica me había dado a entender, sino un manicomio donde contaba historias a los internos. Llevaba la mochila a cuestas, y si me daba los patines atados para colgarlos del cuello, era señal de que vagaríamos por las calles de Pest y bordearíamos el Danubio camino de su casa. Ya al día siguiente salía patinando a la carrera, y no me molestaba correr tres kilómetros para alcanzarla en la escuela de Pisti. Pero con la llegada del otoño, se recrudecieron las lluvias y dejó de lado los patines. Entonces, si en los días pares nos sentábamos en un café, donde repasaba lecciones y me hacía cuestionarios, los días nones cogíamos el metro para ir a buscar a Pisti y cenar en casa. Uno de esos días, con Kriska pegada a mi pecho en el vagón repleto, sin que ella me preguntase nada, en un arranque pronuncié la palabra *szívem*. *Szívem* quiere decir mi corazón, y al hablar la miré a los ojos, para saber si la pronunciación era correcta. Kriska, sin embargo, miró hacia abajo, hacia los lados, hacia la ventanilla, los anuncios, el túnel; sus ojos esquivaron el tema.

Pisti tenía más o menos la edad de mi hijo, aunque era más pequeño, y se parecía a su madre en el rostro ancho con los pómulos salientes, en los labios finos, en el pelo lacio pero negro, en el tono imperativo. Mientras Kriska preparaba la cena, él me arrastraba a jugar al fútbol en el fondo de la urbanización, en un patio casi a oscuras. Me elegía como guardameta, me metía la tira de penaltis y le encantaba que yo me lanzase al terreno pedregoso y mojado. Después de conquistar su confianza, con la cara salpicada de barro, creía que podía contar con él para una charla. Redonda pelota, decía yo, o magníficos zapatos, o cansado Kósta, pero él no colaboraba, me miraba con una mirada mortecina. La misma mirada de la camarera del conserje, del personal del hotel, cuando comencé a abordarlos en húngaro. No obstante, cada día me enorgullecía más de mis conocimientos, poco importaba que todos los húngaros me mirasen con aquellos ojos de besugo. Como el individuo que iba a mi lado en el asiento del metro, cuando, a falta de una idea mejor, comenté: oloroso vagón. Aquel domingo cogía el metro solo por primera vez y, ansioso, bajé en Újpest-Városkapu en vez de en la estación de Kriska, Újpest-Köszpont, que era la siguiente. Kriska me había invitado a almorzar, preparaba unos espaguetis a la boloñesa sólo para nosotros dos, y decidí llamarla desde un teléfono público. Telefoneé sin necesidad, por pura fanfarronería, pues acababa de concebir una frase de tres palabras: estoy llegando



casi. Ella: ¿cómo has dicho? Repetí la frase. Ella, haciéndose la sueca: no he oído bien. Yo, a gritos: ¡estoy llegando casi! Ella, suplicante: ¡de nuevo! Yo, idiota: ¡estoy llegando casi! Ella, que no era de mucho reír, se tronchaba de risa por culpa de la charrada de un adverbio mal empleado: ¡sólo una vez más! Aquel día entré en su casa con el propósito de aclarar las cuentas y dar por cerrado aquel curso de mierda. Pero antes de irme haría un pronunciamiento en lengua portuguesa, en un portugués brasileño y muy rudo, con palabras agudas terminadas en *ão*, y con nombres de árboles indígenas y platos africanos que le diesen miedo, un lenguaje que redujese su húngaro a cero. No llegué a hacerlo debido al visible arrepentimiento de Kriska, que no me pidió perdón simplemente porque no existe esa palabra en húngaro, o, mejor dicho, existe, pero ella se abstiene de usarla, ya que la considera un galicismo. Como forma coloquial para pedir disculpas, existe la expresión magiar *végtelenül büntess meg*, es decir, castígame infinitamente, en una traducción imperfecta. Fue lo que me dijo, sabiendo que yo comprendería, no las palabras, sino el sincero sentimiento puesto en ellas. Me acarició el rostro con la yema de los dedos, cerró los ojos, susurró *végtelenül büntess meg* y dejó los labios abiertos, lo que, a mi ver, era pedirme que la besase en la boca. La besé y sus labios no eran tan sólidos como parecían. Al segundo beso ya me besaba más que yo a ella, y después de la boca me ofreció la nuca y se encogió presa de cosquillas, se escurrió de mis brazos, huyó. Me reuní con ella en la penumbra de su habitación, me esperaba de pie al lado de la cama. Con un solo movimiento se sacó el vestido por la cabeza, y verla enteramente desnuda me dejó aturdido. Blanca, blanca, blanca, decía yo, guapa, guapa, guapa, y al agotarse mis palabras me quedé sin acción. Tuve miedo de, en un arrebato, atraerla contra mi pecho y decirle las cosas que sólo sabía decir en mi lengua, llenando sus oídos de palabras indecorosas, quizá africanas. Y estaba allí, enfrente, quieta como yo, tal vez porque también temiese decir palabras que aún no me había enseñado. Por fin retiró la colcha de la cama, se acostó, me tendió sus brazos y dijo: ven. Vacilé un poco, por no verla bien en aquel claroscuro, y ella decía: ven. Tan blanca era su piel que resultaba imposible distinguir los contornos del cuerpo en la sábana de hilo, y ella decía: ven. Me acosté con Kriska y, para abrazarla mejor, me acordé de Vanda.

Fuera de Hungría no hay vida, dice el refrán, y por tomarlo al pie de la letra, Kriska nunca se interesó en saber quién había sido yo, qué hacía, de dónde provenía. Una ciudad llamada Río de Janeiro, sus túneles, viaductos, chabolas de cartón, las caras de sus habitantes, la lengua hablada allí, los urubúes y las alas delta, los colores de los vestidos y el olor de la marea, para ella todo eso no era nada, era materia de mis sueños. En medio de una clase podía ocurrir que me pusiera a pensar en el Pão de Açúcar, digamos, o en un niño calvo fumando marihuana, o en Vanda llegando de viaje, Vanda preguntando por mí, Vanda envuelta en una toalla blanca, pero si Kriska me sorprendía distraído, daba unas palmadas y decía: la realidad, Kósta, vuelve a la realidad. Y nuestra realidad, además de las clases cotidianas, era la Budapest de los fines de semana alternos en que Pisti quedaba a cargo de su padre. A ese ex marido

con quien ella sólo se comunicaba por intermedio de su hijo, que uno dejaba y otro recogía en el colegio, yo podría considerar a ese hombre como una alucinación de Kriska. La realidad eran los paseos en la isla de Margit, con sus atracciones domingueras, los acróbatas del Danubio, las carreras de carneros, las marionetas eslovenas, el coro de ventrílocuos. La realidad eran las tertulias en el Club de las Bellas Letras, la pista de baile giratoria en lo alto de la Torre de Atila, las noches en Óbuda, la vieja Buda, los restaurantes de paja donde comíamos pizza cruda. Y la botella de vino Tokaj que llevábamos para beber en su diván, mientras oíamos operetas húngaras. Y la balada desgarradora de la hija de Barba Azul que ella me enseñó, que yo cantaba a capela con impostación de barítono húngaro y la llevaba a las lágrimas. Y Kriska desnuda, extendiéndome los brazos y pidiendo que la castigase, después Kriska desfalleciente, atravesada en la cama, en la sábana de seda negra que le regalé, revuelta bajo su cuerpo fulgurante, con el sello de mis dientes en su hombro. Y Kriska resollando y yo sacudiéndola, implorándole que dijese alguna cosa más, ¿qué cosa? Cualquier cosa. ¿Cualquier cosa, cómo? Como contar hasta diez. *Egy... ketto... három... négy...*, y a pesar de toda su buena voluntad no llegaba ni a cinco, tenía el sueño fácil y profundo. Entonces yo me levantaba; nunca me dijo si podía dormir con ella. Cogía mi ropa tirada por el suelo y evitaba mirarla, porque Kriska, muda e inerte en posición fetal, era una irrealdad, un cuerpo demasiado perfecto, su superficie demasiado lisa, su misteriosa textura. A la hora en que me marchaba ya no pasaba el metro ni circulaban taxis, incluso había poca gente en la calle por la proximidad del invierno. Yo caminaba media hora hasta el centro de Pest, pensando en beber algo caliente, pero ya no encontraba ningún bar abierto. Tenía media hora más de marcha bajo un cielo cargado, y a veces me inclinaba en el parapeto del puente para mirar el Danubio, negro, silencioso. Me llevaba un buen tiempo convencerme de que se movía, y algún que otro coche siempre paraba cerca, a la espera, para ver si yo me tiraba o no. Pero el verdadero invierno llegó del día a la noche, y esa noche Kriska insistió en prestarme una gorra y un chaquetón que olía a alcanfor. Eran restos de un hombre de cabeza grande y tronco más pequeño que el mío; el grueso chaquetón de lana, demasiado justo de sisa, me impedía cerrar los brazos. Salía caminando por el medio de la calle, con un andar de mono, y podía atravesar la ciudad sin encontrar un alma. Soplaban un viento húmedo y, aun con la gorra cubriéndome las orejas, ya no conseguía detenerme a mirar el río. Apretaba el paso hasta el hotel, y no pocas veces saltaba por encima del mostrador para coger la llave, porque el portero nocturno solía dormir en el cuarto de servicio. Me encerraba en la habitación y la calefacción me quemaba la garganta, el agua mineral del minibar era insuficiente, el servicio de habitaciones no respondía, los cigarrillos se acababan. Y la lana de la manta me escocía, yo me rascaba, me rascaba, me pasaba las uñas por todo el cuerpo, era irrefrenable, era como tener azúcar bajo la piel. Una de esas madrugadas, medio sin querer, llamé a Río: hola, soy Vanda, en este momento no puedo atenderte, deja tu mensaje después de la señal. Volví a llamar enseguida,

porque Vanda no abandonaría al niño por la noche: hola, soy Vanda, en este momento no puedo atenderte... Volví a llamar y a llamar y a llamar, hasta darme cuenta de que llamaba por el placer de oír mi lengua materna: hola, soy Vanda... Entonces se me antojó dejar un mensaje después de la señal, porque hacía tres meses, o cuatro o más, que yo tampoco hablaba mi lengua: hola, soy José. Había un eco en la comunicación, soy José, que me daba la impresión de que las palabras salían extraviadas de mi boca, Vanda, Vanda, Vanda, Vanda, y comencé a abusar de aquello, y dije *Pão de Açúcar, marimondo, bagunça, adstringência, Guanabara*, dije palabras al azar solamente para volver a oírlas.

Kriska no exageraba cuando me recomendó que evitase otros idiomas durante el período lectivo. Después de una noche hablando en mi lengua y soñando que Kriska hablaba portugués, me vi sin embocadura para el húngaro, como un músico que soplase un instrumento en falso. Pasé la tarde sin lograr entenderme con la empleada de la compañía aérea, que me hacía deletrear todas las palabras, ella misma hablaba un húngaro abstruso, debido al acento francés. Cuando llegué al portón del Instituto, había anochecido y Kriska ya no estaba; me resistí a ir a su casa, pero fui. Kriska me recibió muy angustiada, me contó que había telefonado al hotel, a la policía, al hospital y al depósito de cadáveres. Cogí sus manos heladas, y creo que ya adivinaba las cosas que de camino iba pensando en decirle. Había ordenado en mi cabeza un texto sincero acerca de mis sentimientos por ella, además de una rápida explicación de mi partida. Mencionaría de paso a un hijo enfermo, una compañera anciana, entre otras contrariedades en mi lejano país, y lo que por ventura sonase poco convincente en mi discurso sería atribuible al vocabulario impreciso, a la mala traducción del pensamiento. A quemarropa, sin embargo, mirándola a los ojos, con sus manos separándose de las mías, la única palabra que me salió en su idioma fue adiós. No he entendido, dijo Kriska, y repetí: *viszontlátásra*. Mi boca estaba seca, la articulación, vacilante, y ella sonreía sin gracia: ¡de nuevo!, ¡sólo una vez más!, y yo: *viszontlátásra!*, *viszontlátásra!* Logré que se entendiera finalmente, porque Kriska se quedó quieta durante varios minutos. Y de repente empezó a soltar palabras difíciles a borbotones, y no sé si me echaba de la sala o pedía clemencia, si me imploraba una bebida caliente, si me acusaba de haberla hechizado, de haberle robado algún objeto, tal vez un reloj de oro, ¿un reloj?, allí está reloj vuestro evidente, me defendía yo trastornado, señalando el chisme de su muñeca, pero no era eso, y Kriska, que ya estaba nerviosa a causa del adiós, se exasperaba por mi ignorancia. Entonces renuncié de una vez por todas a la lengua magiar, dejé caer el rostro, los hombros, los brazos, y ella se lanzó sobre mí, se pegó a mí y me clavó los dedos, como si pretendiese enterrarlos en mi espalda, porque yo era un hombre cruel, o formidable, o pavoroso, porque yo estaba disipando los instantes más preciosos de su vida. Incluso pensé que podría querer sexo, y le pasé la lengua detrás de la oreja. Entonces me rechazó, volvió la cara, y en el acto pareció que en lugar de ojos tenía dos coágulos de sangre. Anduvo despacio hasta la ventana, metió los dedos entre las tablillas de madera de la

persiana y se quedó allí, de espaldas a mí, temblando un poco. Di unas vueltas por la sala, fui a su habitación, dejé en la cama el chaquetón y la gorra de su ex marido. Fui al cuarto de baño, fui a la cocina, di otras vueltas en la sala y me acordé de que le debía dos clases, seis mil forintos. Dejé el dinero en la mesa, debajo del termo, pero me pareció fuera de lugar, lo cogí de nuevo. Abrí la puerta, fuera nevaba, salí tal que así.

## Había ventiscas de nieve

El avión tardó en despegar, había ventiscas de nieve por Europa, fui a parar a Copenhague, perdí la conexión en París, me mandaron a Buenos Aires, pero me gustó llegar a casa casi a medianoche. El niño ya estaría durmiendo y Vanda también se iría enseguida a la cama. Estaría bebiendo un vino, o cerrando las cortinas, o dándose una ducha, o frente al espejo, buscándose hebras de pelo cano, para mí era importante pillarla desprevenida, quería ver con qué tipo de sorpresa me recibiría. Giré la llave, en la sala había un árbol de Navidad, Vanda estaba en la habitación, desde el pasillo oí su voz: en verano las mujeres se vuelven más atrevidas, necesitan mostrar su cuerpo... Debo de haber abierto la puerta con mucho ímpetu, porque la tata, que estaba sentada en el borde de la cama, se levantó de un salto. Pero el niño no se movió, siguió recostado en la cabecera con los ojos fijos en el televisor. Yo no sabía que Vanda ahora presentaba el telediario nocturno, y a primera vista me pareció que su cabeza había empequeñecido. Después noté que tenía el pelo más claro, se había planchado los rizos, y llevaba rímel, pendientes en las orejas, una camisa con cuello, una chaqueta de hombre, con hombreras. En cuanto me senté con el niño, ella finalizó la entrevista con el modisto, anunció el próximo programa de variedades y nos deseó una noche estupenda. Me volví hacia mi hijo, pero acababa de dormirse sentado, con la espalda apoyada en la almohada. Lo abracé; intenté alzarlo, pero pesaba mucho, la tata se había ido y yo no tenía fuerzas para llevarlo hasta su habitación. No podía siquiera mover su cuerpo y acostarlo, tuve que ir hasta el pie de la cama y tirarle de las piernas. Me quité los zapatos, la ropa de lana, y me instalé en calzoncillos en un espacio exiguo, porque en ese ínterin el niño se atravesó en la cama. Encendí la lámpara, había una revista de decoración en la mesa de noche de Vanda, en la tele una discusión de adolescentes con granos y *piercings* en la cara. Debajo de la revista encontré un pedazo de papel con un número de teléfono, una caligrafía extraña. En el cajón de Vanda, horquillas, chinchetas, elásticos, una lima de uñas, un capuchón de bolígrafo y un joyero con un diente de leche. El contestador parpadeaba: hola, soy José, Vanda, Vanda, *Pão de Açúcar, marimondo, bagunça, adstringência...* Comenzaba una película con coches patrulla, un policía blanco y otro negro, pero yo no podía seguir la trama, siempre que oía el ruido de algún coche iba a la ventana a ver si era Vanda. Y venga neumáticos chirriando, frenazos bruscos, giros repentinos, tiros al aire que dejaban al niño agitado, frotándose los ojos. En un momento en que me pareció que estaba medio despierto, pasé los dedos entre sus

cabellos y le pregunté: Joaquinziño, ¿dónde está mamá? Se tapó la cara, gimió, sin duda la película le alteraba el sueño, y aquello no podía ser pedagógico. Logré apartarlo un poquito con los pies, le quité una almohada que tenía bajo el brazo, me acosté, apagué la lámpara y la tele. Al rato la encendí de nuevo porque prefería el tiroteo y el ronquido de los motores al silencio de Vanda que no volvía. Pero había comenzado un programa de sexo con una presentadora de pechos grandes, y cuando comenzaron a tocar el claxon abajo, reconocí el toque de Vanda, siempre impaciente con el portón automático. Fui a ver y era justamente una camioneta oscura que bajaba al garaje del edificio. Regresé a la cama e intenté concentrarme en el programa, para no recibirla con ojos ansiosos en cuanto apareciese en la habitación. Pasaron un videoclip con tres mujeres desnudas, una blanca, una negra y una oriental, que se metían mano, volvió la presentadora con un pato en brazos, Vanda no entraba, cogí al niño por el codo: ¿dónde está mamá? Acabó el programa, la tele dejó de emitir, cesó todo el tráfico fuera, aun así fui hasta la ventana y me senté en el alféizar, admitiendo la hipótesis de que Vanda viniese a pie. Me quedé mirando la calle desierta, de no ser por un individuo en la acera con un cigarrillo en la boca. El tipo miraba de vez en cuando mi ventana y supuse que él también estaría esperando a Vanda. Encendí igualmente un cigarrillo, como para marcar territorio, y en respuesta él encendió otro con la brasa del primero, tal vez con el propósito de demostrarme que la esperaba más que yo. Pero era el vigilante del edificio, como pude comprobar al rayar el día. Entonces me acordé del colegio del niño y fui a sacudirlo por los hombros. Cuando abrió los ojos, pregunté: ¿dónde está mamá?, ¿dónde está mamá? Comenzó a llorar muy alto, le faltaban dientes, y la tata entró en la habitación para levantarlo. Me extendí en el centro de la cama de matrimonio, pero enseguida me di cuenta de que no podría dormir. Encontré mi albornoz en el lugar de siempre, hice la ronda de la casa, en la cocina el niño comía gofres y la tata se reía a carcajadas. Y la asistenta cantaba, y la cocinera silbaba, cuando la patrona duerme en la calle, las criadas se divierten. Mandé llevar a mi hijo al colegio, pedí una tortilla y fruta fresca pelada, pero no habían ido al mercado y el niño estaba de vacaciones.

El ascensor chirrió, pasos en el vestíbulo, en aquel momento tal vez ya no me importaba que fuese Vanda o no. Nuevo chirrido, silencio, silencio, silencio, abrí la puerta, habían dejado el periódico sobre el felpudo. Moisés desmiente sobornos en el gasoducto, era el titular de cabecera; más abajo, con letras que apenas distinguía, había algo parecido a: según el esbelto portavoz... Fui a la habitación a buscar mis gafas de lectura, di la vuelta a los bolsillos de la ropa de viaje, la bolsa de mano, y nada. Encargué a la asistenta que revisara el equipaje, me senté en la sala y cogí una revista de la cesta marajoara; era una revista de modas que hojeé fijándome en las figuras y los títulos: Manga ancha, Espaldas cubiertas, Con buen pie, Ojo por ojo, diente por diente. Dejé la revista, me distraje con el parpadeo del árbol de Navidad, fumé uno, dos, tres cigarrillos, pretendía pasar por la agencia, pero no tenía prisa. Tan temprano sólo estaría allí la mujer de la limpieza, y a lo sumo la secretaria. Y

excepcionalmente Álvaro, si era día de cerrar el balance. En ese caso sería imposible comunicarse con él, atrincherado en la sala con el notario, averiguando los ingresos de la empresa, los gastos, los impuestos que debían deducirse, la facturación líquida, su participación y la mía en los beneficios. Creo que en el momento de extender un cheque nominal, para ser acreditado en mi cuenta bancaria, aun robando un poco Álvaro se sentiría perjudicado. Medio torcido, tumbado en el sofá en L, tanteé la cesta en busca de otra revista y atiné con un libro de tapas blandas, color mostaza. Era insólito un libro en la cesta de las revistas, Wanda no toleraba objetos fuera de lugar. Ascendente en Virgo, decía ella, que normalmente ya lo habría colocado en el estante de los libros color mostaza. Lo alejé de mi vista, entrecerré los ojos, intenté descifrar los garrapatos de lo alto de la tapa, y eran letras góticas. Parecían borrones, de tan rojos, y el título que yo leía era un espejismo, el nombre del autor, un desvío de mi imaginación. Salí a la terraza, expuse la tapa a la luz del sol, leí, releí, y el título era exactamente ése: *El ginógrafo*; autor, Kaspar Krabbe. Era mi libro. Pero no podía ser mi libro, colocado en la cesta marajoara, nunca les di a los clientes mi dirección particular. Guardaba bajo llave mis libros apócrifos en el escritorio de la agencia, y aquél ni siquiera había llegado a verlo impreso. No obstante, allí estaba la novela autobiográfica del alemán, su nombre en la cubierta, en la contracubierta su foto con pose de escritor, con la mano en el mentón. Doblé el libro, con el pulgar dejé correr página tras página como una baraja, y en un santiamén vi pasar de atrás hacia delante millares de palabras ilegibles, tal como un hormiguero alborotado. Hasta llegar a la primera página, desnuda, con una dedicatoria nítida, las letras un poco temblorosas pero enormes: para Wanda, recuerdo de nuestro *tête-à-tête*, encantado, K. K. Encantado, *tête-à-tête*, Wanda, yo no entendía aquella dedicatoria. Miraba el libro y no entendía aquel libro. Miraba la tapa mostaza, las letras góticas encarnadas, miraba la contracubierta y no entendía la calva del alemán, el encantado, el *tête-à-tête*, miraba a la cocinera que apareció con un cafecito, yo no entendía a aquella cocinera, con el pulgar yo abría el libro como un abanico, y como un abanico el libro se cerraba, y me volvía siempre aquella página blanca, la dedicatoria, Wanda, recuerdo, *tête-à-tête*, encantado, K. K., las letras grandes, yo no entendía aquel timbre de mi cabeza, y era el teléfono que sonaba en la cocina. Fui a cogerlo, pero la tata ya se lo había pasado al niño; mamá... mamá... mamá... mamá..., decía él, y no pasaba de ahí. Cogí el teléfono, a tiempo de oír a Wanda: ¿y quién le canta mi barba tiene tres pelos a Joaquinziño? Wanda, susurré, ¿dónde estás?, ella estaba en el aparthotel. ¿Qué aparthotel?, dije entre dientes, con las tres criadas mirándome. La habían trasladado a São Paulo, ¿por qué São Paulo? Porque el telediario de la noche se hacía en São Paulo, vaya, y de lunes a viernes Wanda salía al aire por la red nacional. Era un avance en su carrera, dijo ella, tanto es así que en el barrio de Higienópolis la paraba todo el mundo en la calle, llegaba a ser un agobio. Dijo que, por otro lado, le encantaba la efervescencia cultural de la ciudad, había ido a un montón de exposiciones. Frecuentaba restaurantes magníficos por la noche, por la tarde iba al

gimnasio. Sin contar que tres veces por semana tenía turno con una foniátrata, porque le habían surgido problemas de fatiga en las cuerdas vocales. Pensaba en alquilar un apartamento, pero al mismo tiempo se sentía más protegida en un aparthotel. Dijo también que le había exigido al gerente del hotel que le cambiase el colchón y así se sentía mejor de la columna, después me preguntó cómo era Budapest. Titubeé, sin saber por dónde empezar, de lo que ella se aprovechó para decir que vendría en el primer puente aéreo del sábado y me pidió hablar de nuevo con su hijo. Oí que decía: ¿y quién le va a llevar los regalos de Navidad a Joaquinziño? Corrí hacia la habitación, pues desde el otro teléfono tendría libertad para pedirle explicaciones sobre el libro. Cogí el auricular, oí al niño decir mamá... mamá... mamá... y del otro lado de la línea llegaba la señal de estar comunicando, Vanda ya había colgado. Conseguí con la tata el número del aparthotel, pero en la habitación de Vanda nadie respondía.

Ka, erre, a, be, be, e, deletreé, extendiéndole la agenda a la asistenta, que había renunciado a buscar mis gafas. El alemán contestó con voz de sueño y al oír mi nombre se calló. Volví a decir diga, diga, soy José Costa, y él, callado. Tenía la esperanza de que me respondiese con naturalidad: hola, José Costa, muy bien, ¿y tú?, desapareciste, el libro quedó estupendo, te lo mando hoy mismo, para ti también, adiós. Quedaría así implícito que un día de esos le había dedicado el libro a una tal Vanda, sin sospechar que fuese mi mujer. No sería improbable que la hubiese visto por ahí, como yo mismo la había conocido andando por la calle del brazo de su hermana melliza Vanessa, en medio de un grupo de gente joven. Muy fácilmente se habría quedado encantado con ella, como yo mismo aquella noche me enamoré de pronto, aunque por rigurosa selección, porque no vacilé entre ella y otra idéntica a ella. Entonces la habrá seguido, como yo también di media vuelta y entré en una sala de espectáculos, donde detrás de ella asistí de pie a un concierto de rock y canté todos los temas sin conocer ninguno. Sería de esperar que él la hubiese abordado, como yo a la salida me ofrecí para llevar a las mellizas y sugerí que parásemos en un bar de Lagoa, donde tomamos cañas y hablé de mi posgrado en Letras, de mi conocimiento de lenguas, dije incluso que tortuga en alemán es sapo con escudo y ellas tuvieron un acceso de risa, quién sabe si no habían fumado algo. Después Vanda se puso a contar historias que no recuerdo, pero podría recordar por lectura labial, porque aún me acuerdo muy bien de aquellos labios que yo miraba como el alemán miraría el color de sus hombros, y por el escote la línea blanca entre sus senos, como él miraría el andar de Vanda cuando se fue al aseo con su hermana, y como yo, teniendo ojos sólo para ella, creí obvio que volviera sola. Nunca podría censurarlo por haber usado argumentos iguales a los míos, y lanzado las súplicas que lancé para llevarla al suyo, así como yo la llevé a mi piso de soltero. Sería un contrasentido que yo lo rechazase por haber hecho lo que yo habría hecho en su lugar, como pedirle a ella que se quitase la ropa interior antes que la demás y tal. Al dejarla en casa de madrugada, si fuese él, yo también habría cogido de la guantera un ejemplar de *El ginógrafo*, lo habría



apoyado en sus rodillas en la oscuridad del coche y se lo habría dedicado a Wanda, recuerdo de nuestro *tête-à-tête*, encantado, K. K., aun sabiendo que ella leería sólo la última página, en el ascensor. Y por considerarlo un libro muy delgado y flojo, indigno de ocupar el estante, lo tiraría a la cesta de las revistas. Y allí lo olvidaría, como olvidaría al alemán, que también la olvidaría, como ella estaba olvidando al marido que la olvidaba en Budapest, y punto. Al alemán ahora sólo le cabría decirme: ¿cómo estás?, de mil maravillas, he estado viajando, ¿y nuestro libro?, estoy loco por verlo, vale, un abrazo, adiós. Pero no, después de una larga pausa, él dijo: ¿qué quieres de mí?, y el acento exacerbado era señal de que había perdido el aplomo. Sentirlo así, acorralado, me excitó, me dieron ganas de ser rudo: necesito verte ya. Y él: ¿este llamado significa una amenaza? Te estoy esperando en mi casa, dije, y para concluir: debes de saber dónde vivo. Iba a colgarle el teléfono en las narices, pero él fue más rápido y colgó antes.

Me di una ducha que pelaba, me afeité en la bañera, al rato me quedaba claro que el alemán me había buscado en la agencia para contemplarme con su libro. Informado de que yo estaba en el exterior, le pidió mi dirección a Álvaro, que se la dio irreflexivamente, pensando en otra cosa. En vez de enviar el volumen por correo, desconfiado como era respecto a nuestros servicios públicos, decidió llevarlo en persona a su destino; quería estar seguro de que el libro llegaría a manos del hombre cuya generosa literatura le había atribuido palabras y pensamientos que su espíritu jamás concebiría. Dejaría el libro al cuidado de un secretario particular, o de un pariente, quizá su esposa, si el hombre estuviese casado, alguien de confianza que a su regreso le dijese simplemente: era un forastero calvo quien lo ha entregado y se ha ido. Antes de irse redactaría una nota, o una breve dedicatoria capaz de expresar toda su gratitud sin poner en riesgo el secreto profesional. Pero sucedió que, al ser recibido por una mujer de treinta años, con falda blanca plisada y blusa sin mangas, pelo castaño, ojos negros, rostro, piernas y brazos morenos, en la sala iluminada por el sol del atardecer, sintió un deseo repentino de vengarse del hombre generoso. Se presentó: Kaspar Krabbe, de quien vos ya debéis de haber oído hablar, más que como autor muy publicado en Alemania, como amigo de vuestro ausente marido José. En ese momento el semblante de la mujer palideció, sus ojos perdieron el brillo, su piel se puso gris, una sombra la cubrió por entero; en la luz de la terraza apareció otra mujer, semejante a aquélla como dama de la misma baraja, pero de naipe superior. La esposa de José Costa sin duda era ésa, que luego lo invitaba a sentarse, afirmando conocerlo de nombre, no por su circunspecto marido, sino por citas en suplementos literarios. Ofreció algo de beber, le pidió a la otra que llevase hielo y se excusó por no tener acceso a su literatura en lengua original. Pasó delante de él, con falda de tenista, abrió un baúl en el rincón de la sala, cogió una botella de un whisky buenísimo. La esencia del estilo se diluye hasta en las mejores traducciones, dijo con voz cantarina, en el momento en que la otra llegaba con el cubo de hielo. Y añadió: del idioma alemán, Vanessa y yo sólo sabemos que tortuga es lagarto con escudo. Que no sea por

eso, dijo Kaspar Krabbe, y sacó del sobre *El ginógrafo*, su primera creación en lengua portuguesa. Libro que le gustaría regalar a la señora Costa, a la manera de las gentes de Hamburgo, ofreciendo unos pocos fragmentos para su apreciación, como se da a catar un vino. Se puso de pie, leyó sólo las dos páginas preliminares, y al hacer ademán de despedirse, oyó de la esposa de José: no se vaya, por favor, queremos más. Avanzó, pues, en la lectura, y se complació con su propia voz, le sonaba adecuado incluso su moderado acento, dado que José Costa, con misterioso ingenio, había logrado imprimir en la escritura misma un moderado acento. Anochece, a nadie se le ocurrió encender las luces, y la penumbra favoreció a Kaspar Krabbe; él sabía que así se difuminaba su figura casi ridícula, su cabeza casi de muñeco, y en breve se verían de él sólo dos ojos claros, suspendidos en la sala a un metro noventa del suelo. Ojos que fulguraban cuando él pronunciaba el nombre de las mujeres que, a lo largo de la historia, lo hicieron gozar y padecer, todas ellas de pelo castaño, ojos negros, todas con rostros, piernas y brazos morenos por igual, menos debajo de la braguita y en los senos pequeños, color arena. Ya sin mirar el texto, Kaspar Krabbe lo declamaba de memoria con desenvoltura, y un segundo antes de la oscuridad completa pudo ver los labios entreabiertos de la esposa de José, una lágrima en la comisura del ojo izquierdo, el vaso con hielo en la mano derecha, las piernas dobladas sobre el sofá, ocupando el asiento de la otra dama; de la otra dama supo que se retiraba por los pasos en la moqueta y el suave golpe de la puerta. Y prosiguió Kaspar Krabbe con su recital, el dedo con saliva pasaba las páginas y las recorría, como si por el tacto localizase los párrafos, frases, comas, y a cada coma se oía una respiración intensa de la esposa de José; era evidente que, aunque fuese la esposa de José, aquélla era una mujer abandonada, y, previéndola en sus brazos al final de la lectura, Kaspar Krabbe aceleró el ritmo. Vanda, en efecto, estaba dispuesta a entregarse al alemán, y yo habría preferido no seguir imaginando semejante escena. Sin embargo, la escena era oscura, y yo sentía placer en oír la respiración de Vanda, yo necesitaba disfrutar del sonido de mis palabras, en verdad anhelaba el instante en que Vanda sucumbiría a mis palabras. Entonces Kaspar Krabbe dijo: y la mujer amada, cuya leche yo había ya sorbido, me dio a beber del agua con la que había lavado su blusa. Y cerró el libro. Y permaneció en silencio, consciente de que una palabra más, salida de su mente bruta, podría helar y endurecer a la esposa de José, como tal vez le repugnase a ella el contacto de su piel escurridiza. Poseo, Kaspar Krabbe saltó sobre la mujer sin desnudarse, la tumbó en L en el sofá en L y de esa forma la poseyó. Al consumir el acto gritó palabras góticas, después le preguntó cuál era realmente su nombre, palpó la chaqueta en busca de un bolígrafo y firmó la dedicatoria con letras enormes, como escriben los ciegos. Y puso Vanda con W, para dejar testimonio de que durante una noche ella había sido Wanda, mujer de alemán; antes de cerrar la puerta, tuvo la impresión de oír a un niño llorando en el fondo del apartamento. En cuanto a Vanda, no oyó niño ni puerta, soltó el libro en la cesta marajoara y se durmió. Y allí lo dejó adrede para que yo lo viese y lo cogiese y lo

doblase y dejase correr página a página como una baraja, y leyera la dedicatoria y supiera que durante una noche ella había pertenecido a un auténtico escritor, en caso de que algún día me animase a volver de Budapest.

Usé el champú de Vanda, el acondicionador, una crema para dar volumen al cabello, me sequé con su toalla. Elegí ropa deportiva y unas zapatillas de suela gorda que me dejarían casi a la altura del alemán. Pero cuando avisaron por el intercomunicador de que un señor estaba subiendo al apartamento, me detuve en medio de la sala; sinceramente no creía que él tuviese el valor de atender a mi llamada, y ahora de improviso no sabía cómo proceder, ¿exigiría una retractación?, ¿le golpearía las mejillas con un guante?, ¿retaría a Kaspar Krabbe a duelo? Tocaron el timbre, fui de puntillas hasta la puerta, espí por la mirilla, y ver la nariz gruesa de Álvaro me llenó de júbilo. Le abrí la puerta, abrí también mis brazos, pero él, después de meses sin verme, me saludó así: empecé mi palabra, tío, le aseguré que no harías ninguna tontería. Se había enterado de mi llegada por el alemán, que por lo visto también le había contado detalles de su aventura con mi mujer. Y tenía Álvaro la desfachatez de ir a mi casa a interceder por el canalla. Venía con su voz fina a decirme que un escándalo afectaría a mi propia reputación, que debería pensar en la vergüenza de Vanda, en el apellido de mi hijo; habló de confidencialidad. Si fuese una cuestión de dinero, añadió que se llegaría a un acuerdo amistoso, incluso porque yo había firmado un contrato proforma, para un trabajo particular, sin finalidad comercial. La novela autobiográfica del alemán sería un libraco más en mi cajón, si Álvaro no se hubiese convertido en su agente literario y desarrollado una estrategia de *marketing* que cualificase el producto, esas fueron sus palabras. Ahora, contabilizadas las sucesivas reediciones del libro, además de la perspectiva de ventas en el exterior y la eventual adaptación para el cine, era justo que yo recibiese algún extra. Kaspar Krabbe no le tenía apego al dinero, según Álvaro, y honestamente se había negado a aceptar incluso un éxito como ése, servido en bandeja. Pero cuando al final lo aceptó, se volvió muy celoso de tal éxito, se estremecía de sólo pensar en perderlo, no admitía siquiera compartirlo conmigo. Todas las madrugadas salía a comprar los periódicos del día siguiente, que escudriñaba en el quiosco, buscando en los suplementos culturales un artículo mío, una carta mía en la sección de lectores, un comunicado público en un espacio de pago reivindicando la autoría de *El ginógrafo*. En las noches de autógrafos, en las entrevistas de la radio o en los debates de la televisión, hasta en un coloquio informal con Vanda, en el telediario de la noche, se ponía tenso, miraba hacia los lados, se volvía de espaldas, imaginaba que yo irrumpiría en cualquier momento para desenmascararlo. Tenía motivos, por tanto, para ser presa del pánico por mi telefonazo inopinado, aquella mañana tan temprano, había sido inútil que Álvaro empecase su palabra y le asegurase que yo no haría ninguna tontería. Me faltaba dar prueba cabal a Kaspar Krabbe, decía Álvaro, de que yo no echaría a perder una vida honrada, además de un buen negocio, a cambio de luces a las que jamás aspiré. Me faltaba dar muestras de seguir siendo el viejo José

Costa, tan celoso de su propio nombre, que por nada en este mundo rompería con el anonimato.

Camino de la agencia, con las ventanillas cerradas, el coche de Álvaro olía a la misma agua de colonia de nuestra época de estudiantes, cuando él solía llevarme hasta la casa de mi padre. Yo vivía entonces en el suburbio, pero para Álvaro la gasolina resultaba incluso barata, teniendo en cuenta las redacciones que yo componía en su nombre, calificadas con notas mejores que las mías. Cuarenta y cuatro kilómetros diarios, sentados uno al lado del otro, eran trayecto suficiente para conocernos, y admirarnos por el rabillo del ojo, intercambiar confidencias, disentir, discutir a veces a gritos. Pero algún instinto nos contenía siempre cuando estábamos a punto de humillarnos o de abrir demasiado nuestro pecho. Con un mínimo de pudor, más algo de odio refrenado, nuestra amistad se consolidó; a diferencia del amor, que rebosa a toda hora, la amistad necesita diques. Así, por ejemplo, Álvaro nunca pretendió saber a qué se dedicaba mi padre, o cómo había acabado mi madre, así como yo jamás le pregunté por qué demonios se perfumaba tanto con aquella agua de colonia. Y ahora, aunque un poco asqueado, me sentía cómodo en su coche, acceder a su petición tenía un sabor nostálgico. Me parecía que estábamos nuevamente empatados, porque al mencionar el encuentro profesional de Vanda con el alemán, él la había absuelto de mis sórdidos pensamientos, como respondiendo a una llamada muda de mi parte. Creo, sin embargo, que en la permuta él aún se sentía deudor, pues por añadidura me comunicó su decisión de recobrar las condiciones originales de nuestra sociedad, compartiendo conmigo de igual a igual la gerencia y los lucros de Cuña & Costa. Muy cortés, Álvaro me preguntó si no me molestaba el aire acondicionado, le pareció estupendo que fumase dentro del coche, puso música clásica en el reproductor de cedés. Me cedió el paso en el ascensor, me abrió la puerta de la agencia, y desde la antesala me satisfizo ver mi cuartito intacto, mis diccionarios, mi silla giratoria. La recepcionista no estaba disponible, y Álvaro me señaló su sala, en el otro extremo. Siempre me cohibía un poco atravesar mi antiguo lugar de trabajo, abarrotado de muebles y de muchachos que apenas conocía. Pero esa vez vi allí solamente una mesa, con un chico de unos quince años que jugaba al billar en el ordenador, después vi los cristales casi opacos, con una mezcla de hollín y óxido marino, después miré a Álvaro. Rápidamente afirmó que había decidido reducir los costes de la empresa, por una cuestión de operatividad, y me llamó la atención sobre los cuadros de las paredes, con recortes de periódicos en los que vi los títulos y las fotos de Kaspar Krabbe. En el sofá de la sala principal, al lado del notario con un libro de tapas negras en el regazo, me esperaba Kaspar Krabbe en carne y hueso. Se levantó, avanzó dos pasos y me tendió la mano; usaba la habitual chaqueta sin corbata, mantenía su gesto de balancear levemente el cuerpo, como si acabase de bajar de un barco, era en apariencia el mismo hombre anterior a la fama, sólo un poco más lento en cada movimiento. El notario abrió el libro de cuentas sobre la mesa de Álvaro y leyó en voz alta la escritura declaratoria, donde José Costa confirmaba

haber prestado servicios de mecanografía a Kaspar Krabbe, sin ninguna participación autoral en su relato autobiográfico *El ginógrafo*; suscribí el documento, Álvaro firmó como primer testigo, quedamos en conseguir el segundo. Enseguida busqué en mi escritorio y le entregué a Kaspar Krabbe, según lo acordado, las veinte casetes con su voz grabada en las caras A y B, veinte horas de historias mal contadas, inservibles. Me retribuyó con un ejemplar de su, por no decir mi, libro, que autografió en el acto, con letras grandes y firmes: al señor José Costa, estos escritos sin pretensiones, cordialmente, K. K. Se disculpó por su obra primeriza, que, a pesar de la calurosa acogida, estaba lejos de satisfacer sus ambiciones literarias. Releyéndola con el debido distanciamiento, había encontrado un puñado de tonterías, exageraciones, redundancias, escasa imaginación en el dibujo de los personajes femeninos, deficiencias que superaría en su segundo volumen de memorias, ya en gestación. El alemán hablaba en serio, mirándome a los ojos, y dijo, además, que en breve me requeriría para dictarme su nuevo libro.

Además de expuestos de un extremo al otro del escaparate, había una pila de libros en el mostrador. Las personas entraban, cogían un ejemplar y se dirigían al cajero, cuando no iban directamente al cajero como quien compra cigarrillos: deme un *Ginógrafo*. Otros se acercaban, echaban un vistazo a los estantes, averiguaban el precio de los importados, bordeaban la mesa con las últimas novedades, acababan encontrando la pila del mostrador; se está vendiendo la tira, decía el librero, o en Navidad llega a los cien mil, y esa especie de recomendación era venta segura, un *Ginógrafo* más envuelto para regalo. Situado en el centro de la pequeña librería, durante una buena parte de la tarde perdí la cuenta de los clientes que salieron con mi libro. Pasaban delante de mí sin mirarme, tropezaban conmigo sin imaginar quién era yo, y aquello me llenaba de una vanidad que hacía mucho tiempo no sentía. Tal vez pensando que estaba estorbando la circulación, el librero, inoportuno, decidí preguntarme: ¿desea algo? No dije nada, solamente le mostré mi *Ginógrafo* abierto en la portadilla, con el autógrafo, para que viese que yo no era un ladrón de libros. Y allí me quedé, echando humo, encarando al idiota, rumiando palabras de desdén, porque, si no fuese por mi libro, aquella tenducha ya habría cerrado sus puertas. Sólo retrocedí cuando, a través del escaparate, vi pasar a Vanda, con pareo y sombrero de paja, en dirección a la playa. Claro que no era Vanda, me acerqué a mirarla y no tenía nada que ver, pero podría ser una prima, por su manera de andar. Porque idénticas en el andar no hay dos mujeres en el mundo, ni las modelos, ni las geishas, ni siquiera las hermanas mellizas. Kriska, un suponer, si apareciese caminando por la acera, me saltaría a la vista a un kilómetro de distancia. Pero Kriska no vale, porque es húngara, y en toda la playa de Río no hay mujer que camine como las húngaras. En la playa de Ipanema, el simple pensamiento sobre Kriska me parecía fuera de lugar y, sin embargo, aún pensaba un poquito en ella. Y me reí al acordarme de que, antes de conocer su cuerpo, había llegado a sospechar algo errado en él, de tan diferentes que eran sus movimientos de los de Vanda. A no ser cuando utilizaba patines, porque

sobre ruedas el balanceo del cuerpo es casi neutro y todas las mujeres se parecen. A veces, observándola caminar en la sala, haciéndome un dictado o algo así, le sugería que se los pusiese; era una manera de apreciarla mejor, o de recordar a Vanda, aunque Vanda nunca había usado patines. Kriska me obedecía, medio confusa, debía de pensar que era alguna perversión mía. Y cogió la manía de ir en patines dentro de casa, hasta con su hijo presente, tuve incluso que pedirle que no volviese a hacerlo. Y con el tiempo fui enamorándome de los movimientos naturales de Kriska, pero no hasta el punto de olvidar a Vanda, tanto es así que, ya al final de la playa, la reconocí de nuevo en otra muchacha, no por el andar, sino exactamente por su forma de estar inmóvil, sentada en un banco frente al mar. Sabía muy bien que Vanda estaba en São Paulo, pero llegué a pensar, es Vanessa, que también tenía ese modo de doblar ambas piernas hacia un lado, como guardando el lugar para otra persona, tal vez una costumbre de mellizas. Claro que no era Vanessa, era apenas una niña, y sólo al detenerme a su espalda le noté una señal de vida, un suave y despacioso alzarse de hombros, su lenta respiración. Ya estaba convencido de que era una yogui cuando me asustó el gesto abrupto de su mano izquierda. Miré por encima de su cabeza y acababa de pasar la página de un libro. Sólo entonces me di cuenta de que estaba leyendo, y lo que tenía en el regazo parecía mi libro. Me senté en el extremo del banco al lado de sus pies y reconocí la tapa mostaza de *El ginógrafo*, que ella leía con los ojos en zigzag. Abrí también mi ejemplar y seguí de reojo su lectura, sus labios semiabiertos, con alambre en los dientes. Pasaba las páginas con ansiedad, para no perder el hilo de la aventura, o la cadencia de mis frases, y ya iba por la mitad del libro cuando detuvo sus ojos en lo alto de una página impar, frunció el entrecejo, pareció trabarse en una palabra, temí que renunciase a la lectura. De hecho cerró el libro, tras marcarlo con un palito de polo, lo guardó en una cesta de lona y, al desdoblar las piernas, me dio un leve puntapié, se disculpó, no me había visto. Entonces señalé la tapa mostaza que había en mis manos, la coincidencia, después busqué la portadilla con la dedicatoria, dije que el autor era amigo mío, pero ella ya se había ido. Miré a mi alrededor, la playa se vaciaba, la gente bebía cerveza en los chiringuitos, el sol se ponía detrás del cerro Dois Irmãos.

Hubo un tiempo en que, si hubiese tenido que optar entre dos cegueras, habría elegido ser ciego al esplendor del mar, a las montañas, a la puesta del sol en Río de Janeiro, y tener ojos para leer lo que hay de hermoso en las letras negras sobre fondo blanco. Iba al cine, unas mujeres extraordinarias se exhibían en la pantalla, la película era en una lengua conocida, y yo no lograba apartar la vista de los subtítulos. Pero ahora, aunque encontrase las gafas de lectura, no me animaría a abrir mi propio libro, de cuyo contenido apenas me acordaba. Tampoco tocaría el periódico tirado al pie de la cama, o los volúmenes acumulados en mi mesita de noche, aunque estuviese sano y alerta y no insomne desde Budapest. Si antes de los treinta ya tenía la vista cansada, no me sorprendería llegar a los cuarenta con la mente saturada de palabras escritas. Era posible que para ellas me quedase sólo un buen oído, y tras las palabras más

sonoras pasé la noche recorriendo los canales de televisión. Encontraría tal vez un programa de temas literarios, con suerte una mesa redonda donde hablasen de mi libro, alguna actriz bonita declamando mis frases. Pero después de oír fragmentos de telenovelas, programas humorísticos, musicales, frivolidades, me detuve en una película de gánsteres a la espera del telediario de Vanda. A punto de vencerme el sueño, veía en la pantalla unas figuras y mi pensamiento se escapaba de ellas, así como las palabras dobladas no encajaban en la boca de los actores. Y cuando oí a Vanda iniciar el noticiario, creo que ya dormitaba, me costó mucho abrir los ojos. Y cuando abrí los ojos, me había quedado ciego. Me froté los ojos, los abrí todo lo que pude, estaba completamente ciego. Intenté mantener la calma, mordí la almohada, traté de concentrarme en la voz de Vanda, prestar atención a sus palabras: ministerio, frente frío, gasoducto, hecatombe, *tie break*... Su voz era bastante serena, melodiosa, y mecido por ella fui poco a poco reanudando el sueño, resignándome a mi nueva condición; mañana pensaría qué hacer, comprar un perro, esas cosas. Mañana, de cualquier modo, Vanda me auxiliaría, pues en cuanto se enterase del accidente, sin duda pediría la baja en la televisión. En última instancia, ya no me parecía tan grave quedarme ciego al lado de Vanda para toda la vida. Iría con ella a la playa, al hospital, a la biblioteca, al restaurante, a Londres, detrás de su voz iría de buen grado a cualquier parte. Libre de la visión, advertiría con mayor tino si ella estaba alegre, si estaba mintiendo, si yo le daba pena, si susurraba al teléfono, si sentía vergüenza por tener un marido ciego. Y me leería cada noche un nuevo libro y me cubriría los párpados con unos fomentos que sólo me servirían para quererla aún más. A veces los fomentos estarían muy calientes o embebidos en limón; a veces Vanda decidiría pasar varios días muda, para verme andando a ciegas; a veces leería del libro sólo las páginas pares, pero yo jamás protestaría por nada, ni porque ella envejecía y adquiriría arrugas en la voz. Fingiría no darme cuenta de que de vez en cuando ella lloraba por los rincones, ya por haber envejecido, ya por haber desperdiciado la vida guiando a un parásito. En venganza, un día sería incluso capaz de amanecer junto a mí, pero muy fría, helada en la cama igual a una estatua de hielo, y nuestro hijo soltaría un grito en la puerta de la habitación. El niño gritaba como un loco en el pasillo, y, además del televisor encendido, la luz que se filtraba por las rendijas de la persiana me golpeaba en la cara. Cuando vi que eran las nueve en el despertador, salté de la cama, decidido a prepararle a Vanda una sorpresa. Llegaría a São Paulo a la hora del almuerzo, iría a recogerla al aparthotel, iría con ella a las exposiciones, al gimnasio, al canal, la llevaría a cenar a un restaurante hindú. Pero al mirarme en el espejo me encontré con un rostro deforme, lleno de bolsas, los ojos hinchados, tal vez no me dejasen embarcar con aquel aspecto. Me había afeitado la víspera, pero la espesa barba era como una barba de tres días, y entonces comprendí que había dormido por lo menos unas treinta horas de un tirón. Me acordé de los gritos del niño, fui a la sala, la puerta estaba abierta y entraban el portero y el taxista cargando montones de paquetes que depositaban al pie del árbol de Navidad. Oí unas risas y, en el sofá en L,

vi a Vanda acostada sobre el niño, restregándole la nariz en la cara. Tenía el pelo húmedo, de nuevo oscuro y con rizos, yo nunca he deseado a ninguna mujer como deseaba a ésa, y cuando se volvió hacia mí, le llevó un buen rato reconocirme.

No llegué a afeitarme, porque Vanda prácticamente me echaba de casa. Conocedora de mi temperamento huraño, a veces agresivo, y de que los reporteros y los fotógrafos no tienen escrúpulos en invadir los ambientes domésticos, casi no me dejó tiempo para que me pusiese unas bermudas y unas sandalias de dedo; me hizo salir por la puerta de servicio, mientras el equipo que iba a entrevistarla subía por el ascensor principal. Encendí un cigarrillo frente al edificio y comencé a andar. Llegaría a la playa en caso de que siguiese en línea recta, pero giré a la derecha, a la derecha, a la derecha y a la derecha, porque no me guiaba un pensamiento lineal. Mis pensamientos giraban en torno a Vanda, y di muchas vueltas a la manzana hasta ver que el coche del reportaje dejaba la calle del edificio. Al mismo tiempo salió una camioneta del garaje, tocó el claxon en mi oído, y era ella, llevaba en el asiento trasero a la tata con el niño, con un uniforme, demasiado pequeño para él, de la selección brasileña. Subí a casa solo, pues no me apetecía ir a almorzar a casa de Vanessa, ni aunque me invitase. Prefería realmente prepararme un bocadillo y esperar a Vanda en la terraza, fumando. Fumé hasta vaciar mi último paquete de cigarrillos Fecske, lo estrujé, y a falta de cigarrillos húngaros, dejaría el tabaco sin problemas. Ya lo había hecho dos años antes, cuando Vanda me convenció de que Joaquinziño se había convertido en un fumador pasivo y ni en la terraza me dejaba dar unas caladas. Aplasté el paquete de Fecske, pero enseguida me arrepentí; al fin y al cabo, sólo había traído de Budapest en el equipaje un paquete de cigarrillos y aquella palabra escrita, *jecske*. Ya no había tabaco, pero tal vez no pudiese desprenderme tan de golpe de la palabra húngara. Me puse el paquete sobre el muslo, lo alisé, pensé en guardarlo dentro de un libro de poemas al que Vanda no tendría acceso, en un estante alto y en francés. De esa manera, al principio iría a observarlo todas las madrugadas, después día sí, día no, después esporádicamente, en fechas especiales, hasta que un día la palabra *jecske*, en un papel amarillento con el dibujo de una golondrina, ya no me diría nada. Pero al oír la voz de Vanda, volví a aplastar el paquete, y en un gesto reflejo lo tiré, en medio de la oscuridad. Y fui a ayudar a la madre y a la tata, que arrastraban al niño dormido por los brazos; le alcé los pies y lo transportamos yacente hasta su cama. Vanda le quitó las botas de fútbol y me susurró que fuese a buscar los regalos del árbol. Encontré unos siete paquetes y los distribuí alrededor de la cama, donde Vanda se había acostado con el niño y cantaba noche de paz, noche de amor, aunque faltasen tres noches para Navidad. Fui a coger un segundo lote y cuando volví, Vanda ya no cantaba, sólo acariciaba la cabeza del niño. Al llegar cargando un videojuego y un triciclo, vi a Vanda con los ojos cerrados, acurrucada junto a su hijo. Me retiré a nuestra habitación y me acosté, esperando que en cualquier momento ella despertase por su postura incómoda y viniese a mi lado. Llegó de madrugada, de puntillas, y la dejé pensar que yo estaba durmiendo. Me daba mucho placer ver la



naturalidad con que Vanda se quitaba la blusa, sin sostén debajo, después se desabrochaba la falda y se quedaba sólo con la braguita, y comprobé que la temporada lejos del mar no alteraba el tono de su piel. Cuando pensé que estaba buscando un pijama o un camisón, descolgó de la percha un vestido leve, con tirantes, que se puso por los pies. Me levanté, tosí, se pegó un susto, y antes de que le preguntase algo, se dio prisa en decir que necesitaba coger el primer avión a São Paulo. Se volvió hacia la pared, dijo que tenía un desayuno en el ayuntamiento, después dijo que tenía que cubrir un evento en el hipódromo, después dijo que tenía que mudarse del aparthotel, y yo no entendía por qué decía esas cosas de espaldas a mí. Pero era para que la ayudase con el vestido, y, al cerrarlo, vi que se formaba en su piel un ligero pliegue y poco faltó para que lo pellizcase la cremallera. Me dio un beso en la mejilla, salió a la carrera, la alcancé por el brazo en el vestíbulo, y allí se acordó de que también me había comprado un regalo. Sacó del bolso un pequeño paquete y, por el formato, adiviné que era un libro. No me hizo falta adivinar qué libro era, porque el envoltorio estaba roto y se podía ver una parte de la tapa mostaza y las letras góticas. Se disculpó por haberlo abierto en el avión; ya lo había leído dos veces y no se había resistido a una tercera lectura: es absolutamente admirable. Entró en el ascensor y con la puerta cerrada repitió: absolutamente admirable.

Aprendí a oír impasible las referencias de viva voz a mi trabajo, elogiosas o no, desde el tiempo en que me mezclaba con la gente para escuchar discursos políticos recién escritos. Cuando comencé a escribir para la prensa, me gustaba entrar en esos bares de Copacabana, donde los hombres solitarios se pasan la tarde bebiendo cerveza y leyendo los periódicos. Si encontraba a alguien entretenido con un artículo mío, me sentaba a la mesa de al lado, y era casi seguro que al rato el individuo comentaría el texto conmigo, lejos de sospechar que yo fuese el autor. Ocurre que conmigo las personas siempre se ponen a hablar de lo que sea, creyendo conocer de algún lugar mi rostro vulgar, tan impersonal como el nombre José Costa; en una guía telefónica con fotos, habría más rostros iguales al mío que abonados Costa José. Muchas veces el individuo ya se había bebido varias cervezas y me daba con el codo, citaba fragmentos del artículo con entusiasmo o accidentalmente con antipatía y menosprecio. En el primer caso, yo me permitía exponer alguna reserva, para inflamarlo aún más, llevarlo a ponerse de pie en el centro del bar y releer a gritos las frases más brillantes; en caso contrario, siempre le daba toda la razón, para no hablar más del tema. Pero después de casado, los días en que estaba seguro de haber escrito un texto con gran inspiración, prescindía de la opinión de los cafés; mi deseo era que lo leyese Vanda. Entonces compraba varios ejemplares del periódico y los dejaba con mi artículo a la vista en su camino, en la mesa del comedor, encima del teléfono, en la cuna del niño, junto al espejo del cuarto de baño. Ver a Vanda recorrer mis letras con sus ojos, esbozar una sonrisa, apreciar un texto mío sin saber que lo era, sería casi como verla desnudarse sin saber que yo estaba mirándola. Pero no, ella cogía el periódico y pasaba las páginas, miraba unas fotografías, leía los pies, Vanda no tenía

paciencia para lecturas largas. De ahí mi estupor al saber por su boca que había leído mi libro, no una, sino tres veces. Y menos mal que tenía tanta prisa y no me miró al decir lo que dijo, porque en aquel instante me porté como un aficionado. Debo de haberme sonrojado, me mordí el labio inferior, se me humedecieron los ojos, tuve pena y orgullo de mí mismo, era como si dos palabras suyas reparasen siete años de no hacerme caso. Después de un momento de parálisis, me di cuenta de que no le había agradecido el regalo; bajé las escaleras aprisa y corrí hasta la acera, justo a tiempo de verla partir en un radiotaxi. Fui a la farmacia, compré un par de gafas, me apoyé en el mostrador, abrí el libro, pero pronto sentí que la lectura no tendría gracia, me habría gustado leerlo con sus ojos. Lo envolví de nuevo de cualquier manera, para conservarlo como lo había recibido de sus manos, absolutamente admirable. Con sus palabras resonando en mi cabeza, valdría poco mi propio juicio con respecto al libro, valdría tanto como el de los borrachos de Copacabana, o el de los artículos que Álvaro me había enviado en un *dossier* que no abrí. El *dossier* debería servirme de estímulo para volver al trabajo: el alemán no se me va de la cabeza, tío, tiene que terminar el nuevo libro, incluso he conseguido una subvención... Se fijó un encuentro en la agencia para que Kaspar Krabbe grabase su declaración, pero falté, alegué cansancio, me parecía incluso ofensivo que esperasen de mí la producción de *best-sellers* en serie. Álvaro insistía, me llamaba a todas horas, su voz reverberaba en la agencia vacía, y si yo fuese un cabrón, le habría sugerido que delegase en otro mi trabajo. Sabía que sus muchachos lo habían abandonado uno a uno, le habían robado sus clientes, habían fundado prósperas agencias donde se redactaba de todo menos novelas autobiográficas a la altura de las mías. Y si lo hiciesen, no sólo cobrarían una fortuna, sino que exigirían su nombre en la parte superior de la cubierta; al fin y al cabo, pertenecían a esa nueva clase de negros renombrados, salían incluso fotografiados en revistas, cogidos del brazo de mujeres altas. Pero no mencioné a los muchachos delante de Álvaro, sólo le pedí que evitase llamar tantas veces a mi casa. Podría necesitar el teléfono en una emergencia, porque aquellos días estaba solo con el niño y la tata, aparte de que Vanda tal vez quisiese comunicarse, tener noticias de su familia, dar su nueva dirección en São Paulo o el número de su móvil. Y cuando ella telefonease, yo aprovecharía para decirle cuánto me había gustado su regalo, confesándome sorprendido por su agudo juicio literario. Entonces, envanecida, discurriría sobre la fluidez de la narración y las cualidades estilísticas del libro, y teniéndolo a mano, me leería párrafos enteros que había subrayado. La llamada telefónica no llegó, pero la espera surtió el efecto de que estuviéramos más cerca mi hijo y yo; monté sus regalos de Navidad, un helicóptero de la policía, un camión de bomberos, puse a andar un caimán con control remoto, comíamos juntos en la cocina, para la cena de Nochebuena encargué en la pastelería que nos enviasen cuatro panetones. Lo invitaba a ver el telediario en mi cama, incluso conseguía intercambiar algunas palabras con él: ¿quién es esa chica tan guapa de la televisión? Mamá. ¿Quién quiere a Joaquinziño? Mamá. ¿Quién viene a pasar el Año Nuevo con papá?

Mamá. Entonces duerme: mi barba tiene tres pelos, tres pelos tiene mi barba, si no tuviese tres pelos, ya no sería mi barba.

Yo contaba con Vanda para recibir el nuevo año, además porque esa noche no habría telediario que la retuviese en São Paulo. Podríamos ver los fuegos en Copacabana y, como en los viejos tiempos, echaríamos flores blancas al mar, pediríamos deseos, nos besaríamos en la boca a medianoche. Año nuevo, vida nueva; le prometería al oído no perderla jamás de vista, estar dispuesto a todo para darle pruebas de mi amor, incluso yéndome a vivir con ella a São Paulo. De hecho proyectaba dejar definitivamente la agencia, los libros, mis actividades profesionales. Tal vez podría ocurrirme, como a tantos artistas desgraciados, que se agotase mi vena creadora en la plenitud de la vida. Pero a mí eso no me angustiaba, no sería un motivo para que me entregase a la bebida o a alguna religión. Tampoco necesitaría vivir recluido, o disfrazado, porque, siendo un anónimo y no un artista despojado de la gloria, estaría a salvo del escarnio público. No me hundiría en los recuerdos, mucho menos me convertiría en un embaucador, un escritor bellaco, falsificador de mi propia escritura. Y ni siquiera pasaría privaciones, pues ya tenía algunos ahorros, sin hablar de que Vanda debería estar ganando bastante en la televisión. Y, a partir de cero, ella se asombraría al ver de nuevo en mí a aquel joven arrebatado, siempre con el corazón en la boca, dispuesto a manifestar sus mejores sentimientos. Porque al principio de nuestro matrimonio, siendo aún un modesto escritor, fui para ella sin duda un marido admirable. Pero a medida que perfeccionaba mi literatura, naturalmente comencé a descuidar la relación con Vanda. De tanto dedicarme a mi oficio, escribiendo y reescribiendo, corrigiendo y depurando textos, esmerándome en cada palabra que ponía en el papel, no me quedaban buenas palabras para ella. Ya no tenía ganas de manifestarme ante ella, y, cuando lo hacía, era para decir tonterías, lugares comunes, frases desaboridas, con errores de sintaxis, cacofonías. Y si alguna noche, juntos en la cama, me acudían a la boca palabras adorables, yo las contenía, las economizaba para un futuro uso práctico. En fin, contaba con Vanda para recibir el nuevo año, pero ya admitía que ella tenía motivos para no aparecer. Casi aceptaba la idea de que estuviese con otro hombre, quizá un modesto literato paulista que le prestase la atención que merecía. El niño también la esperó varias horas pegado al televisor, y no hubo forma de que entendiese que aquella noche no habría telediario. Vimos espectáculos pirotécnicos de Moscú, Atenas, Berlín, aquello me parecía todo igual, y creo que fue con el Año Nuevo en Lisboa cuando concilié el sueño. Sonaba una sinfonía con orquesta y coro, que se fue desvaneciendo, desvaneciendo, y dio lugar a mi barba tiene tres pelos a dos voces, y no era un sueño de Vanda y Vanessa arrullando al niño, ambas con el pelo lacio, pendientes, collares de brillantes, brazaletes, vestidos largos con lentejuelas. Me levanté de un salto, Vanessa se rió de mis *boxers* anticuados y Vanda se sorprendió de que yo quisiese ir a la fiesta.

Pero qué calor oh oh oh<sup>[1]</sup>... en el ascensor ya se oía la marchita de carnaval. Se abrió la puerta en el último piso y me encontré con un fotógrafo que apuntaba a mi

cara con su cámara. Llegué a ver mi cara en la lente, con los ojos saltones, la boca abierta, la fisonomía que tengo en todas mis fotos, fotos de pasaporte. Vi el dedo índice del fotógrafo a punto de pulsar el botón, y retraerse enseguida. Me desvié y, entonces sí, fotografió a Vanda y Vanessa risueñas, con un pie en el salón y otro en el ascensor. Se quedaron las dos así unos segundos, como sorprendidas en movimiento, delante del fotógrafo igualmente congelado. Hasta que Vanessa fue perdiendo la sonrisa, bajó la cabeza, salió del cuadro, y él fotografió a Vanda, una, dos, tres, cuatro fotos. Miré a las personas que me rodeaban, todas con trajes claros, más centelleantes que claros, y sentí que mi traje gris en aquella fiesta sería casi estrambótico. La marchita de carnaval saturaba los altavoces: atravesamos el desierto del Sahara... y algunas personas se sacudían sin salir del lugar. El inmenso salón, repleto, terminaba en ventanales que daban a la playa de Copacabana; fulguraban luces aquí y allá, y a veces era difícil distinguir los fuegos de la playa de los *flashes* de dentro. Cogí la mano de Vanda, procuré encontrar un lugar más tranquilo para nosotros dos, pero en realidad era ella quien me guiaba, ella, que buscaba las luces conduciendo mi cuerpo oscuro. Finalmente vi que su mano se soltaba de la mía, como la de un ahogado, vi a Vanda casi volando, avanzando hacia la mayor luminosidad del salón. Era una batería de reflectores, donde encima de todas las cabezas resplandecía la calva roja de Kaspar Krabbe. Daba una entrevista a un reportero que yo conocía de la tele, ambos con chaqueta de verano, ambos desgañitándose al micrófono, pero desde donde yo estaba sólo se oía la marchita: vinimos de Egipto... Luego apareció Álvaro, con un esmoquin amarillo dorado, exhibiendo ante la cámara un ejemplar de *El ginógrafo*, y se abrazaron los tres a carcajadas: Alá, Alá, Alá, mi buen Alá..., parecían cantar a coro. Fue cuando el reportero llamó a Vanda, que entró en escena radiante como nunca la he visto. Se estiró toda para darse dos besos con Kaspar Krabbe, y pude leer en sus labios: absolutamente admirable. Movié la cabeza y repitió: absolutamente admirable. El sol estaba caliente y quemó nuestra cara... decía la marchita, y al apagarse los reflectores, perdí a Vanda. Deambulé por el salón, deambulé, y quien apareció en mi camino fue Vanessa; me dio una copa de champán, hizo chinchín con la suya y me arrastró escaleras arriba, hacia una terraza descubierta. Atravesamos el desierto del Sahara... Había un cantante al frente de una orquesta de metales, todos disfrazados de hawaianos, en un escenario detrás de la piscina. Vanessa se inclinó en la balaustrada, señaló la playa, creo que me pidió que la llevase a la playa, pero yo no la entendía. Nuestras copas estaban vacías, salí detrás de un camarero y me tropecé con Álvaro, que estaba subiendo la escalera con una mujer de rasgos fuertes, parecida a un travesti. ¿Dónde está el alemán?, pregunté, pero él consultó su reloj y respondió once y media, después me estrechó los hombros y me gritó al oído algo con respecto a la estrategia del *marketing*, derechos de autor. Alá-allá-oh oh oh oh oh oh... ahora todo el mundo cantaba dando saltos, con los brazos levantados, al borde de la piscina. Y en el otro extremo de la piscina divisé a Vanda, posando de nuevo ante el fotógrafo. Estaba sentada medio de lado, con las piernas dobladas sobre el borde,

cubiertas por el vestido plateado, tal vez posando de sirena. Le llevaría champán si encontrase al camarero, pero entonces vi a Kaspar Krabbe, que se acercaba a ella con dos copas. Ella alzó la mano, el brazalete se le deslizó de la muñeca al codo, y aun a aquella distancia divisé el movimiento lento de sus labios: absolutamente admirable. Para rodear la piscina pasé entre grupos de borrachos, de esnifadores de éter, de políticos, de americanos, de gays: Alá, Alá, Alá, mi buen Alá... Me detuve finalmente delante de Vanda y de Kaspar Krabbe, sentados juntos, cara a cara. Me quedé allí de pie, balanceando las piernas, viendo al alemán, que hablaba bajito con Vanda, y por el entrecejo fruncido, imaginé que estaba describiéndole su doloroso proceso de creación. Soporté un buen rato más el brillo de los ojos de Vanda, sin darme cuenta de que mi mano se crispaba, y la copa vacía que sostenía de repente se rompió. Los cristales cayeron a los pies del alemán, que ni aun así paró de hablar, y parecía rumiar el mismo tema, siempre con aquella expresión compungida. Y ya descifraba yo más o menos las palabras de su boca: eran largas noches de otoño, frente a una página en blanco, o: eran páginas y páginas rasgadas, a lo largo de noches en blanco, o: eran como hojas de otoño que caían, mis largos cabellos blancos, y Vanda: absolutamente admirable. Por fin le toqué la espalda, y en su chaqueta blanca quedó impresa la sangre de mis dedos. Sólo entonces me miró, sin gran interés, y de hecho no convenía que demostrase intimidad conmigo en público; para todos los efectos, yo no era más que un mecanógrafo que le prestaba mis servicios. Vanda, sin embargo, era mi mujer, y me miró con el mismo fastidio. Tal vez mi traje gris la avergonzaba, estando acompañada de un caballero vestido como es de rigor. Pero, aunque hubiera estado semidesnudo, en calzoncillos, yo era su marido, por tanto le tendí la mano y dije: ven. La agité para que se diese prisa y le dije: vamos a bailar. Ella dejó mi mano en el aire, se sintió asqueada por mi mano que goteaba sangre, y eso no podía ser, a mí nunca me dieron asco sus sangres. La cogí por la muñeca, la incorporé de un tirón, y ella miró a Kaspar Krabbe, que no movió un dedo. Salí por la terraza llevándola a remolque, ella, a trompicones por los tacones altos. Alá-allá-oh oh oh oh oh oh oh... Avancé entre grupos de gays, de americanos, de políticos, el fotógrafo saltó frente a mí y sacó una, dos, tres, cuatro fotos. Vanda se cubría el rostro, lloraba, le di un puntapié al fotógrafo, pasé delante de Álvaro, del travesti, pasé delante de la orquesta: pero qué calor oh oh oh oh oh oh... Detrás del escenario había un pasillo estrecho, oscuro, lleno de unos estuches negros, como sarcófagos en forma de instrumentos musicales, y aquél era un rincón tranquilo, ideal para nosotros dos. Vanda se resistía, se negaba a moverse, se agachaba, y así agachada la arrastré hacia aquel rincón, donde ya no brillaban sus ojos, ni su vestido, ni nada. Allí comenzó a patear, sin duda pensó que le arrancarían la ropa, que la golpearía y abusaría de ella. Sin embargo, me limité a ponerla de pie, a inmovilizarla con mi cuerpo, a apretarle las caderas contra las tablas del estrado, porque sólo pretendía estar un minuto a solas con ella. Tampoco quería reñirle, sólo esperaba el final del vocerío para decirle unas palabras. Sujeté sus cabellos con ambas manos,

pegué mi nariz a la suya, sentí su aliento a champán, o era el mío, sentí latir nuestros corazones, y así nos quedamos. Hasta que la orquesta en bloque produjo un acorde seco, y antes de que estallasen aplausos, cohetes y griterío, hubo un instante de silencio. En aquel momento hueco, con una voz que no era la mía, le comuniqué: el autor del libro soy yo.

La última vez que miré a Vanda, ella tenía los ojos bien abiertos y el rostro iluminado por los fuegos de artificio: oro, plata, azul, verde y rosa. Después escapé por la escalera, cogí el ascensor trepidante, el edificio parecía hundirse con la cohetería. Crucé la avenida, bajé a la playa repleta de gente, excepto unos claros con Yemayás de arena rodeadas de velas. Me acerqué a la orilla del agua, desde donde unas personas, con faldas levantadas y pantalones remangados, arrojaban flores blancas al mar. Rompió una ola más fuerte, retrocedí para no mojarme los zapatos; la espuma llegó a mis pies y un ramo de lirios se quedó varado en la arena. Significaba una petición rechazada, por demasiado ambiciosa, o poco intensa, o enigmática, o indecorosa, quién sabe. Recogí el ramo, con sus tres flores empapadas, marchitas pero aún enteras, y pensé en avanzar mar adentro con traje y todo para arrojarlas más allá de la rompiente. Pero tal vez Yemayá se enfadaría por ver aquellos lirios repetidos, unos lirios que acababa de rechazar. Unos lirios, no obstante, son unos lirios, son todos iguales, y ella no iba a estar allí enjuiciando lirios, sino peticiones. Entonces cerré los ojos y llegué a dar dos, tres pasos, hasta reparar en que no tenía ninguna petición que hacer. Yo, que, sin creer en Yemayá, siempre le lancé ofrendas y fui atendido, ahora era un hombre crédulo con una ofrenda inútil en las manos. Salvo que le pidiese no haber dicho lo que le había dicho a Vanda. Salvo que le pidiese que borrara esas palabras, que las cambiase por otras cualesquiera, que las arrancase de mi historia, pero ni siquiera la reina del mar puede atender semejante petición. Entonces solté los lirios y me fui andando despacio por la blanda arena hasta el fuerte de Copacabana, después por la playa de Ipanema, y vi nacer el sol desde el mirador de Leblon. Entré en casa a la sordina, la puerta de la habitación estaba abierta, Vanda llevaba aún el vestido plateado. Dormía toda encogida, abrazada a sí misma, y aparté los ojos, me dio miedo desearla. Saqué la maleta del estante alto del armario, metí algo de ropa dentro y la cerré deprisa. Del fondo falso de un cajón cogí mi pasaporte, mi tarjeta de crédito, algún dinero, dólares, forintos. Debo de haber hecho algo de ruido al mover la maleta, porque Vanda dijo: José. Ya estaba en medio de la sala cuando oí: voy a calentarte la sopa.

## Gran señor

Gran señor comedor de mierda. Kriska daba golpes en la mesa, no toleraba que su hijo dijese mierda a la hora de cenar. Gran señor chupador de polla. Yo comía callado mi porción de pollo, mi repollo, el pan, bebía agua, y, sin embargo, para mí eran alegres las noches en que Pisti venía a casa. Las otras yo llegaba del trabajo, escuchaba cintas, tomaba notas, calentaba algo en el microondas, lavaba los platos, montaba mi catre en la despensa, cerraba los ojos e inventaba países. Inventaba ciudades históricas, volcanes, daba nombre a los grandes ríos y sus afluentes y, con suerte, lograba dormirme. Pero me despertaba casi siempre con la voz de Kriska, fuera de tono. Ella entraba a altas horas de la noche porque le había dado por beber vermut, y cuando bebía muchos vermut, traía hombres a casa. Y cuando traía hombres a casa, se empeñaba en exhibirme allí acostado: éste es el individuo de quien te hablé, y el hombre: y ahí vive el pobre infeliz, y ella: ahí vive el individuo. Después se iban a la habitación de ella y no tenían la delicadeza de cerrar la puerta. Entonces yo me sentaba en el catre, me colocaba los auriculares y encendía el magnetófono a todo volumen para no tener que oír nada más. Escuchaba sonetos, dramas, diálogos, soliloquios, pero en aquellas circunstancias prefería las grandes polémicas, aunque me perdiese la mitad de las palabras, con todo el mundo hablando al mismo tiempo. Eran penosas las pausas en la grabación, las reticencias de los poetas, la voz debilitada de los oradores más viejos. O el momento de cambiar la cinta, cuando me veía obligado a emitir unos sonidos incidentales, decía ñam ñam ñam, ñom ñom ñom, y aun así a veces oía sonidos en la habitación. Y si me excedía en tales sonidos, en la habitación ellos se reían a carcajadas; Kriska piensa hasta hoy que ñam ñam ñom ñom es la lengua hablada en Sudamérica.

Cuando me consiguió el trabajo, Kriska dijo: es trabajo manual, para inmigrantes como tú. Las palabras eran ultrajantes, pero el trabajo, por el contrario, no; si no fuese por las relaciones de Kriska en el Club de las Bellas Letras, difícilmente admitirían en su seno a un extranjero, con dificultades con el idioma. Aunque aquellos intelectuales, preocupados por la semántica, la semiología, la hermenéutica, nunca se dirigían a los subalternos. Y para arrastrar muebles, instalar micrófonos, ajustar el sonido, pocas palabras de húngaro bastan: permiso, probando, un, dos, tres... Al final de la jornada, me llevaba el magnetófono a casa so pretexto de su mantenimiento, y escuchaba las cintas sin cesar para mejorar mi aprendizaje de la lengua. A la mañana siguiente volvía con el aparato a cuestas, dejaba las cintas en el despacho, sacaba

otras tantas cintas vírgenes y retornaba mi puesto en un rincón de la biblioteca. En cuanto entraba el primer socio del club, ponía en marcha el magnetófono, y tenía siempre otro preparado, porque no podía perderse ninguna palabra pronunciada en el recinto. A veces había cintas enteras que giraban en blanco, al estar los socios del Bellas Letras sumergidos en lecturas, o meditando, o tomando notas, o cabeceando en sus sillones. Pero antes del atardecer, casi siempre alguien proponía una cuestión de actualidad, de relevancia cultural, para su consideración por los colegas. También discutían clásicos de la literatura, cuando no era un poeta que se ponía a declamar versos inéditos, presa de una súbita inspiración. Y los sábados por la noche, el auditorio del Club de las Bellas Letras estaba abierto al público para exhibiciones de los literatos, aunque la literatura, en mi opinión, es la única de las artes que no necesita exhibirse. Yo llegaba con tres horas de antelación, revisaba conexiones, cables, enchufes, alineaba las mesas, las cubría con un mantel negro, detrás de las mesas colocaba las sillas, y frente a cada silla, un micrófono. Minutos antes de abrir las cortinas, acomodaba los vasos y las botellas de agua mineral y me sentaba en el pasillo del fondo, junto a la mesa de sonido. Desde allí, estirando el cuello, podía ver parte de la asistencia sin ver visto, podía ver si Kriska estaba acompañada o no, pues ella siempre se sentaba en la primera fila. Y, aunque me mantuviese en la oscuridad, en tales ocasiones yo usaba corbata y un traje azul marino comprado en el mercado búlgaro, en buen estado. En el mismo mercado ya había adquirido, con el anticipo del primer salario, una gorra ajustada y una enorme chaqueta de piel de oso, que no me quitaba ni para dormir. Porque las despensas no tienen calefacción, y aquél fue un invierno duro hasta para los europeos, con más razón para mí, que estaba desapercibido. En la maleta hecha a toda prisa no había puesto suficiente ropa de lana, ni me preocupé por ello al llegar, contando con el chaquetón y la gorra que Kriska guardaba en su casa. No creía que ella me recibiría a besos, después de mi partida intempestiva, pero tampoco la imaginaba negándole a un hombre friolero abrigos que ni siquiera olían a ella. Podría alegar que yo, más que ella, era el dueño del chaquetón y la gorra de su ex marido. Pero a Kriska no le apetecía hablar. Creo que Kriska sólo me dejó entrar en casa porque no quería problemas con la policía, en caso de que yo llegase a morirme junto a su portal.

Telefonar a Kriska había sido mi primera medida, así que me hospedé en el hotel Plaza. Le dejé mis datos en el contestador, con una pronunciación cuidada, y esperé en vano que me llamase. Al segundo día, le mandé flores y una misiva: Querida Kriska, en Budapest eternamente estoy, Kósta. Nada. Al tercer día, decidí ir a buscarla a la salida del manicomio, vi en la ventana un bulto que parecía el suyo, pero si realmente salió, fue por alguna puerta del fondo. Anocheció, cogí el metro, fui al 84 de la calle Tóth y llamé por el portero a la casa 17. Toqué, toqué, nadie respondió, arreció el frío, el metro estaba cerrado, volví al hotel a toda marcha. Otra tarde me identifiqué en el manicomio, pregunté por Kriska, pero la mujer que me atendió se quedó sólo mirándome, debía de ser una paciente. Fui a la puerta del fondo, rodeé el



manicomio siete veces, pasé por los cafés que antaño frecuentábamos, ya estaba casi convencido de que Kriska se había ido a alguna estación de esquí o de patinaje sobre hielo. Me dirigí a su casa por la fuerza de la costumbre, sin mucha fe pulsé el botón del intercomunicador, y al oír el dígame de Pisti, me alegré: ¡aquí amigo Kósta!, ¡aquí portero Kósta! Pisti no dijo nada, no me abrió el portón, me dejó un buen tiempo plantado al sereno. Mis dedos ya estaban dormidos, mi oreja parecía un tapón de cristal cuando él volvió al intercomunicador, puso una voz gruesa y afirmó que en aquella casa ya no vivía la señora Fülemlüle. Al quinto día, ya me chillaban los pulmones, no sé si por culpa de los cigarrillos Fecske o por un principio de pulmonía. Decidí comprarme guantes, una gorra y un abrigo de cachemira en unos grandes almacenes, y cuando fui a pagar, la mujer se negó a aceptar mi tarjeta de crédito. ¿Motivo cuál os detiene?, pregunté, pero la empleada era nerviosa, creo que hablaba en dialecto, no quiso ni mirar mi pasaporte. Paré en un cajero automático, marqué mi contraseña, apareció un aviso incomprensible y no salió el dinero. Repetí la operación, se oscureció la pantalla, el cajero se tragó mi tarjeta. Pensé en el acto: es Álvaro; ha bloqueado mi cuenta bancaria como forma de chantaje, para tenerme de nuevo esclavizado en el cuartito de la agencia. Después pensé mejor: es Vanda, que me quiere de vuelta, para llevarme a las fiestas, para presentarme a unos cuantos amigos, a quienes les habrá confiado: mi marido es el verdadero autor de *El ginógrafo*. Me quedé un momento allí frente a la pantalla, pero insultar a la máquina estaría tan fuera de lugar como darle puntapiés a Vanda por repetir lo que yo mismo le había dicho. Me interné por las calles más agitadas de Pest, entré y salí de algunos centros comerciales, bajé y subí estaciones de metro, busqué bares repletos de gente que hablaba húngaro; creí que así lograría quitarme de la cabeza las palabras que le había dicho a Vanda. Lo lograba, más o menos, sin dejar de saber que ellas estaban por allí, como una música de fondo, como un zumbido constante detrás de mi pensamiento. Para olvidar aquellas palabras, tal vez fuese necesario olvidar la propia lengua en la que se habían dicho, así como nos mudamos de la casa que nos recuerda a un muerto. Tal vez fuese posible sustituir en la cabeza una lengua por otra, paulatinamente, descartando una palabra por cada palabra adquirida. Durante algún tiempo mi cabeza sería como una casa en obras, con palabras nuevas subiendo por un oído y los escombros bajando por el otro. Sin duda me daría pena ver desperdiciarse tantas palabras hermosas, azulejos, por culpa de unas pocas piezas que yo había usado de manera funesta. Pero, en contrapartida, una vez libre de todo el vocabulario latino, con el apoyo de Kriska yo sería apto para hablar un magiar castizo. Y si Kriska insistiese en no recibirme, aprendería de cualquier modo el húngaro de las esquinas, de las putas, de las cervecerías, de un antro donde bebía aquel atardecer y por la noche hasta que cerraron las puertas. Cuando salí a la calle, caía una fina llovizna que me obligó a andar deprisa, a correr, a precipitarme en dirección a Buda. Y ya estaba en medio del puente cuando reparé en que no podía volver al hotel. Mi nombre, en una tarjeta de crédito confiscada, a esas alturas ya debía de figurar en alguna lista

negra, y en cualquier momento el gerente del Plaza exigiría el pago de la cuenta. Yo había gastado mis últimos forintos en cerveza y cigarrillos, por lo que sería detenido y deportado, inapelablemente. Di media vuelta, corrí tres kilómetros, caminé otros tantos, llegué arrastrándome al portón de Kriska. Toqué el intercomunicador, recé para que me respondiese, llovía mucho y yo estaba empapado. Cuando fui a tocar de nuevo, ya no podía siquiera levantar la mano, que, rígida y agrisada, con los dedos pegados unos a otros, más parecía la pata de un animal extraño, engurruñada hacia el brazo. Pensé en buscar un refugio cualquiera, un garaje, un mausoleo de cementerio, pero las rodillas se me paralizaron, yo no salía del lugar. Sin querer estaba volviéndome jorobado, y hundir el cuello en los hombros me proporcionó algún consuelo. Crispé el rostro, cerré los ojos, apoyé el mentón en el pecho, mientras me quedase aliento podría echarme vaho en el pecho, calentado un poco con mi vapor. El frío de las piernas también se atenuaba, porque ya no sentía mis piernas, que de repente se doblaron, no sé cómo. Caí de rodillas y di con la frente en las rejas de hierro del portón, pero el choque no me dolió, sólo su sonido repercutió en mi cabeza. Después sentí la sangre tibia que me bajaba por la cara, y pensé que en aquella posición podría dormir un poco. Así estaba cuando oí a mis espaldas un motor de coche, puertas que golpeaban, unas risas, pasos, oí la voz de un hombre: ¿y esto ahora qué es?, y una voz de mujer: es el individuo de quien te hablé, y el hombre: el pobre infeliz está al borde de la muerte, y ella: está al borde de la muerte el individuo en mi portón.

Desperté con pijama en un diván, cubierto de mantas, con la cabeza vendada, miré a Kriska y me dieron un poco de miedo sus labios delgados. Me puse a hablar de mi penuria, de mi condición de sin techo en Budapest, me dije perseguido político en mi país y repetidas veces la oí suspirar. Pero ella se lamentaba por culpa de mi húngaro, tan precozmente deteriorado. Y me hizo callar, dolorida con razón, porque el idioma así desaprendido debía de ser para ella como haber olvidado tan deprisa su piel blanca. Ordenó que me levantase y todo el cuerpo comenzó a temblarme de antemano, dando por seguro que iría a parar a la calle con fiebre y todo. Pero Kriska fue buena, me alojó en su despensa, donde yo disponía de un catre de lona y una manta corta, de esas de avión. Allí convalecí durante no sé cuántos días, porque era un ambiente cerrado con una bombilla de doscientos vatios siempre encendida. Sólo me movía para ir al cuarto de baño, y en el espejo tenía alguna idea del paso del tiempo por la barba que crecía, por la gasa que se pudría alrededor de la cabeza; después de ducharme, me ponía de nuevo el pijama sucio y, asqueado de mí mismo, volvía a acostarme. Alguna que otra vez veía a Kriska fugazmente, cuando me cambiaba el plato y me dejaba un vaso de agua y un platito con el antibiótico. Hablar casi no me hablaba, tal vez por una cuestión de recato, de la misma manera que ni la bufanda se quitaba delante de mí. Y así, segregado, yo tenía como pasatiempo roerme las uñas, rascarme la frente, quedarme tirando de los siete puntos de la frente, mirar la luz del techo hasta lagrimear y cantar canciones de carnaval, en el intento de ahogar

recuerdos indeseables. De ahí que mi ya pobre húngaro, en plena Budapest, sólo podía caducar. El húngaro que yo oía eran voces a lo lejos, indistintas, voces de radio o riñas de vecinos. O era Pisti que se asomaba a la despensa, gritaba cualquier cosa, y me sonaba a turco. O era, en medio del sueño, la voz alterada de Kriska, mezclada con voces de hombres desconocidos, y lo que hablaban no tenía sentido. Un día Kriska me llevó una bandeja con panecillos de calabaza, los pasó humeantes bajo mi nariz y preguntó: *hány?* *Hány*, pensé, *hány* significa cuántos. Iba a pedir cinco, pero en ese momento no me acordé de cómo se decía cinco, ni cuatro, ni tres, ni nada. Y al percibir que mi húngaro estaba realmente pendiente de un hilo, Kriska se alarmó; quererme bien ya no me quería, pero era mujer, y sin duda no le gustaría que me apartase de ella completamente. Enseguida me dio el alta y me consiguió el trabajo; pareció decirme que necesitaría trabajar como un mulo para pagarle casa y comida.

Cuando salió *El collar de ciruelas*, libro de cuentos de Hidegkuti István, yo ya conocía algunos pasajes que el autor había leído en el club como primicia. Camino del mercado búlgaro, adonde iba a comprar un ventilador, vi el libro en un escaparate y lo elegí, después de comprobar que un libro nuevo costaba lo mismo que un ventilador usado. Leí los cuentos sudando a chorros, porque en verano la despensa es un horno, y no obstante me quedé encantado, no sé si por la prosa en sí o por haber comprendido un ochenta por ciento de ella, y haber podido adivinar el resto. Antes de aquel libro, sólo había leído en húngaro las actas diarias del Club de las Bellas Letras. Pero ésas eran lecturas que me facilitaban a mí, que presenciaba las reuniones, y muchas veces las estudiaba en el magnetófono. Al final del verano, compré incluso una vieja máquina portátil y me puse a transcribir algunas cintas para hacer un cotejo con el texto del acta y evaluar mis progresos en la escritura. Le tomé gusto, y al cabo de un año casi no cometía errores ortográficos. Y pensé que si Kriska mirase mis ejercicios, habría de enorgullecerse de su ex alumno; aunque todavía me dirigiese pocas palabras, ahora cenaba conmigo más a menudo y solía beber su vermut en casa. Por tanto, yo concluía la transcripción de las cintas antes de la cena, llevaba las hojas mecanografiadas a la mesa y las dejaba allí como olvidadas, después del café. Lavaba mis platos y me sentaba en la despensa, desde donde oía la opereta húngara que a Kriska le gustaba poner. Y si Pisti no estaba en casa, ella subía el volumen en cada nueva aria y brotaba su voz al unísono con la de la soprano. Cuando cesaba la música, yo iba a la sala y encontraba al lado de la lámpara, bajo la botella de vermut, mi trabajo corregido con lápiz rojo. Y me alegraba ver que la mayoría de los errores señalados no eran míos, sino de los insignes literatos húngaros, que, en tono de coloquio o en el calor de los debates, también incurrían en deslices gramaticales. Entonces pasaba el trabajo a limpio y a la mañana siguiente se lo entregaba al escribiente del club, junto con las cintas. El viejo Puskás Sándor miraba a su alrededor y, zas, zas, se embolsaba los papeles como si fuesen una propina. No me lo agradecía, claro, ni me miraba a la cara, medio avergonzado por recibir su trabajo listo y sin mácula, con lo que se libraba de perder el día escuchando y editando

aquellos discursos. Y se habituó tanto a tal procedimiento que si yo, por casualidad, aparecía en su despacho sin las transcripciones, clavaba sus ojos en mí y farfullaba: *lusta vastagbörü*, es decir, perezoso paquidermo. Pero no era culpa mía si de vez en cuando Kriska tenía sus recaídas, se demoraba en la calle, llegaba a casa incapaz de ayudarme. A pesar de que, gracias a sus clases tácitas, con unos meses más yo asimilaría la norma culta de la lengua, lo que me habilitaría para retocar por cuenta propia el húngaro de los mayores escritores de Hungría. Mientras tanto yo trabajaba sin tregua, renunciaba a todo ocio, hasta las tardes libres de domingo las pasaba inclinado sobre el material de la noche anterior. Como aquel domingo de primavera en que penaba para transcribir una conferencia sobre onomatopeyas, en las que, como se sabe, es muy rica la lengua magiar. Pero algunos conferenciantes, tal vez pasándose de rosca, veían sonidos de la naturaleza en la etimología de todas las palabras. Y para fundamentar sus tesis, emitían extraños ruidos con la boca, fonemas primitivos, simulaban voces de animales. Para colmo se oía todo el tiempo, en los cuatro canales de la grabación, un golpeteo metálico, *pléhek pléhek*, y a mí me correspondía darle forma literal a todos esos sonidos. También registré, con los debidos reparos, manifestaciones del auditorio y altercados entre los miembros de la mesa, pues el tema era controvertido, suscitaba protestas, burlas, insultos duros, y cuanto más se exaltaban los ánimos, más padecía el idioma vernáculo. Acabé el trabajo exhausto, y mientras rebobinaba la última cinta, e incluso después de quitarme los auriculares, continuaba oyendo: *pléhek pléhek*. Fui hasta la ventana y sólo entonces entendí que los sonidos provenían de Kriska, que andaba en patines enfrente de casa. Creo que la primavera le sentaba bien; estaba rubicunda, llevaba una falda corta, y aquella noche, en vez de comida descongelada, sirvió unos espaguetis a la boloñesa preparados en el momento. También me mandó abrir un vino italiano que sólo degusté, por miedo a que me lo cobrase a final de mes. Y antes del café, cogió los papeles que yo había llevado a la mesa y comenzó a leerlos frente a mí. No sé si por causa del Chianti, o de la primavera, no sé si por su benevolencia, pero Kriska no pestañeaba al recorrer mis páginas; un cigarrillo se esfumó entre sus dedos, y al lado de su plato permanecía intacto el lápiz rojo. Al terminar la lectura, bajó el rostro y dijo: *feddhetetlen*, o sea, impecable. Dijo la palabra con un temblor en la voz y me di cuenta de que sus ojos estaban húmedos. Entendí que Kriska había vuelto a quererme bien. Y probablemente imaginaba que yo le daría la espalda en cuanto desvelase el idioma húngaro por completo. Entonces cubrí su mano con la mía y le dije: seré para siempre tu discípulo humilde y agradecido. Aún con una lágrima bajando por su mejilla, ella sonrió y dijo: habla más, por Dios. Y yo: las mejores palabras que sé manaron de ti, deben a ti su vigor y su belleza. Y ella: sólo una vez más, te lo suplico. Y yo: mi verbo será solamente tuyo, te dedicaré mis días y mis noches. Fue cuando Kriska dijo que mi acento era muy gracioso.

Para algún inmigrante, el acento puede ser una venganza, un modo de maltratar la lengua que lo coacciona. De la lengua que no estima, él masticará las palabras que

basten para su oficio y la vida diaria, siempre las mismas palabras, ni una más. E incluso llegará a olvidarlas al final de su vida, para volver al vocabulario de su infancia. Así como se olvida el nombre de las personas más cercanas cuando la memoria empieza a perder agua como una piscina que se vacía poco a poco, así también se olvida el día de ayer y se retienen los recuerdos más profundos. Pero para quien ha adoptado una nueva lengua, como si eligiese a una madre, para quien ha buscado y amado todas sus palabras, la persistencia de un acento era un castigo injusto. Estaba yo a veces en la cama con Kriska, alabando sus cejas gruesas o su vientre desnudo, y de repente era como si le hubiese hecho cosquillas: para, Kósta, por Dios, para, y se desternillaba de risa. ¿En qué me habré equivocado, en qué consonante? Para, para, Kósta, te lo suplico. Con Pisti también pasaba por situaciones embarazosas, a pesar de mi determinación en imponerle respeto, ahora que lo tenía más o menos como hijastro; exigía ver sus notas del colegio, revisaba sus redacciones, me parecía un absurdo que los estudiantes de enseñanza media no supiesen emplear el infinitivo personal. ¿Estudiantes de qué? Yo repetía: *közéiskola*, que es como se llama el curso secundario. Y Pisti: no he entendido. Y yo: *közéiskola*. Él: de nuevo. Yo: *közéiskola*, ¿no es así como se dice? No, idiota, es *közéiskola*, y lo peor es que yo no captaba la diferencia. Me empeñaba en hablar un húngaro tan riguroso que tal vez por eso mismo sonase a veces falso. Tal vez una palabra aquí o allá, pronunciada con esmero excesivo, llamase la atención, como un ojo de cristal más real que el bueno. Por las dudas, en el Club de las Bellas Letras, aunque no me faltaban ganas, yo no decía ni pío. Al revisar las actas, en compensación, ya no me limitaba a corregir errores de lenguaje. Porque ni siquiera los escritores del calibre de un Hidegkuti István, por ejemplo, podían mostrarse inspirados todo el santo día. Algunas reflexiones asaz ordinarias, en la boca de finos intelectuales, yo mismo ya las había transcrito en acta, a disgusto. Y no raramente las reproducían en la edición mensual de la *Revista de las Bellas Letras*, que circulaba sobre todo en el medio académico. Entonces, para preservar la reputación de unos y otros, fui tomándome la libertad de sustituir ciertas estupideces por frases ingeniosas de mi autoría. Era un juego arriesgado, porque si mi intervención no llegaba a ser del agrado del individuo, la culpa recaería sobre el escribiente. Y el viejo Puskás, aun pasando por irresponsable, sería capaz de sacrificarme para salvar su empleo. Pero aquellos señores nunca se quejaron de mis palabras; por el contrario, solían recitarlas como si realmente fuesen suyas: según dije el otro día... y miraban furtivamente al viejo, que se hinchaba todo y ni furtivamente miraba hacia mi rincón. Disponiendo de mucho tiempo ocioso, Puskás Sándor había comenzado a frecuentar la biblioteca, donde gozaba de un prestigio creciente. Y en las sesiones públicas del sábado, se sentaba a la mesa entre celebridades como el prosista Hidegkuti y el poeta Kocsis Ferenc; entre bastidores lo saludaba incluso el esquivo señor ... En cuanto a mí, ya que estaba liberado de pagarle pensión a Kriska, acabé subcontratando a un técnico de sonido búlgaro para manejar el magnetófono. Y me instalé en el despacho del

viejo Puskás, seguro de que a él no le importaría prestarme su silla giratoria. Allí atendía algunas llamadas telefónicas, leía novelas, ensayos, leía los periódicos, las noticias de política local, los suplementos culturales, las páginas de deportes, incluso los anuncios por palabras. Y un día tuve la idea de publicar un anuncio, ofreciéndome para redactar monografías, tesis, discursos y obras de ficción, en el Club de las Bellas Letras. No sé si era muy ético divulgar la dirección del club con objetivos personales, y para colmo hacer horas extra en sus dependencias. Pero me parecía improbable que los miembros del club, hombres de sofisticadas lecturas, se dedicasen a leer los clasificados; en todo caso, para evitar problemas firmé el anuncio con el nombre de Puskás Sándor, escribiente. Y encargué imprimir en negrita la palabra *bizalomgerjesztő*, es decir, confidencialidad.

El anuncio salió en el *Magyar Hírlap* del domingo, y ya al día siguiente por la mañana atendí a dos clientes, un joven estudiante de Letras y una trabajadora jubilada de pelo violeta. A ésta la descarté enseguida porque me solicitaba un poema, algo que nunca había escrito; además, era una insensata, pretendía ser la destinataria del poema, en papel timbrado con el sello del Club de las Bellas Letras. El muchacho, a su vez, me encargó un artículo de cinco folios sobre el dialecto *székely*. Como el tema no me resultaba extraño, le aseguré la entrega del trabajo en veinticuatro horas, por el precio de cinco mil forintos, sin recibo. Posiblemente el más rudimentario de los dialectos húngaros, el *székely* se habla en la Transilvania oriental. Así comenzaba, en letra manuscrita, en un cuaderno nuevo abierto sobre la mesa de ébano del viejo Puskás, mi primera redacción en húngaro. Hablado en la Transilvania oriental, el *székely* es posiblemente el más rudimentario de los dialectos húngaros. De los dialectos húngaros, el *székely*, hablado en la Transilvania oriental, es posiblemente el más rudimentario. Posiblemente, de los dialectos húngaros, el más rudimentario... Acabó la tarde, el club cerró sus puertas y yo no avanzaba en la tarea. Volví a casa irritado, me negué a cenar y me aislé en la despensa, que mantenía como despacho particular; encendí el ordenador, la estufa eléctrica, un cigarrillo. En la Transilvania oriental... Dejé un poco de lado la redacción y meforcé a retomar mi trabajo cotidiano, los auriculares, la transcripción de las cintas, la revisión del texto. Acabé con el acta, Kriska canturreaba en la habitación, pero yo aún no podía ir a la cama, estaba en juego mi futuro profesional. El *székely*, posiblemente el más rudimentario de los dialectos húngaros... Hacía menos de un mes, por casualidad, en la fila del estanco, un tipo extraño que estaba delante de mí había pedido un paquete de cigarrillos Facskë. Lo corregí: perdone, caballero, la pronunciación correcta es *fecske*. Pero él insistió: *fecskë*. Señalé la propaganda que había frente a él, le mostré el dibujo de la golondrina, subrayé la marca, letra por letra: es *fecske*, ¿no sabe leer? Y él, gruñendo: *fecskë*. Es *fecske*. *Fecskë*. Podríamos haber llegado a las manos si no hubiese sido por el estanquero, que medió en la pendencia; ambos llevábamos razón, yo, con mi hablar primoroso de ciudadano budapestino, y él, con su legítimo dialecto de la tierra *székely*. Acabé confraternizando con el campesino; lo llevé a un café de la

plaza Czibor, lo invité a cuatro o cinco aguardientes y recogí algunos hábitos de su lengua. Después anduvimos por calles de Pest que él no conocía, jugamos a los bolos, comimos salchichas, en el *sex shop* se desmelenó, salió diciendo tetas, coño y culo en dialecto. Seguimos hacia un centro comercial, insistí para que subiese por la escalera mecánica, entramos en varias *boutiques*, se compró unas gafas oscuras, recibió de regalo un gorro inglés, tomamos cerveza en la terraza panorámica, pero ahí me harté de su manera de ser. Pagué mi consumición, me levanté, bajé la escalera mecánica y él me siguió. Estaba desahogado, comenzó a hablar demasiado alto, decía tetas, coño y culo, y aun en dialecto todo el mundo lo entendía. Crucé la calle fuera del paso de cebra, me alcanzó, me metí en un taxi, oí que seguía diciendo *facskë, facskë*, y casi le aplasté los dedos al cerrar la puerta. Gracias a aquel episodio, sin embargo, comencé a interesarme por los diversos dialectos húngaros. Saqué unos libros de la biblioteca y reuní algunas informaciones al respecto, sin imaginar que pudiesen servirme tan pronto. Pero, aunque fuesen escasos mis conocimientos lingüísticos y antropológicos, creía disponer de recursos de estilo suficientes para llenar de manera brillante folios y folios de un trabajo universitario. Y mientras tanto, en la Transilvania oriental... Fumé, fumé, intenté escribir sobre otra cosa, un objeto en mi mano, el paquete de cigarrillos, por ejemplo. Esboqué algunas líneas inspiradas en mi paquete de cigarrillos, recobré aliento, seguí adelante. Incluso comencé a divertirme, a reírme del inusitado curso de mi propia escritura. Las frases eran mías, pero no eran frases. Las palabras eran las mías, pero con otro peso. Escribía como si anduviese en mi casa, pero bajo el agua. Era como si mi texto en prosa adquiriese la forma de la poesía. Yo no sabía escribir poesía, y, sin embargo, estaba escribiendo un poema sobre golondrinas. Sé que era poesía, porque resultaba intraducible, a no ser para el dialecto *székely*, donde en la palabra *golondrina*, *fecskë*, también suena ese batir de *alas*, *fecske*. Concluí el poema y lo releí muchas veces en la pantalla, en voz baja, estupefacto. Y al divisar a través del humo el bulto de Kriska, le dije que era un hombre feliz y que iría ya, ya a la cama. Kriska me respondió que fuera hacía sol y que tenía cara de loco. Pero no, yo estaba mordiéndome la lengua, porque no podía revelarles que había sido escritor en mi lengua nativa. Ni me creería si le dijese que en lengua húngara me había convertido, simplemente, en un poeta.

En las conferencias del sábado por la noche yo me ocupaba de la mesa de sonido, para evitar que Kriska se enterase de la existencia del técnico de sonido búlgaro; sin duda me preguntaría a qué me dedicaba en las horas libres. Y yo pasaba las horas libres al buen tuntún en el despacho del escribiente, a la espera de clientes que se interesasen por la poesía. Guardaba mi único poema, el de la golondrina, en el bolsillo de la chaqueta azul marino, manuscrito en papel timbrado del club. Contaba con vendérselo a la trabajadora jubilada que lo había encargado, y estiraba el cuello en el pasillo en busca de ella en las conferencias del sábado por la noche. Especialmente durante las presentaciones de Kocsis Ferenc, el emérito poeta, el bienamado de todas las jubiladas de pelo violeta. Sin embargo, viéndolas reunidas en

el auditorio, no lograba distinguir a la mía. Eran decenas de señoras las que aguardaban a Kocsis Ferenc boquiabiertas, tenían la costumbre de seguir sus poemas a coro, como con un cantante de antiguos éxitos. Hasta yo sabía de memoria esos poemas, pues Kocsis Ferenc repetía siempre los mismos. Y cerraba la exhibición con su caballo de batalla, un poema épico que las jubiladas declamaban *in crescendo*, para culminar en el verso: *egyetlen, érintetlen, lefordíthatatlan!* Tenía la impresión de conocer ese verso de un tiempo distante, antes aun de conocer el idioma; el propio Kocsis me recordaba a un poeta húngaro que yo había conocido en Brasil muchos años atrás. Pero, además de las marcas del tiempo, había desgastes de otra naturaleza que separaban a aquel poeta altivo de este señor de ojos sin brillo. Y yo me compadecía de él los sábados por la noche porque, salvo las mujeres de cabeza violeta, el público no lo recibía bien. A la simple mención de su presencia, se oían refunfuños de los espectadores. Se lanzaban comentarios irreverentes en las pausas de sus versos, y gente más joven, o exigente, como Kriska, abandonaba la sala en pleno recital. Sus compañeros de mesa se miraban entre sí, susurraban, reían a hurtadillas, y el señor ..., asiduo en los bastidores, me hacía señas indicándome que parase la grabación que yo ya había parado. Tampoco en la biblioteca el clima era favorable a Kocsis Ferenc, entre semana, tal vez porque no gozaba de la estima del señor ... En el ámbito del Club de las Bellas Letras, el señor ... ejercía gran influencia, aun siendo hombre de pocas palabras, sin obra publicada, al menos que yo entonces supiese. A todos los oía con interés, si no con paciencia, pero cuando era Kocsis Ferenc quien se manifestaba, miraba al suelo y sacudía la cabeza. Bastaba para que el poeta perdiese el rumbo, y sus ya turbios pensamientos se quedaban inconclusos, sus raras intervenciones acababan eliminadas en la edición del acta. Últimamente, además, cuando iba al club, pasaba por la biblioteca sólo para firmar el libro de asistencias, después salía a vagar por los pasillos. Hablaba solo, silabeaba palabras con la punta de los dedos, y un día invadió el despacho, despavorido. Papel, me pidió un papel con urgencia, y sin pensarlo dos veces le pasé el cuaderno sin usar que había comprado para mis futuras poesías. Se sentó frente a mí, del otro lado de la mesa de ébano, en la silla reservada a mis clientes. Abrió el cuaderno, sacó del bolsillo una pluma anticuada, desenroscó el capuchón con dificultad, y su mano temblaba, temblaba como si escribiese frenéticamente, en el aire. Pero no bien apoyó la pluma en el papel, se le pasó el temblor, la mano se inmovilizó, no surgió ninguna palabra. Miré el semblante del poeta, vi gotas de sudor en los surcos de su frente, vi dientes amarillos, pensé que el poeta estaba riéndose, pero era un rictus de su boca. Después sus nervios fueron relajándose, sus hombros cedieron, todo su cuerpo se aflojó, la pluma se le escurrió de la mano, y, con la boca floja, Kocsis Ferenc dijo: lo he perdido. Se retiró despacio sin decir nada más, no tenía por qué hablar, ni siquiera debía de saber bien quién era yo. Y, no obstante, bien o mal, había estrenado mi cuaderno de poesía. Había dejado un punto negro en lo alto de la primera página, allí donde había hincado la pluma. Y a partir de aquel punto escribí un verso, después



otro, y uno más. Leí mis tres versos y me quedé satisfecho, tal vez fuesen aquellas mismas las palabras que Kocsis Ferenc estaba persiguiendo desde hacía años. Al día siguiente, escribí una nueva estrofa de tres versos que, sin duda, también le habría gustado escribir a Kocsis. Ya los tres versos del tercer día me parecieron de un nivel más elevado, aunque aún recordasen, lejanamente, el estilo de Kocsis Ferenc. De entonces en adelante, cada día se me ocurría una estrofa mejor que la de la víspera, y completé mi cuaderno de poesía con versos que Kocsis Ferenc jamás habría soñado escribir. Preví su asombro cuando fijase sus ojos en aquella obra, firmada con su nombre, y conmovido decidí no cobrar nada por un trabajo que, a fin de cuentas, no me había costado nada. Cierta mañana lo seguí a distancia por los pasillos hasta verlo entrar en el cuarto de baño. Meábamos uno al lado del otro, cuando en silencio le entregué el cuaderno con el extenso poema, titulado *Titkos Háromsoros Vércszakok*, es decir, *Tercetos secretos*.

La lengua magiar no se aprende en los libros. ¿Qué has dicho? La lengua magiar no se aprende en los libros, repetí al oído de Kriska. Era para recordarle la primera frase que me había dicho con ocasión de nuestro primer encuentro en aquella misma librería. A Kriska le costó entender, después me susurró algo a lo que no presté atención, porque yo intentaba captar los cuchicheos de una pareja que estaba detrás de mí. A pesar de reunir a un mundo de gente, el lanzamiento de *Tercetos secretos* transcurría en una atmósfera casi reverencial. Un cuarteto de cuerda tocaba en el entresuelo y no era fácil pescar una palabra en el murmullo de las personas que empuñaban, exhibían, alisaban, hojeaban, hablaban del libro por los rincones. Unas cámaras filmaban un documental con Kocsis Ferenc y la cola de los autógrafos no avanzaba. Siempre que llegaba a la mesa un artista, una mujer glamurosa, Kocsis se levantaba, le tendía la mano, volvía a sentarse, se levantaba, le tendía la mano, volvía a sentarse, y así muchas veces, para que se registrase la escena desde varios ángulos. De repente entraba un ministro o un senador, comitivas oficiales irrumpían en la cola, la cola retrocedía e íbamos a parar debajo de la marquesina. Estábamos mojándonos con la lluvia cuando me sublevé: es inconcebible que un acontecimiento cultural de esta envergadura se transforme en festejo de privilegiados. Kriska me pidió que bajase el tono, pero los vecinos de la cola me apoyaban con señas de la cabeza. No, Fülemlüle Krisztina, no es justo que sufran al sereno los verdaderos aficionados a la alta literatura. Aquella noche sentí que mi hablar en húngaro alcanzaba la perfección, tal vez levemente nasalizado, a la manera de las viejas familias de Buda, y varios individuos se acercaron a darme la mano. Acompáñame, Fülemlüle Krisztina, ya basta de seguir andando de espaldas en medio de esta gentuza. La arrastré por el brazo y, desdeñando algunos insultos, me dirigí hasta el fondo de la librería, donde tropecé con unos mastodontes alrededor de la mesa. Poeta, grité, blandiendo mi ejemplar, ¿no vas a honrarme con un autógrafo? ¡Corta!, gritó el director de la película; se apagaron los reflectores y un pelota me interpeló: ¿quién te crees que eres? Pregúntaselo al poeta, criatura amorfa, dije, y Kocsis Ferenc hizo una seña para que me abriesen

paso. Dejé en la mesa mi libro, que le costó firmar, con la mano temblando junto a la página en blanco. Es para Zsoze Kósta, dije, no me digas que has olvidado el nombre de tu servidor. A Zsoze Kósta, cordialmente, K., fue su dedicatoria. Cogí enseguida el ejemplar de las manos de Kriska: éste es para mi amada, Fülemlüle Krisztina. Me volví hacia las cámaras: trabajad a gusto, amigos, no os privéis de filmar a mi bella esposa. Ya vale, Kósta, dijo Kriska, pero los reflectores se encendieron y Kocsis Ferenc se levantó tres veces para saludarla, después autografió el libro: a Fülemlüle Krisztina, cordialmente, K. Yo pretendía disfrutar un poco más de la recepción, oír violines, probar bebidas y canapés, pero Kriska estaba inquieta, salió de la librería a buscar un taxi. La convencí y volvimos a casa a pie, pues la lluvia había parado y aquella era la primera noche fresca de la primavera. Bajando la avenida Bozsik, con sus abedules en flor, no me resistí a recitar las páginas iniciales del libro, que, con gafas, fingía leer. Estaba seguro de que Kriska se deleitaría con los tercetos del «Introito Ornítico», donde las palabras imitaban el canto matinal de los pájaros húngaros. De hecho, me escuchó tan silenciosa que decidí proseguir el poema, por lo menos hasta la «Sinfonía de las ninfómanas», con la que contaba arrancarle algunas risas maliciosas. Pero ella no se rió, tal vez porque había vuelto a lloviznar, lo que nos forzó a apretar el paso. Y por andar deprisa, automáticamente yo aceleraba mi recitado, en perjuicio de la interpretación. Ya cerca de casa la lluvia arreció y nos refugiamos bajo un álamo. Fue providencial porque el poema llegaba al clímax y allí podía declamarlo con las inflexiones apropiadas. Y con un nudo en la garganta recité los tercetos finales de «Crepúsculos especulares». Cerré el libro, que, empapado, casi se deshacía en mis manos, y le pregunté a Kriska: ¿qué te ha parecido? Así así, dijo. ¿Así así cómo? Entonces miró la calle llena de charcos, miró la lluvia que no amainaba y decidió: vámonos ahora; se quitó los zapatos de tacón y salió corriendo con ellos en la mano. ¿Así así cómo?, pregunté al entrar en casa, y Pisti, que fumaba tumbado en el diván, protestó por la hora, dijo estar muerto de hambre. Kriska fue a la cocina y, mientras me cambiaba de ropa, yo rumiaba su así así. ¿Así así cómo?, pregunté, ya en la mesa del comedor. Es una opinión, vaya. Una opinión, ¿y qué entiende de literatura una mujer que vive de leer historias triviales a mentecatos? Kriska comió, bebió un trago de vino, se quedó muda. No me tomes a mal, querida Kriska, pero puedo asegurarte que nuestro Pisti es más sensible que tú a la poesía de Kocsis Ferenc. Abrí el libro y le recité a Pisti «Rapsodia de la diáspora», sin duda los tercetos más exuberantes. ¿Qué me dices, Pisti? Y Pisti respondió: mortífero, adjetivo que en el argot de la juventud húngara se aplica a cosas excepcionales, para bien o para mal. ¿Mortífero bueno o malo? Mortífero así así, dijo Pisti. Entonces me puse furioso, hablé del prefacio del libro, firmado por el profesor Buzanszky Zoltán, hablé de los elogios a Kocsis Ferenc que había oído a gente eminente en la cola de los autógrafos. Pues bien, Kósta, hay quien aprecia lo exótico, dijo Kriska. ¿Exótico? ¿Cómo exótico? Es que el poema no parece húngaro, Kósta. ¿Qué dices? Parece que no es húngaro el poema, Kósta. No me ofendieron tanto las palabras cuanto la manera

cándida con que Kriska las pronunció. Y dijo más: es como si estuviese escrito con acento extranjero, Kósta. Emitió esta sentencia casi cantando, y por eso perdí la cabeza. Cogí mi plato de espaguetis y lo lancé contra la pared. El plato se hizo añicos, y en la pared quedó aquel mazacote de tomate y carne picada, junto con gran parte de la pasta, que era pegajosa porque Kriska nunca atinaba con el punto de cocción. Había sido un gesto brutal el mío, pero insuficiente para apaciguarme. Necesité también mirarla a la cara y gritar que odiaba los espaguetis a la boloñesa. Se produjo un silencio hasta que Pisti señaló la pared y dijo: mortífero. Kriska se levantó, caminó despacio hacia la cocina, volvió con una escoba, un recogedor, un cubo con agua, un trapo, y me irritó verla agachada, como si orinase, con el vestido aún mojado de lluvia goteando en el suelo. Recogió los restos del plato, la comida alrededor de sus zuecos, quitó la suciedad espesa de la pared, fue a la cocina, regresó con una esponja. Pasaba la esponja por la pared con movimientos amplios, extendía a propósito la mancha roja, y comprendí que en aquella casa ya no habría lugar para mí.

Mis pertenencias cupieron en una bolsa de mano, había estrellas en el cielo, fui en dirección al centro de la ciudad. Pero mucho antes del centro encontré un hotel de apariencia modesta, con su nombre, Zakariás, en letras de hierro sobre la puerta. Toqué la campanilla del mostrador, y una tabla de precios indicaba la tarifa diaria de cuatro mil forintos por una habitación individual. Calculé que podría alojarme allí durante más de un mes, pues Kocsis Ferenc había insistido en remunerar mi trabajo, una astilla de doscientos mil forintos. Iba a tocar la campanilla de nuevo cuando apareció un viejecito acomodándose los tirantes. Pidió mis documentos en un inglés horrible, dijo Mister Costa, Mister Costa, revisó un cajón, dijo *yes* y añadió que me esperaban desde el miércoles. Me dio la llave de la 713 y una tarjeta plastificada, impresa con el nombre Mr. Costa y, abajo, Brasil. Me quedé perplejo, miré la tarjeta, luego al viejecito, quien me informó de que la reunión era en el subsuelo. Entonces entendí que el hotel Zakariás de Budapest hospedaba el encuentro anual de autores anónimos. No había vuelto a buscarlos, por algún motivo me consideraba indigno de ellos, y me conmovió que, aun así, contaran siempre conmigo. Bajé las escaleras y, al abrir la puerta al final del pasillo, me encontré en una sala sin ventanas, con sillas puestas en fila, desde donde unas treinta cabezas se volvieron hacia mí. Identifiqué de inmediato aquellos rostros y tuve un escalofrío. No los veía desde Estambul, hacía no sé cuántos años, y podría bien o mal admirar el paso del tiempo en cada rostro, si en cada rostro me detenía un poco. Pero ver todos los rostros de una vez fue aterrador, fue como si se hubiesen vuelto decrepitos en aquel preciso instante. Otros rostros que recordaba envejecidos ya no estaban allí, y en el otro extremo de la sala, el hombre que estaba de pie, ni viejo ni joven, que, ajeno a mi llegada, continuaba con su lectura al micrófono, no pertenecía a mi memoria. Era un hombre tan próximo y presente que, en una sala de gente remota, vacilaba en reconocerlo. Tampoco me resultaba extraño el texto que leía en húngaro, aunque no lo hubiese seguido desde el principio. Me acordaba de las frases que oía, pero no comprendía sus circunstancias, como si

estuviese en una casa conocida sin recordarla por fuera. A duras penas recompuse más o menos aquella historia, que parecía tratar de un psicoanalista chepudo, en un cuento llamado, si no me equivoco, «Interrogar conejos». Y quien lo leía era él mismo, el señor ..., con una voz ronca que no estaba seguro de haber oído antes. Voz adecuada a un relato lleno de situaciones macabras, ante las cuales no reaccionaban los espectadores, con auriculares. Pero más adelante, en un pasaje trivial, decían oh, porque ni el más rápido intérprete es capaz de hacer traducción simultánea de la lengua húngara. Había unos seis intérpretes instalados con su equipo en la última fila, donde también me acomodé para no perturbar la sesión. Y cuando el señor ... acabó de leer el cuento, oí la reverberación de su trágico desenlace durante un minuto, en seis lenguas diferentes. Entonces el público prorrumpió en una ovación, seguida de copiosas risas después de que el señor ... diese el nombre del supuesto autor, Hidegkuti István, y enumeró los premios literarios concedidos al célebre cuentista. Aplaudí también, por delicadeza, pues, en rigor, no me impresionaba la prosa de Hidegkuti o del señor ... También es verdad que, a partir de cierto punto, no le había prestado mayor atención, pues el cuento era algo prolijo y a mí ya me hormigueaban las manos, ansioso por coger aquel micrófono. Pero el señor ... no pretendía soltarlo tan pronto; agitando su cabellera negra, se puso a leer fragmentos de sus novelas, ensayos, piezas dramáticas, obras atribuidas a autores muy heterogéneos, y que entre ellos no hubiese un poeta me tranquilizó. Casi afónico, concluyó su presentación con un puñado de generosas críticas de aquellas mismas obras, que había publicado en la prensa con la firma del venerable profesor Buzanszky Zoltán, lo que llevó a los asistentes a aclamarlo de pie. Y antes de que alguien se apoderase del micrófono, saqué mi libro de la bolsa y crucé la sala a grandes pasos. Me coloqué al lado del señor ..., que tenía en la solapa la tarjeta de identificación: Mr. ..., Hungary, y esperé a que se colocase contra el pecho sus libros con encuadernación de cuero. Sólo entonces me vio, me reconoció, y estuvo a punto de desmoronarse la pila de libros; los equilibró con el mentón y me miró de arriba abajo, a pesar de ser mucho más pequeño que yo. Se sentó en una silla lateral, abarrotó otras dos con los libros y, al ver en mis manos un libro húmedo en rústica, descabalado, con las tapas sueltas, se recostó en el asiento, con las piernas abiertas. Se puso rígido, sin embargo, en cuanto anuncié los *Tercetos secretos*, poema de mi autoría otorgado al emérito Kocsis Ferenc, con prefacio del venerable profesor Buzanszky Zoltán. Pretendía leer, pero no leí, el prefacio, un auténtico Buzanszky, cuyo estilo, tan superior al suyo, podría humillar al señor ... Preferí humillarlo con la poesía, arte que él ignoraba, y que lo haría sufrir mucho más por no saber dónde le dolía. Yo declamaba los versos lentamente, había palabras que casi deletreaba, por el placer de verlo revolverse en la silla. Hacía largas pausas, silencios que sólo un poeta se permite, y él bajaba la cabeza, miraba hacia los lados, hacia sus montones de libros, llegó a juntarlos en su regazo, hizo ademán de retirarse. Pero yo estaba por encima, con mis tercetos en la punta de la lengua, estaba declamando «Apoteosis de los poetas» y sabía que se

quedaría sentado hasta el final. Poco me ocupé de los demás espectadores, unos enjugándose los ojos, unos hallándolo todo muy gracioso, otros vueltos hacia los intérpretes, que parecían mesarse los cabellos en el fondo de la sala; ante la inviable tarea de traducir un poema húngaro, imagino que cada cual decía lo que se le ocurría. Era ante el señor ... ante quien me exhibía, y le hice una reverencia al acabar el poema, bajo bravos y rechiflas. Crucé raudo la sala, encontré el ascensor averiado, subí las escaleras con un ímpetu que fue menguando a partir del tercer tramo. Me llevó horas llegar con mi bolsa de mano al séptimo piso, jadeando y apoyándome en las paredes. Entré en la habitación con náuseas, fui al retrete, me metí el dedo en la garganta, pero no había cenado, no tenía nada que vomitar. Me acosté, sentí la falta de Kriska, el teléfono no daba línea. Pensé en volver a casa, pero ya no tenía fuerzas, ya no tenía las llaves, mi cabeza giraba, el poema giraba en mi cabeza y ya no quería saber nada de ningún poema. Por suerte estaba muy entrada la noche y aparecía una tenue claridad en las rendijas de la ventana cuando llamaron a la puerta. Me levanté aún mareado, creyendo que era el desayuno, y habría sido capaz de abrazar al camarero, besarlo en las mejillas; estaba muerto de hambre, me habría comido siete panecillos de calabaza sin masticarlos. Pero en el pasillo se presentó un hombre robusto como agente Grosics, de la Policía Federal. Me preguntó si yo era el señor Zsoze Kósta, empleado del Club de las Bellas Letras, y me pidió el pasaporte. Lo manoseó, me preguntó si por casualidad no llevaba otros papeles, un visado de permanencia, un permiso de trabajo, me señaló que mi situación en el país era del todo irregular. Me exigió mi billete aéreo, pero yo no lo había conservado, ya no servía, había ido a Budapest sin pasaje de vuelta. Me recomendó que recurriese a mi embajada, en caso de que me faltasen recursos para el viaje; tenía cuarenta y ocho horas para dejar el territorio húngaro definitivamente.

Deambulé con la bolsa de mano por las calles de Pest hasta que la compañía aérea abriese las puertas. La empleada que me atendió a duras penas chapurreaba el húngaro, pero con un poco de francés la ayudé a confirmar mi partida en el vuelo del domingo por la tarde. Enseguida me quedé asombrado por haber hablado francés. Y con mayor asombro me vi resignado, después aliviado, después casi feliz por estar despidiéndome de la lengua húngara. *Guanabara*, murmuré, *goiabada*, *Pão de Açúcar*. Dije *arrivederci*, hablé alemán en medio de la calle, hasta recordé algunas palabras de turco. Picoteaba palabras aquí y allá de lenguas que había conocido, un poco como un recién separado que sale a visitar a antiguas novias. Al chófer del taxi me dirigí en inglés, dejando que me tomase por un forastero incauto, que diese vueltas y vueltas camino de la calle Tóth; los forintos que me quedaban, aunque escasos, no sabría en qué gastarlos durante un día y medio en Budapest. Hasta podría ir derecho al aeropuerto y matar el tiempo allí, tomar unas copas, pasar al *duty free*, dormir un rato en la sala de embarque, si no tuviese que decirle adiós a Kriska y dejarle un recuerdo mejor que un plato arrojado a la pared. Pero al entrar en nuestra calle, de lejos avisté la urbanización de casas adosadas, y entre decenas de tejados

idénticos, distinguí el medio tejado que me había albergado tantos años. Y me acordé de Kriska en el umbral, recibíendome por primera vez: Zsoze Kósta... Zsoze Kósta... Mentalmente respondí: estoy llegando casi, guapa, blanca, cigarrillos Fecske, mesa, café, patines, bicicleta, ventana, juego del volante, alegría, uno, dos, tres, nueve, diez, y volví en mí; aprender el idioma húngaro había sido un juego de niños, lo realmente difícil sería borrarlo de la mente. Y me estremecí al imaginar que, en breve, lejos de Kriska y de su tierra, todas las palabras húngaras me servirían tan poco como esas monedas que sobran en los bolsillos de quien regresa. Le pedí al taxista: déjeme a la derecha, después de aquel camión viejo, en el número 84. Y me miró extrañado, no porque de repente hablase húngaro, sino por decir una frase tan vulgar con una voz ahogada. Soy yo, dije bajito por el intercomunicador, y pasado un momento Pisti abrió el portón automático. Encontré la puerta de la casa abierta, la sala vacía, observé la pared, que a primera vista estaba incólume. De cerca, sin embargo, eran visibles algunos residuos rojos y marrones en su superficie áspera. Kriska, sentada en la cama, con las ventanas de la habitación cerradas, la luz oblicua de la lámpara que resaltaba sus pómulos, tenía un aire oriental. Me acerqué con prudencia, me senté a su lado, al rato le cogí la mano; ella no dijo nada ni yo sabía qué decir. Me relajé, me tumbé, apoyé el rostro en su regazo, y de súbito me acometió un espasmo, una sensación de estrangulamiento, unos jadeos violentos, mis sollozos eran como los gruñidos de un cerdo, y tardé en comprender lo que estaba sucediéndome. Mis ojos se anegaron, mis mejillas, toda mi cara, el camisón de Kriska, chupé el camisón de Kriska para comprobar el sabor de las lágrimas. Y Kriska hablaba: no es nada, no es nada, ya pasó, ya pasó, pensando que yo lloraba por la mancha de la pared. Algún día la pintaremos, dijo, y con la punta de las uñas me rozaba la calva y decía: duerme, duerme, duerme. Me desperté con Kriska abriendo de par en par la ventana de la habitación y hacía sol fuera. Ella llevaba bermudas y dijo que había mandado a Pisti a pasar el fin de semana en casa de su padre. Abrió mi bolsa, echó en la cama la ropa hecha un revoltijo, me hizo ponerme el vaquero. Y me prestó una camisa de Pisti, verde y blanca, con el número 9 del centro delantero del Ferencváros, camisa que me marcaba mucho la tripa. Había preparado una cesta con queso y vino, había programado para nosotros una tarde en la isla de Margit.

Soplaba mucho el viento en la isla de Margit, la toalla se agitaba, volaban las servilletas de papel y Kriska se reía. Volaba su sombrero de paja y ella señalaba mi cabeza, mis pocos pelos también se agitaban, ella se desternillaba de risa. Fuimos a casa a cambiarnos de ropa, planchó mi traje azul marino y se puso un traje sastre color rosa. Era sábado por la noche, pero no iría al club de ninguna manera. Afortunadamente ella misma sugirió que fuésemos a bailar, pues no pasaba nada por faltar al trabajo una vez en la vida, además... Iba a decir que, además, nos libraríamos de oír los tercetos de Kocsis Ferenc. Además, es nuestro aniversario de novios, inventó en el acto. Fuimos a la sala de baile con pista giratoria, bailamos como locos, después comimos una pizza en la ciudad vieja y me llevé del restaurante

una botella de vino Tokaj. Andábamos abrazados, medio de lado, soplaba demasiado el viento en el puente y el Danubio estaba muy revuelto. Bebimos el Tokaj en su diván, cantando a dúo la desgarradora balada de la hija de Barba Azul. En su habitación, se desnudó con la luz apagada y dijo: ven. Me acosté encima de ella, y hasta en la oscuridad veía la expresión de su rostro, me gustaba verla así, trastornada, los ojos girando sin parar, como si no supiese dónde estaba yo. Cuando se durmió, intenté reanimarla, la sacudí, le pedí que dijese alguna cosa, ¿qué cosa?, cualquier cosa. Mañana pintaremos... fue lo que balbució. Me quedé despierto, atento a las agujas fosforescentes del despertador. Fumé los cigarrillos que tenía, cogí un paquete de la mesa de Kriska, lo acabé también. Me levanté al mediodía, me di una ducha, me vestí, Kriska dormía totalmente desnuda, y en la penumbra tenía el mismo cuerpo de cuando la conocí. Recogí mi ropa caída en la moqueta, la metí de vuelta en la bolsa de mano, cerré la bolsa. Y volví a abrirla, cerré y abrí la cremallera varias veces, porque despertar a Kriska con un ruido metálico me pareció más honesto que llamarla dulcemente por su nombre. Kriska encendió la lámpara, saltó de la cama, miró la bolsa, me miró, miró la bolsa, me miró, y yo le dije adiós. Dije que me iba a Río de Janeiro, Brasil, más que eso no debía decirle. Me miró fijamente, pero no le contaría que me habían expulsado del país. No le hablaría de un agente de policía que me había sorprendido de madrugada, en un hotel oscuro, movido sin duda por una denuncia anónima. No podía revelar el nombre del escritor anónimo, envidioso de mis versos, a quien había desafiado en una reunión secreta de escritores anónimos. Y por nada del mundo le confesaría que yo era también un escritor anónimo, autor de un libro de poesía que, para colmo, a ella le parecía así así. Me quedé inmóvil, dejándola pensar lo que quisiese, y esperé a que me escupiera en la boca y me arañase la cara, después me clavase aquellas uñas en los ojos y me los arrancara de las órbitas, todo lo soportaría. Kriska, sin embargo, no alzó las manos, prefirió no tocarme. Respiró hondo, abrió la boca para decir algo, y sentí que, sólo con una palabra, me causaría un daño mayor. Sólo con una palabra Kriska me cubriría de vergüenza, me mutilaría, me haría andar torcido de arrepentimiento el resto de mi vida. La palabra estaba allí, en sus labios vacilantes, debía de ser una palabra que ella nunca se había atrevido a pronunciar. Debía de ser una palabra arcaica, derivada de la voz de algún ave nocturna, una palabra caída en desuso de tan atroz. Debía de ser la única palabra que yo no conocía, en todo el vocabulario magiar; debía de ser una palabra estupenda. Entonces no me contuve y supliqué: ¡habla! Kriska no habló. Soltó todo el aire que tenía, balanceó la cabeza, regresó a la cama, se tapó, se volvió hacia un lado y apagó la luz.

## Al son de un mar

Las mañanitas eran propicias para las caminatas por la orilla, sobre todo bajo la espesa niebla, al son de un mar sereno. De los automóviles de la avenida sólo se veían los faros encendidos, nadie tocaba el claxon, nadie toca el claxon en lo invisible. Y yo iba a pasos cadenciosos, con arranques esporádicos, porque no me gustaba que se pusiesen a la par conmigo. Apenas aparecían los caminantes en sentido contrario, ya habían pasado, y con ellos, palabras sueltas, pedazos de palabras. Más tarde comenzaba a afinarse la bruma, y escampando las montañas, venía la ciudad queriendo exhibir su piel. Sin embargo, por más que riesen y balanceasen el cuerpo las personas con las que me encontraba, no me parecían habituadas al ambiente. A veces las veía como figurantes de una película que caminasen de allá para acá, o pedaleasen en el carril bici bajo el mando del director. Y las patinadoras serían profesionales, ganarían un sueldo los chicos de la calle, al volante de los coches habría dobles, haciendo barbaridades en la avenida. Creo que había conservado de la ciudad un recuerdo fotográfico, y ahora todo lo que se movía a través de ella me daba la impresión de un artificio. Por fin me sentaba en un banco a la orilla del mar y me quedaba observando los barcos; hasta el océano, en mi memoria, había estado a punto de estancarse. Pero no duraba mucho mi recogimiento, pues algún desocupado acababa siempre sentándose conmigo. Y sacaba algún tema de conversación, sin sospechar que entrometerse en mis oídos en aquel momento equivalía a cortarme la respiración. Me tocaba el hombro, la rodilla, sin duda me tomaba por otro, se remontaba a acontecimientos que yo habría presenciado, mencionaba a personas de mi supuesta intimidad. O llegaba con un periódico para compartir las cabeceras, que se referían a hechos y nombres que no me decían nada. Han cogido a los delincuentes, ¿has visto?, y con el dorso de la mano el individuo sopapeaba una foto oscura, en un periódico con la tinta de las letras corrida. Mira los delincuentes, y me mostraba la foto de dos cuerpos tumbados en el asfalto, un negro y un mulato. Yo miraba la foto, desviaba los ojos hacia la playa, hacia las niñas que jugaban al voleibol, volvía a mirar la foto, un negro gordo y un mulato alto, decapitados. Los delincuentes de la lechería, ¿te acuerdas de ellos?, claro que los recuerdas, los recuerdas, ¿no?, míralos ahí. Yo necesitaba un tiempo para enterarme de las cosas que pasaban, y ya la primera noche en Río había llegado a oír conversaciones en la calle sin entender de qué trataban, hasta que me detuve al final en un bar de zumos lleno de gente joven. Allí, durante unos segundos, tuve la



sensación de haber desembarcado en un país de lengua desconocida, lo que para mí era siempre una buena sensación, era como si la vida fuese a comenzar de cero. Luego reconocí las palabras brasileñas, pero, aun así, era casi un idioma nuevo el que oía, no por algún que otro término en argot más reciente, vocablos corrompidos, confusiones gramaticales. Lo que me llamaba la atención era realmente una nueva sonoridad, había un metabolismo en la lengua hablada que tal vez sólo percibirían los oídos desacostumbrados. Como una música diferente que un viajero, después de una ausencia prolongada, pudiese sorprender al abrir de pronto la puerta de una habitación. Y dentro del bar de zumos yo hacía el más extenso de mis viajes, pues había muchos años de distancia entre mi lengua, tal como la recordaba, y aquella que ahora oía, entre afligido y absorto. Así, sin querer, me apoyé en la barra, me acerqué a dos de los muchachos más habladores, me puse a mirarlos de reojo, y por ello debo de haberlos molestado, porque de repente ambos se callaron y se giraron hacia mí. Eran jóvenes musculosos, con la cabeza rapada y abundantes tatuajes, uno con reptiles que le subían por los brazos, el otro con una especie de jeroglíficos distribuidos por el pecho desnudo. Masticaban sándwiches con la boca abierta, me miraban con desprecio, tal vez pensaban, quién sabe, que yo era maricón. Disimulé, miré la fruta expuesta en el local, salí andando despacio, presentí unos pasos de botas a mis espaldas, me apresuré. Cerca de la esquina, creí que ya no estaban pendientes de mí, y de hecho estaban quietos junto a una moto cuando me volví para mirarlos. Y sin duda fue esa mirada hacia atrás lo que acabó de irritarlos; debían de ser de esos *skin heads* que disfrutaban moliendo a palos a los mariquitas. Oí roncar la moto, giré por una transversal sin mano para ellos, eché a correr sabiendo que era inútil, porque ya subían a contramano y me alcanzarían cuando les diese la gana. Doblé a la izquierda de nuevo, era una calle más oscura, y recorrí una calle más con la moto detrás de mí, junto al bordillo. Me cansé, reduje el paso, y ellos avanzaban a tumbos, acelerando y frenando, lanzando estampidos con el escape suelto, pretendían acabar con mis nervios. Entonces me paré y me encogí de hombros, a la espera de que me saltasen al cuello y terminara aquella historia de una vez. Pasaron delante de mí, luego subieron con la moto a la acera, se apearon, el conductor se agachó para observar el motor y el acompañante miró en mi dirección. Se acercó andando con un cigarrillo en la boca y me hizo una señal con los dedos, pidiéndome fuego. Palpé el bolsillo donde solía llevar los cigarros, estaba vacío, pero él seguía avanzando, se pegó prácticamente a mí. Era un palmo más alto que yo, mis ojos daban a su pecho, y durante un instante imaginé que podría descifrar los jeroglíficos que llevaba tatuados. Después miré los ojos con que me observaba, y eran ojos femeninos, muy negros, yo conocía aquellos ojos, era Joaquinziño. Sí, era mi hijo, y faltó poco para que pronunciase su nombre; si le sonriese y le abriese los brazos, si le diese un abrazo paternal, tal vez no entendería. O tal vez supiese desde el principio que yo era su padre y por eso me miraba de aquel modo, por eso me acorralaba en el muro. Y apretó el puño, preparó el golpe, creo que iba a darme en el hígado, cuando se oyeron

unas voces a mi lado. Unas personas comenzaron a salir de la pared, un mundo de gente salía de aquel agujero negro, que era la puerta del fondo de un cine. Entonces me mezclé con el público, seguí en grupo hacia la avenida, pasé ante la fachada del cine, bares, farmacia, quiosco de periódicos, me precipité en medio de los coches y entré en el hotel.

Tal vez por haber dejado de fumar, yo era capaz de ir de Leblon a Copacabana, ir y volver, ir y volver, desde la salida del sol hasta el comienzo de la tarde. Llegaba al hotel con hambre, subía a la habitación, pedía unos sándwiches que tardaban en llegar, y los camareros rechazaban los forintos que les daba de propina. El gerente también se mostró desabrido conmigo, porque al cabo de una semana aún no había pagado nada de la habitación. Yo había pasado por el banco y mi cuenta ya no existía, ni nadie tenía conocimiento de Cuña & Costa Agencia Cultural. De Álvaro supe que se había establecido en Brasilia, trabajaba en el asesoramiento de un diputado pariente suyo. Conseguí el teléfono de su despacho, una empleada recogió mi recado, pero Álvaro no me devolvió la llamada. Seguramente habrá creído que yo estaba también detrás de un chollo en Brasilia, cuando sólo pretendía un rápido ajuste de cuentas, sin duda él me debía algún dinero. Volví a llamar días después desde la recepción del hotel, y delante del gerente transmití mi protesta a la mujer del despacho. Con el acento áspero que había adquirido en Hungría, afirmé tener amigos en la prensa, amenacé con montar un escándalo, el secuaz de un diputado federal me debía casi un millón de dólares, y yo allí, sujeto a una situación embarazosa en el hotel Plaza. Ni así me atendió Álvaro, pero gané algún crédito ante el gerente. Gané tiempo para pensar en una salida; al diputado federal, por ejemplo, podría interesarle una autobiografía. Recostado en la cama, emborronaba papeles de vía aérea con el membrete del hotel, y lo que me salía no eran palabras sino figuras toscas, dibujos infantiles. Y me preguntaba qué destino habría tenido yo si, en vez de enseñarme las primeras letras, en mi infancia me hubieran presentado tan sólo libros de arte. Entonces imaginaba pintores anónimos y analfabetos, que realizarían en secreto las telas de los grandes maestros de la pintura. Serían pintores rodeados de atenciones, comerían de lo bueno y de lo mejor, tendrían amantes silenciosas, pero por encima de todo amarían ver sus obras maestras firmadas por los grandes artistas, expuestas en museos de todo el mundo. Y estarían recíprocamente agradecidos, se telefonearían todos los días, cada uno velaría por la salud del otro, aquellos maestros serían más longevos cuanto más fecunda fuese la inspiración de sus artífices. Pasaba las noches cavilando en esas cosas y dibujando mis bichos, a la espera de la mañanita propicia a las caminatas. Y un día, en Copacabana, al pasar frente al edificio de la agencia, en un impulso crucé la avenida, saludé al portero y cogí el ascensor. En las salas de Cuña & Costa había ahora una clínica dental, y la recepcionista me preguntó si tenía cita. Me dirigí hacia la puerta del fondo de la antesala, invadí mi ex cuartito, e, inclinado en una mesa con tablero de formica, había un protésico, que, al verme, casi se cayó de la silla; pensó que era un asalto y me ofreció unas bocas de escayola con

dientes de oro. Pero cuando comprendió que yo era gente de paz, que sólo quería saber adónde había ido a parar mi escritorio, se enfureció, salió con su bata por el pasillo llamando al guardia de seguridad. Abandoné el edificio desilusionado, sería imposible recuperar los libros que yo guardaba bajo llave en el cajón del escritorio. Se me había metido en la cabeza que si fuese copiándolos uno a uno a mano, recobraría el pulso para nuevas novelas de encargo. Abriría una agencia sólo mía, me haría millonario, quizá me compraría un piso entero del hotel Plaza. Pensé en telefonar a Brasilia, pero Álvaro no habría guardado mis trastos, a lo sumo conservaría un ejemplar de *El ginógrafo*, y yo no quería tener *El ginógrafo* ante mis ojos. No obstante, andando por una calle comercial de Copacabana, vi una librería con el escaparate lleno de libros color mostaza. Me acerqué, y tal vez el reflejo del sol en el cristal falsease los colores, pues los libros derivaban hacia un tono ocre con letras verdes. Un poco más y ya era casi nítido el título, *El ginógrafo*, en letras góticas lilas en las cubiertas del libro color canela. Pero cuando llegué a la librería, el libro era azul marino y se llamaba *El naufragio*. Entré, eché un vistazo a varios volúmenes expuestos en las mesas, sólo por curiosidad rondé los estantes, me dirigí al librero: *El ginógrafo*, por favor. ¿Cómo ha dicho? *El ginógrafo*. Usted debe de estar equivocado, aquí tenemos *El naufragio*, que ya ha vendido más de cien mil ejemplares. Insistí: *El ginógrafo*. Preguntó si era algún libro técnico, nunca había oído mencionar semejante nombre. Mentira suya, me acordaba de su figura, había ganado una fortuna a costa de mi novela. Accedió a consultar un ordenador, preguntó si la palabra se escribía con ge, dijo: guía de Génova... manual de Gimnasia... los Girasoles... Ginógrafo no figura. ¿Sabe usted por casualidad el nombre del autor? ¿Kaspar Krabbe? ¿Ka, erre, a, be, be, e? Krabbe... Krabbe... Krabbe... Kaspar Krabbe tampoco figura. ¿La editorial, por casualidad?

Al entrar en la habitación, encontré un sobre metido por debajo de la puerta. Contenía una tarjeta de la superintendencia de los hoteles Plaza, recordándome que había cumplido cien días de hospedaje, y en anexo la factura que no quise mirar. Había llegado a creer que me habían olvidado, porque nunca recibía nada de lo que pedía al servicio de habitaciones. Como el gerente tampoco había vuelto a buscarme, suponía incluso que mi nombre, junto con la habitación 707, se había borrado de la memoria del ordenador del hotel. Los mensajeros me daban la espalda, los porteros no me abrían las puertas, en la recepción tal vez no entendiesen bien qué huésped era ése, de qué demonios de habitación entraba y salía todos los días. Pero a partir de entonces creí conveniente suspender mis salidas. Caminatas, sólo dentro de la habitación, y no tenía otra cosa que hacer en todo el día. Ya había emborronado todos los papeles de carta, dibujar ya no me apetecía. Había encendido distraído el televisor sólo una vez, pero lo apagué en cuanto oí una musiquita nerviosa, de telediario. No usaba el teléfono, no encendía ya mi lámpara, la 707 vivía a oscuras. No les daba trabajo a las mujeres de la limpieza, no tenía ropa para lavar, andaba desnudo, en el picaporte siempre estaba colgado el cartel: *do not disturb*. Hacía mis comidas en

horarios inciertos, a veces un muslo de pollo, verduras, a veces arroz, a veces un trozo de pan para rebañar la salsa del *stroganoff*. Según las bandejas que dejaban los vecinos en el pasillo, podía incluso regalarme con algún queso francés, media copa de vino con marca de carmín en el borde. Y una noche ya estaba descansando, bebiendo un whisky medio aguado, cuando comenzó a sonar el teléfono. Sonó unas diez veces seguidas, paró, volvió a sonar, hasta pensé que podía ser Álvaro, pero nadie llama tanto para saldar una deuda. Debía de ser la superintendencia de los hoteles Plaza, porque entrábamos en temporada alta, plazas agotadas, tendrá que disculparnos, señor, acaba de llegar una pareja de argentinos, necesitamos preparar la 707, pero no atendería la llamada, me haría el muerto. Avanzaba la noche y acabé por habituarme a aquel timbre, a sus intermitencias, ya conocía el último toque de una serie, contaba hasta siete y adivinaba el comienzo de la serie siguiente. El sonido que hasta entonces me irritaba fue apaciguándose, y bajo su efecto me dormí, como debe de dormirse quien vive pegado a las vías de un tren. Y así como debe de despertarse sobresaltado ese habitante en medio de la noche cuando el tren no pasa, salté de la cama cuando el teléfono dejó de sonar. Sin él yo era más vulnerable, pronto, pronto acudiría alguien a golpear la puerta, un agente federal irrumpiría en la habitación. Saqué mi traje de la bolsa de mano, me vestí de prisa y decidí anticiparme al adversario, bajé a su encuentro. Con traje oscuro y corbata, me sentía en condiciones de negociar con cualquiera de igual a igual. Podría requerir del gerente un plazo para buscar otro hotel, reivindicaría el derecho a por lo menos una noche de sueño, quizá pediría que siguiesen llamándome regularmente hasta el amanecer. Allí abajo, no obstante, sólo estaba el portero nocturno, al que yo no conocía, que me dio las buenas noches. Llegué a la calle, respiré el aire fresco, fui a echar un vistazo al mar, y lamenté no haber descubierto antes el placer de caminar a aquella hora a la que ya nadie salía a pie, por miedo a los delincuentes. Así el paseo de la playa era todo mío, ni los delincuentes aparecían por allí, y yo lo recorrería taconeando si me diese la gana. Fui hasta el extremo del Arpoador, volví al mirador de Leblon, deambulé por el barrio, y sin darme cuenta, estaba llegando a mi antigua dirección. Me escabullí, avancé hacia el hotel, pero debo de haber perdido el rumbo porque, después de unas vueltas, fui a parar de nuevo frente al edificio en el que había vivido con Vanda. La tercera vez que pasé por allí me encontré con una cara conocida y me escondí detrás de un murete. Era el vigilante, que fumaba ahora fuera de su garita, mirando hacia arriba. No había ninguna luz en los apartamentos, pero en una ventana del séptimo piso se encendió una llama minúscula, alguien fumaba en la habitación de Vanda. Daba tres, cuatro caladas continuas, profundas, y tiraba la colilla aquí abajo, donde el vigilante encendía un cigarrillo con el resto del otro. Y ya asomaba el sol por detrás del edificio, el vigilante miraba al cielo, la brasa se avivaba en la habitación oscura, cuando oí un chirrido de neumáticos, me iluminaron dos faros, yo estaba en la entrada del garaje. Me arrimé más al murete, bajaba una camioneta, frenó a mi lado, me quedé junto a la ventanilla del conductor, tuve la impresión de que me observaban

desde allí dentro. Pero a través del cristal negro no llegaba a distinguir nada, sólo me veía a mí mismo en aquel espejo, las ojeras, la barba sin afeitado, el traje todo arrugado. Sonó el claxon del coche, se abrió rechinando el portón del garaje. El coche se sumergió en el garaje, el vigilante se había metido en su garita y la persiana de Vanda ya estaba bajada.

Era día claro cuando crucé zumbando la portería del hotel, y en cuanto llegué a mi puerta, sonó el teléfono. Algo me decía que esta vez debía atenderlo, era una buena noticia, era una buena noticia. Era un giro en mi suerte, yo sabía que lo era, tenía esa intuición y, sin embargo, me costaba abrir la puerta. Pasaba la tarjeta magnética por la cerradura y nada, se encendía una lucecita roja, el teléfono seguía sonando, era un giro en mi suerte. El teléfono dejó de sonar, conté hasta siete, pero sólo en el trece volvió a sonar, debía de estar contando demasiado deprisa. Pasé, volví a pasar la tarjeta, sacudí la puerta,forcé el picaporte, sólo entonces me di cuenta de que la tarjeta estaba cabeza abajo. Luz verde, un giro, me precipité en la habitación, el teléfono dejó de sonar, conté hasta veinte, ¿sí?, ¿señor Zsoze Kósta? *Természetesen!*, confirmé. ¡Loado sea Dios!, dijo el hombre, presentándose como cónsul de Hungría. Ya había buscado todos los Costa José de la guía telefónica, y desde la víspera rastrea los hoteles de la ciudad. Por favor, dije, no me privéis de oír vuestro amado idioma, y noté que mi prosodia húngara estaba intacta. Pero persistiendo en su portugués horroroso, el cónsul me preguntó si por casualidad ya había oído hablar de Lantos, Lorant & Budai. Sí, naturalmente, Lantos, Lorant & Budai, los grandes librerías húngaras, editores de los autores más destacados del país, entre ellos el emérito poeta Kocsis Ferenc. Pues entonces dijo el cónsul que tenía en sus manos un billete aéreo Río-Budapest, emitido a mi nombre por Lantos, Lorant & Budai. ¿Río-Budapest? ¿A mi nombre? ¿No os burláis de mí? También me concederían en el consulado un visado de entrada en el país, con derecho a libre permanencia. Billete a Budapest, visado de permanencia, ahora estaba claro; presionado por sus editores a repetir el estruendoso éxito de *Tercetos secretos*, Kocsis Ferenc les había confesado su invalidez para la poesía. Anhelante también, sin embargo, de renovadas glorias, entre cuatro paredes sugirió que se llevase desde Brasil al abnegado poeta Zsoze Kósta. Vía Milán, dijo el cónsul, yo podía embarcar esa misma noche. Respondí que ya vería, tenía cosas que hacer en Río, asuntos pendientes, pregunté si el billete era en clase preferente, pero mi cabeza ya alzaba vuelo, mis pensamientos salían en verso.

## Escrito aquel libro

La cubierta tornasolada, yo no entendía el color de aquella cubierta, el título *Budapest*, yo no entendía el nombre Zsoze Kósta impreso allí, yo no había escrito aquel libro. No sabía qué estaba ocurriendo, aquella gente a mi alrededor, yo no tenía nada que ver con todo aquello. Quería devolver el libro, pero no sabía a quién, lo había recibido de Lantos, Lorant & Budai y me quedé ciego. Los focos me deslumbraban, era la Duna Televízió, no entendía aquella Duna Televízió, necesitaba irme de allí, se cerraron detrás de mí las puertas de la aduana. Miraba los carteles del aeropuerto, y a través del cristal unas personas me miraban, me hacían señas con libros de cubierta tornasolada. Y vi la cara risueña de Pisti, Pisti, que nunca sonreía, y a su lado la mujer con una pequeña cámara de vídeo parecía Kriska, pero no lo era, lo era, no lo era, lo era, pero se la veía diferente. Un poco aparte, quien me sonreía era el señor ..., nunca había visto aquellas encías oscuras. Y miré a Pisti, y miré al señor ..., los cuerpos delgados, las cabezotas, los cabellos negros, no entendía cómo de repente los dos se parecían tanto. Busqué la mirada de Kriska, pero su ojo izquierdo estaba cerrado; el derecho, escondido detrás de la filmadora, y no me entraba en la cabeza que un día se hubiese acostado con aquel individuo. Cuando más tarde me aseguró que era un hombre de buen corazón, escuché callado, no podía decirle a Kriska que su ex marido era un canalla. Pero en aquel momento aún no entendía nada, el viaje había sido largo, había bebido vino, había tomado barbitúricos. Yo estaba aturdido, mi cuerpo se balanceaba, se inclinaba hacia un lado, mis ojos estaban enrojecidos, mi cuerpo se inclinaba hacia el otro lado. Por fin me aplomé, fijé la mirada al frente, mis pupilas estaban dilatadas, y el rostro semioculto de Kriska me parecía redondo, creí que había engordado mucho. Y cuando comprendí que estaba embarazada, todo mi cuerpo comenzó a temblar, me brotó un rictus en los labios, me paralicé. Medio bizco y con la boca torcida, me quedé congelado, porque Kriska pulsó la pausa del vídeo para atender al niño, que se había echado a llorar. Cuando no estaba amamantando, le gustaba mostrar sus grabaciones, las imágenes vacilantes, el *zoom* inquieto; tenía mi escena en el aeropuerto, tenía al niño en el nido, yo debería haber filmado el parto, pero en el momento me sentí mal y abandoné la sala. Y cuando no pasaba un vídeo ni daba el pecho al niño, Kriska leía el libro. No se cansaba de leer el libro, ahora que estaba de baja por maternidad, ya lo había leído unas treinta veces en voz alta. Realmente increíble, decía, y me miraba maravillada, y hacía comentarios, pan de calabaza, ¿de dónde has sacado eso? Coro de ventrílocuos,

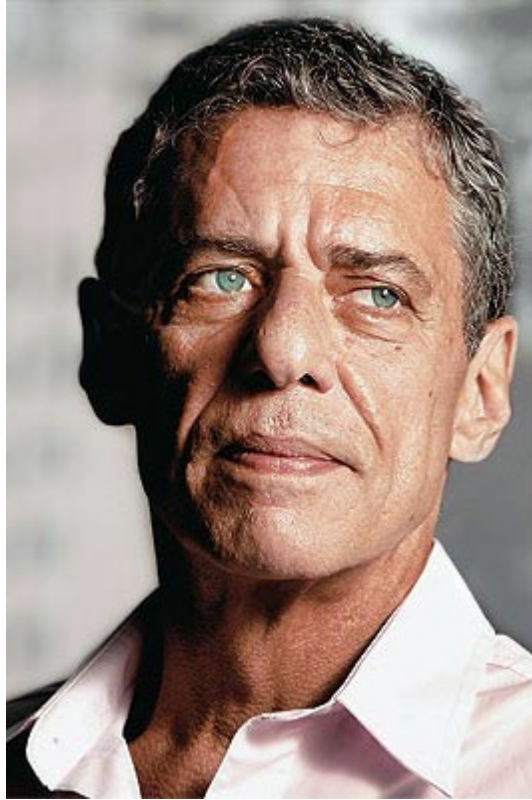
realmente increíble, y esa ciudad de Río de Janeiro, esas playas, esa gente andando hacia ningún lugar, y esa mujer, Vanda, ¿de dónde has sacado eso? Realmente increíble, realmente increíble, y yo sentía cómo la sangre me subía a la cabeza a borbotones. Y ella, además, me decía que su ex marido tenía un corazón de oro, se había preocupado al enterarse de su embarazo por Pisti, le había pedido a Pisti que le asegurase a su madre que no ahorraría ingenio ni recursos para llevar a su hombre de vuelta a Budapest. Ingenua, Kriska se había conmovido hasta las lágrimas, pues raramente los ex maridos suelen ser tan altruistas, e hizo que Pisti le transmitiese a su padre su profundo reconocimiento. Mientras eso ocurría, el canalla escribía el libro. Falsificaba mi vocabulario, mis pensamientos y devaneos, el canalla inventaba mi novela autobiográfica. Y a ejemplo de mi caligrafía forjada en su manuscrito, la historia que él había imaginado, de tan semejante a la mía, a veces me parecía más auténtica que si la hubiese escrito yo mismo. Era como si él hubiese impreso colores en una película que yo recordaba en blanco y negro, oh, Kósta, esa fiesta de Año Nuevo, esa canción de Egipto, ese alemán sin pelo, no soportaba ya oír aquello. Y una noche, en la cama, salté sobre Kriska, arrojé lejos el libro, la cogí por el cabello y así me quedé, jadeante. El autor de mi libro no soy yo, quería decirle, pero la voz no me salía de la boca, y cuando salió fue para decir: sólo te tengo a ti. Y Kriska susurró: hoy no; el niño dormía justamente allí, en la cuna, al lado de la cama, porque tenía que mamar cada media hora. El autor de mi libro no soy yo, me disculpé en el Club de las Bellas Letras, pero todos me felicitaron y fingieron no oírme, tal vez porque, como se dice, estaba mentando la soga en la casa del ahorcado. Y el eminente poeta Kocsis Ferenc, con ocasión del lanzamiento solemne de *Budapest*, insistió en presentarme en público en la librería Lantos, Lorant & Budai. De muy buen humor, lamentó que sus *Tercetos secretos* no hubiesen brotado de verdad de la fantástica pluma de Zsoze Kósta, e hizo reír a la multitud. El autor de mi libro no soy yo, añadí, y la multitud estalló en carcajadas. No era un chiste, pero como tal fue publicado el comentario al día siguiente, con foto en la tapa del *Magyar Hírlap*, y Lantos, Lorant & Budai me telefonearon para decir que la primera edición se había agotado en las librerías. La gente me paraba en la calle, me pedía autógrafos en sus ejemplares, y, con la mano dormida, yo escribía dedicatorias que me resultaban extrañas. Extraños artículos con mi nombre aparecían en la prensa casi todos los días. Me recibieron en el Parlamento, cené en el Palacio del Arzobispo, en la Universidad de Pécs me concedieron un doctorado *honoris causa*, que agradecí con un discurso pomposo que había aparecido, no sé cómo, en mi bolsillo. Mis pasos se volvieron lentos, iba a donde me llevaban, ya sabía lo que me esperaba, era como si mi libro siguiera escribiéndose. En las conferencias intentaba, además, hablar improvisando, tenía algún que otro destello de ingenio, pero mis lectores ya los conocían todos. Inventaba palabras estrambóticas, frases de atrás hacia delante, un la madre que los parió, pero no bien abría la boca, siempre se me anticipaba algún espectador exhibicionista. Era tedioso, era muy triste, podría bajarme los pantalones en el centro de la ciudad y

nadie se sorprendería. Por suerte me quedaban los sueños, y en sueños yo estaba siempre en un puente del Danubio, en las horas muertas, mirando sus aguas color plomizo. Y alzaba los pies del suelo, y me balanceaba con la barriga sobre el parapeto, feliz de la vida por saber que podría, en cualquier momento, dar a mi historia un desenlace que nadie había previsto. Me demoraba gozando de aquella omnipotencia, y con la demora nacía el sol, verdecían las aguas, al rato me veía de nuevo con los movimientos refrenados. Los policías, los bomberos, los paramédicos, los transeúntes se aferraban a mí: no cometáis locuras, Ilustre Escritor Zsoze Kósta, tened fe en Dios, Ilustre Escritor Zsoze Kósta. Un cura, un rabino, un gitano, cada cual me arrastraba hacia su lado, probablemente deseaban aparecer en el libro. Yo me debatía, intentaba desprenderme de aquella turba y me despertaba ovillado en la sábana, aliviado por encontrarme al lado de Kriska, que por lo menos estaba en el libro desde el comienzo. Y el primer día de primavera, observando el caminar de Kriska, presentí que el período posparto llegaba a su fin. Toda la tarde cantó canciones de otras primaveras, por la noche cantó nanas al niño en la habitación de Pisti, se dio una ducha, se acostó conmigo vestida con un camisón de seda. Y me pidió que leyese el libro. ¿Cómo? El libro. Yo no leería un libro que no era mío, no me sometería a tamaña humillación. Y ella no insistió mucho, tal vez porque sabía que tarde o temprano yo haría su voluntad. Sólo me puso el libro en el regazo y se dejó estar inerte en la cama. Lo cogí, sus hojas se soltaban en mis manos, no entendía por qué necesitaría leer un texto que ella ya había leído más de trescientas veces. Pero en una obra literaria debe de haber matices, dijo Kriska, que sólo se perciben a través de la voz del autor. Sin querer me daba pie para que le comunicase, de modo perentorio, que no podría ser yo el autor de un libro que llevase mi nombre en la cubierta. Amenacé con arrancar mi nombre de aquella tapa ya medio manchada, untuosa, pero al ver la sonrisa plácida de Kriska, sus párpados caídos, su piel casi transparente, me dio pena herirla. Sin duda prefería seguir imaginando que era mío el libro que llevaba siempre junto al pecho. Para ella era muy lisonjero que un autor tan premiado, considerado por el venerable Buzanszky Zoltán como el último purista de las letras húngaras, fuese ese tipo salvaje que ella había iniciado en el idioma. Entonces me puse las gafas, abrí el libro y comencé: Debería estar prohibido burlarse de quien se aventura... Despacio, Kósta, más despacio, y las primeras páginas fueron duras de vencer. Yo me atropellaba con la puntuación, perdía el aliento en medio de las frases, era como leer un texto que realmente hubiese escrito yo, pero con las palabras desplazadas. Era como leer una vida paralela a la mía, y al hablar en primera persona, a través de un personaje paralelo a mí, yo tartamudeaba. Pero cuando aprendí a tomar distancia del yo del libro, mi lectura fluyó. Por ser preciso el relato y límpido el estilo, ya no vacilaba en narrar paso a paso la existencia tortuosa de aquel yo. Y por más que aquel personaje padeciese, Kriska tampoco demostraba gran conmiseración. Pues si tenía alguna simpatía por el yo del libro, con quien se embelesaba era con su inhumano creador. Y a solas con ella, a la media luz de la



habitación llena de humo, hasta llegué a convencerme de ser el verdadero autor del libro. Disfrutaba de las frases, de la melodía de mi húngaro, me deleitaba con mi voz. Rápido, Kósta, más rápido, decía Kriska, cuando yo me detenía más de la cuenta en los episodios de Río de Janeiro. Pero cuando era ella la que figuraba en la historia, me pedía que releyese la página, sólo una vez más, Kósta, de nuevo. Y reía, reía como si yo escribiese con una pluma en su piel, esa pista de baile giratoria, realmente increíble. Ya cerca del final, yo sabía que se acomodaría en la cama para recostar su cabeza en mi hombro. Se colocó de lado en la cama y recostó su cabeza en mi hombro, consciente de que, sin interrumpir la lectura, yo sentía placer en ver sus caderas realzadas bajo el camisón. Entonces movió levemente una pierna sobre la otra, dejando nítido el dibujo de sus muslos bajo la seda. Y al instante siguiente sintió vergüenza, porque ahora yo leía el libro al mismo tiempo que el libro ocurría. Querida Kriska, le pregunté, ¿sabes que noche tras noche concebí solamente por ti el libro que ahora concluye? No sé lo que pensó, porque cerró los ojos, pero dijo sí con un movimiento de la cabeza. Y la mujer amada, cuya leche yo había ya sorbido, me dio a beber del agua con la que había lavado su blusa.

•



FRANCISCO BUARQUE DE HOLLANDA (Río de Janeiro, 1944), conocido como CHICO BUARQUE. Poeta, músico, dramaturgo y novelista brasileño. Hijo del historiador y ensayista Sérgio Buarque de Hollanda, creció rodeado de las grandes figuras de la literatura brasileña y extranjera que frecuentaban su casa. Estudió arquitectura, pero a partir de 1965 se dedicó a la música, convirtiéndose en uno de los mayores iconos culturales de Brasil a nivel mundial. Buarque ha demostrado también un notable talento para la poesía, el teatro y, especialmente, la novela, que ha cultivado con creciente éxito. Han sido traducidas al español *Estorbo* (1991), *Budapest* (2003) y *Leche derramada* (2009). Estas dos últimas obtuvieron el prestigioso Premio Jabutí, consagrándolo como uno de los escritores más leídos y valorados en el panorama de las letras portuguesas contemporáneas.

# Notas

[1] A partir de este momento se intercalan varios versos de *Allah-lá-ô*, marchita de Haroldo Lobo e Nássara, cantada por primera vez en el carnaval de 1941: «Allah-lá-ô / Ô, ô, ô, ô, ô, ô / Mas que calor! / Ô, ô, ô, ô, ô, ô / Atravesamos o deserto / de Saara / O sol estava quente / Queimou a nossa cara / Allah-lá-ô / Ô, ô, ô, ô, ô, ô / Mas que calor! / Ô, ô, ô, ô, ô, ô / Viemos do Egito / E muitas vezes / Nós tivemos que rezar / Allah! Allah! Allah! / Meu bom Allah / Mande água pra Iaiá / Mande água pra Iaiá / Allah! Meu bom Allah!». (N. del T.) <<